JOSÉ LUIS DÍEZ JIMÉNEZ
EN EL UMBRAL
DE LO INFINITO
Mi regreso de hijo pródigo a la casa de mi madre
José Luis Díez

EN EL UMBRAL DE LO INFINITO

de
JOSÉ LUIS DÍEZ JIMÉNEZ

Edita: José Luis Díez Jiménez
Calle Oriente, nº 13
Brunete 28690 (Madrid)

Edición revisada

Título: **EN EL UMBRAL DE LO INFINITO**

Diseño portado: JLD

Queda rigurosamente prohibida, sin el permiso y la autorización previa y escrita del titular y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, de esta obra.

Depósito Legal: M-408-204

I.S.B.N.: 84-609-7607-6

Impreso en España. Printed in Spain.

DEDICATORIA

A cuantos quieran mantenerse siempre unidos en su amor a Dios.

A MODO DE PRESENTACIÓN

Tenemos los seglares católicos nuestros propios cometidos y responsabilidades personales intransferibles, porque pertenecen y atañen a nuestras propias actuaciones de la vida diaria en la que nos realizamos y estamos inmersos necesariamente, en casa y fuera de casa, solos y en compañía o en convivencia con los demás, cotidiana o esporádica.

Inmersos como ciudadanos católicos que somos y en esta vida concreta personal de cada uno nos queremos conducir, no solo proclamar, como tales católicos con toda normalidad, sin presunción de ninguna clase, pero con total honorabilidad y coherencia.

No aspiramos a ser heroicos sino a ser consecuentes día a día y fieles en lo poco y hasta muy poco para así también estar entrenados y habilitados en lo mucho si fuera el caso.

Puestos en esta actitud, sin complejos de ninguna clase, determinados a comportarnos de hecho, recta y correctamente, como injertados en la savia misma de la vida de Jesucristo, desde nuestra condición de seglares actuamos en conformidad de lo que somos y también nos expresamos ante el Señor con nuestro propio lenguaje porque es en el que vivimos.

Por esto mismo, aunque sea complicado liberarse de tópicos que involuntariamente se arrastran, que surja un seglar, cual es el presente caso, que nos invite a estar en

presencia de Dios mirándonos a la conciencia con entera normalidad y que nos sugiera que cuanto realizamos cada día puede ser meritorio para adquirir riqueza de Dios en lugar de actuar sin tino, inútilmente o con demérito, es muy de agradecer y ponderar.

En efecto, se trata de invocaciones y plegarias con las que el autor viene acompañando a diario a los oyentes de radio JLD- Unidad católica de España y que ahora ofrece por escrito para quien se sienta complacido en su lectura con el lenguaje de un seglar católico con el estilo y enfoques de la sensibilidad y el actuar seglar. Puede servir, además de invitación, de ejemplo o de pauta y de experiencias sentidas que a cada uno nos pueden inducir convicciones y sentimientos o reflexiones resueltamente católicas, Por trascendentes pues todo el tiempo de nuestras vidas personales lo es.

Carlos González Blanco

ALMA CRISTIANA

Una de las preguntas que antes o después nos hacemos todos los hombres, sin duda alguna, es el trascendental interrogante de nuestra propia existencia: ¿qué o quiénes somos? Pregunta que nos lleva inexorablemente a indagar sobre nuestro origen y destino.

No vamos a tratar aquí y ahora de las variopintas contestaciones que damos los mortales a tales cuestiones, ya que existen interpretaciones para todos los gustos y opiniones, por lo que, al margen de acuerdos o desacuerdos sobre la esencia del hombre y su naturaleza, nos limitaremos a definirlo como animal racional, con el convencimiento de que dicho aserto, además de ser el meollo de toda la antropología, es fundamental para cualquier consideración ulterior.

Para explicitar en qué consiste la naturaleza humana nos vemos obligados a señalar las determinaciones específicas que la constituyen no están fuera del hombre, sino intrínsecas en su propia esencia, considerada ésta como el principio dinámico de las actividades naturales.

La naturaleza humana se nos presenta como un conjunto de orientaciones hacia fines perfectivos que le corresponden y que, por consiguiente, llamamos fines connaturales. Por esto, la naturaleza debe ser entendida tanto como un conjunto de determinaciones intrínsecas específicas como principio de orientaciones y actividades naturales. Considerando lo primero podremos distinguir al hombre de todo otro todo sustantivo no humano. Considerando lo segundo podremos descubrir la actividad propiamente natural del hombre.

El eje de toda la discusión formulada por las corrientes contemporáneas parte del reconocimiento, rechazo e interpretación de las determinaciones específicas intrínsecas o, dicho de otro modo, las notas esenciales que integran la definición del hombre, valen decir: la animalidad y la racionalidad.

La animalidad del hombre, por su evidencia no necesita demostración alguna. La racionalidad, en cambio, necesita demostración pues no es tan evidente, al punto de ser cuestionada y negada por muchas corrientes contemporáneas. La razón, sin embargo, pertenece al ámbito de lo espiritual y expresa la existencia del espíritu en el hombre como algo real, distinto e irreductible a toda función orgánica o psíquica inferior. El análisis de las actividades humanas sirve como demostración de esa realidad espiritual. Siendo precisamente la racionalidad lo que cuestionan las corrientes agnósticas, intuicionistas y existencialistas. Incluso existen corrientes contemporáneas que con la ciencia actual creen posible explicar la aparición de actividades vitales en los seres vivos a partir de la materia organizada. Estamos en la era, permítanme la expresión paradójica, de la "animalidad científica", en el momento disparatado, incongruente y desesperado de la invención del "alma material" con tal de negar la espiritualidad, y en definitiva a Dios.

Desde un punto de vista cristiano, que es el que nos interesa, la cuestión del alma no se puede tratar solo en términos científicos, metafísicos o psicológicos. El alma humana, para nosotros los católicos es la sustancia espiritual e inmortal del hombre que anima a su cuerpo y que ha sido creada por Dios. Es un misterio religioso; es decir, hay que

comprenderlo desde la perspectiva de Dios, que ha querido crear seres personales ante Él, para compartir su vida y su amor. Una persona no es una cosa, destinada a subsistir, sino un sujeto destinado a compartir la intimidad de las tres Personas divinas. Ese designio, conocido por la fe, determina lo que es la persona humana, por encima de las características que puedan apreciarse en un acercamiento fenomenológico. Cada persona humana es un misterio religioso, un nombre pronunciado por Dios que nunca lo olvida, un hijo llamado a compartir la felicidad del Padre.

Recordemos el día sexto de la creación, cuando Dios, tras ver que estaba bien la creación de los animales domésticos, reptiles y bestias salvajes, dijo *"Hagamos al hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza; y domine sobre los peces del mar y las aves del cielo, sobre las bestias domésticas, y sobre toda la tierra y doro reptil que se mueve sobre la tierra."* (Génesis I, 26) La solemnidad de la fórmula indica claramente que se trata de la obra más importante, Dios entra en consejo consigo mismo, e invoca la plenitud de su ser, del cual es revelación la Trinidad.

"Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra e insufló en sus narices aliento de vida, de modo que el hombre vino a ser alma viviente." (Génesis, II, 7)

El sentido de este versículo es: Dios creó el cuerpo del hombre del barro de la tierra, como el de los demás animales, y le inspiró el alma, de modo que en el hombre se juntan dos mundos, el corpóreo y el incorpóreo, esto es, la materia y el espíritu.

Es de resaltar que la creación del hombre difiere de las otras creaciones en tres puntos:

a) En vez de dar una orden a la materia prima es el mismo Dios quien se pone manos a la obra y forma el cuerpo del hombre con barro de la tierra, en tanto que el alma no fue hecha de materia preexistente, sino creada por Dios directamente de la nada y unida al cuerpo.

b) Dios crea al hombre según su imagen y semejanza. Analizando en qué consiste la semejanza del hombre con Dios, es fácil deducir que no puede estar el cuerpo, sino en el espíritu que es un soplo de Dios, una centella del Espíritu divino.

Pero además en esa semejanza del hombre con Dios, vemos que al crearle Dios por puro amor Dios no solo le da como destino una existencia natural, sino que, movido por su afecto paternal, "*le obsequia con los grandísimos y preciosos bienes prometidos"*, para que como nos dice San Pedro en su II Carta, I, 4, "*merced a ellos llegue a ser partícipe de la naturaleza divina*." Esto es, el hombre está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para este fin ha sido creado y ésta es la razón fundamental de tener la dignidad de persona; por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano no es solamente algo, sino alguien. Por esa semejanza es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; siendo llamado, por la gracia, a una alianza con su Creador, y a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede dar en su lugar.

Adán era, por medio de la gracia santificante, un verdadero hijo adoptivo de Dios, y como tal también socio de la naturaleza divina. Y por cuanto esta Justitia *originalis* había sido dada juntamente con la naturaleza, constituía un bien añadido a la naturaleza perfecta del hombre y estaba

destinada a ser transmitida a toda humanidad. En el Nuevo testamento se restauró esta grandiosa idea de la semejanza del hombre con Dios mediante nuestra inserción vital en Cristo. Misterio insondable que pueden nuestros lectores ampliar en el primer capítulo de la Carta de San Pablo a los Efesios.

c) El hombre es constituido señor de toda la creación visible. Efectivamente Dios creó todo para el hombre, pero el hombre fue creado para servir y amar a Dios y para ofrecerle toda la creación.

Como acabamos de especificar en el relato bíblico, el hombre, creado a imagen de Dios, es un ser a la vez corporal y espiritual, un todo formado por el cuerpo y el alma. La unidad del alma y del cuerpo es tan profunda que constituyen una sola naturaleza y que, gracias al alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano.

Es doctrina habitual de la Iglesia Católica que Dios interviene directamente en el momento de la concepción creando un alma inmortal, comenzando en ese preciso momento a vivir un nuevo ser humano, por lo tanto una persona con cuerpo y alma; así nos lo afirma toda la tradición de la Iglesia y nos lo recuerda Pío XII en su Carta Encíclica *Humani generis.*

De ese vivir deducimos que el alma es el principio por el que vivimos, sentimos, nos movemos y comprendemos, y que cuando el alma se separa del cuerpo sobreviene la muerte. Pero la muerte no tiene la última palabra, y eso no se debe a que el alma sea inmortal, sino a que Dios es un Dios cuya voluntad no es de muerte sino de vida; no, la muerte no es el final, aunque para los incrédulos sea un

punto de llegada, porque para los cristianos es un punto de partida hasta la resurrección final en el que de nuevo se unirán definitivamente el cuerpo y el alma.

Pero mientras llega la muerte, que llegará inexorablemente, el alma con su apertura a la verdad y a la belleza, con su sentido del bien moral, con su entendimiento, memoria, voluntad, libertad, la voz de su conciencia, su aspiración al infinito y a la bienaventuranza le da al hombre acceso a Dios, acordándose que hoy ha de:

Glorificar a Dios,
imitar a Jesucristo,
invocar a María y a los Santos,
honrar a los Santos Ángeles,
salvar tu alma,
mortificar tu cuerpo,
practicar virtudes,
expiar tus pecados,
economizar tiempo,
edificar al prójimo,
temer al mundo,
vencer al demonio,
subyugar tus pasiones,
merecer el cielo,
evitar el infierno,
meditar en la eternidad,
tal vez sufrir la muerte,
presentarse a juicio,
y cumplir la sentencia.

GLORIFICAR A DIOS

Una de las incongruencias de la vida que hace a los hombres desgraciados es el querer mirar siempre más allá del horizonte. Tenemos a vista el panorama jamás soñado, y sin justipreciar ni valorar lo que es y representa, nos movemos con la pretensión de ver lo que hay detrás de esa línea lejana que une el cielo con la tierra, sin querer reconocer, por nuestra propia limitación, que por mucho que avancemos petulantes, seguros de nosotros mismos siempre veremos en la distancia, reconozcámoslo o no, esa línea causante de nuestra tristeza e insatisfacción.

Y esa misma pretensión, esa misma ambición y engreimiento es también la causa del desagradecimiento humano. Tenemos alrededor y ante nuestra vista un paisaje y una perspectiva inimaginable, cuya belleza roza los límites de lo sublime, con una armonía, colorido y dimensiones inconcebibles, cuya hermosura y profundidad son elocuencia clara y sencilla de su Creador, pero aún conscientes de todo lo anterior y jactanciosos por el uso que de ello hacemos a nuestro antojo, bien por anarquía o falsa libertad, muchos se niegan a reconocer al Autor de obra más excelsa y admirable que podríamos concebir. Y en el peor de los casos, no sólo son incapaces de dar gracias y gloriar a Dios por su generosidad, sino que prefieren silenciarle, desconocerle y olvidarle. He ahí la deslealtad.

Los hombres, desde el principio, pecaron y no dieron gloria a Dios, frustrando así el sentido más profundo de sus vidas, que está en conocer, amar al Señor, y unirse a Él por la obediencia, cantando su gloria. Y entonces, todos los

males del mundo -injusticia, malicia, avaricia, mentira, violencia, lujuria- hicieron a los hombres indeciblemente miserables, "*pues la ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que injustamente cohíben la verdad; puesto que lo que es dable conocer de Dios está manifiesto en ellos, ya que Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Él, su eterno poder y su divinidad, se hacen notorios, desde la creación del mundo, siendo percibidos por sus obras, de manera que no tienen excusa; por cuanto conocieron a Dios y no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su insensato corazón fue oscurecido. Diciendo ser sabios, se tornaron necios, y trocaron la gloria de Dios incorruptible en imágenes que representan al hombre corruptible, aves, cuadrúpedos y reptiles.*

*Por lo cual los entregó Dios a la inmundicia en las concupiscencias de su corazón, de modo que entre ellos afrentasen sus propios cuerpos. Ellos trocaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron y dieron culto a la creatura antes que al creador. El cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto los entregó Dios a pasiones vergonzosas, pues hasta sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza. E igualmente los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrazaron en mutua concupiscencia, cometiendo cosas ignominiosas varones con varones, y recibiendo en sí mismos la paga merecida de sus extravíos. Y como no estimaron el conocimiento de Dios, los entregó Dios (*no lo hizo empujándoles al mal, sino abandonándolos, retirando de ellos su gracia*) a una mente depravada para hacer lo indebido, henchidos de toda*

injusticia, malicia, codicia, maldad, llenos de envidia, homicidio, riña, dolos, malignidad, murmuradores, calumniadores, aborrecedores de Dios, insolentes, soberbios, fanfarrones, inventores de maldades, desleales, hombres sin amor y sin misericordia. Y si bien conocen que según lo establecido por Dios los que practican tales cosas son dignos de muerte, no solo lo hacen, sino que también se complacen de los que las practica." (Romanos 1,18-32).

San Pablo nos presenta el estado ruinoso en que se encuentra la humanidad. De esta situación no se libran ni los paganos ni los creyentes. Todos se hallan bajo el poder y el peso del pecado. Sobre los hombres injustos y pecadores se revelará la justicia vengadora de Dios, teniendo ésta su apoteosis en el juicio final, pero siendo ésta operante ya en la historia humana, castigando a los impíos de diferentes modos.

El Apóstol de manera general, en todos los versículos anteriores, nos señala la idolatría como la consecuencia subsiguiente al no haber dado el culto debido a Dios, es decir de no haber glorificado a Dios, siendo esta cuesta abajo en la huella la lógica secuencia de su impiedad en el reconocimiento de Dios Uno y Trino.

La humanidad en general no quiere saber nada de Dios y rara vez alaba a su Creador. En apoyo de este aserto hagamos un inciso para imaginarnos un hombre que estando en el museo delante de un cuadro observándole de cerca y detenidamente, cuando de repente otro visitante le dice: "*Quítese de ahí, me está impidiendo ver el cuadro"*. Entonces el hombre retirándose educadamente le dice: *"Sepa, señor, que yo soy el autor de este cuadro"*. Empero, el señor le responde: *"Puede ser. Pero eso poco me*

importa, lo que me interesa es el cuadro”. Os podéis imaginar el afrento y la pena que sentirá el pintor. Ahora bien, Dios ha hecho algo más que un cuadro, ha creado el cielo y la tierra, los mares y todo lo que se mueve en ellos, y sin embargo, aunque los hombres admiremos la creación, rara vez alabamos a su Creador, y ello es así porque el alma cristiana se ha olvidado gratis de que todo tiene su fin en la gloria de Dios.

¿Dónde está, pues, la salvación de la humanidad, entregada siglo tras siglo a males tan abominables? ¿Podrá el hombre salvarse a sí mismo, prescindiendo Dios? ¿Podrá hallar la salvación de su padecimiento en los mismos hombres: científicos, doctores, ¿políticos?... No, rotundamente, no. Jesucristo nos asegura que la salvación del hombre se halla en la glorificación de Dios. El hombre sólo puede salvarse cumpliendo su profunda naturaleza, por la que está destinado a conocer y amara Dios con todas las fuerzas de su mente, de su corazón y de su ser.

Efectivamente, el mundo ha sido creado para la gloria de Dios. Ese es, y ciertamente no puede ser otro, el fin supremo de este viejo mundo inmenso y misterioso. Dios al crear al hombre coronó su obra creativa, dándole inteligencia y voluntad, esto es, la capacidad de conocer y de amar. En ese conocimiento y en ese amor el hombre realiza su existencia y su vocación: su santificación. Y en la medida que el hombre conoce y ama a Dios, le gloría en este mundo, ya que la gloria de Dios es el mismo ser divino en cuanto que se manifiesta y comunica a las criaturas. Según esto podemos afirmar que la santificación del hombre coincide con la glorificación de Dios en este mundo, y que el hombre

ha de buscar en el Santo la santidad principalmente para la gloria de Dios.

Así es como el hombre es santificado, y así Dios es gloriado de nuevo en este mundo con una gloria perfecta.

Surge la pregunta: ¿Qué cosa es glorificar a Dios? Si glorificar significa: adorar, venerar, alabar, ensalzar, engrandecer, loar, acrecentar, honrar, enaltecer, magnificar, y el hombre, como hijo de Dios tiene que glorificarle, no tiene otro camino que el hacer todas esas cosas para Dios, porque Él es nuestro Padre, nuestro Dios, Nuestro Rey, nuestro Amo y Señor.

Consiguientemente todos nuestros hechos y acciones deberán ser hechos para glorificar a Dios, pero desgraciadamente, las más de las veces, no es así, puesto que muchos cristianos *"profesan conocer a Dios, más les niegan con sus obras, siendo abominables y rebeldes y réprobos para toda obra buena."* (Tito, 1,16).

Sabiendo ya lo que es gloriar a Dios, intuyo llegado el momento de aprender a gloriarle tomando ejemplo de Jesús, quien con sus hechos glorificó al Padre, al tiempo que como Dios nos demanda que también le glorifiquemos a Él.

Jesús pasó su vida haciendo el bien. Desde su nacimiento y juventud hasta el Calvario Jesucristo es nuestro supremo ejemplo, ya que todo lo que hizo y habló, fue siempre para glorificar al Padre.

Así se nos muestra en los siguientes pasajes evangélicos en los que como *"el Padre de la gloria"* se reveló al mundo en Jesucristo (Efesios 1,17), que es *"el resplandor de su gloria"* (Hebreos 1,3), *"Dios de Dios, Luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero"*. En efecto, *"el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria,*

gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Juan 1,14)

Curiosamente en Jesucristo se da la paradoja de que la gloria de Dios está a un tiempo revelada y velada. La gloria de Dios está revelada en la santidad de Cristo, en su bondad misericordiosa, en su palabra, en sus milagros, en los que se manifiesta su gloria y en algunos momentos de su vida, como en el bautismo, donde escuchamos que *"una voz del cielo decía: Éste es mi Hijo, el Amado, en quién me complazco"* (Mateo 3,17) , y se nos revela en el más grande de los misterios: *"el infinito amor del Padre al Unigénito, cuando en el cual reside toda su felicidad sin límites y por el cual recibe eternamente toda su gloria"*, como lo expresa el Canon de la Santa Misa; o en la transfiguración, *"mientras oraba"* (Lucas 9,29). En cambio, nos es velada su gloria en otros momentos evangélicos donde la humilde corporalidad de Jesús, su pobreza, y sobre todo su pasión, es decir, su completa pasibilidad ante la persecución, el dolor y la muerte, nos guardan la gloria divina en Cristo los testigos del calvario al gritar *"si eres Hijo de Dios, baja de esa cruz"* (mateo 27,40). Y es que Jesús en su vida mortal no se aferró a su categoría de Dios, *"sino que se despojó a sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres. Y hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz".* (Filipenses 2,6-8). *"Porque aún no había llegado la hora en que el Hijo del Hombre fuera glorificado"* (Juan 12,23), la hora de la inmolación, de la cual vendría su glorificación.

Jesucristo es el glorificador del Padre. Ésa es su misión en el mundo, la causa de su encarnación, de su obediencia,

de su predicación y de su cruz: *"Yo te he glorificado a Ti sobre la tierra dando acabamiento a la obra que me confiaste para realizar. Y ahora Tú, Padre, glorifícame a Mí junto a Tí mismo, con aquella gloria que en Tí tuve antes que el mundo existiese. Yo he manifestado tu Nombre a los hombres que me diste de este mundo. Eran tuyos y Tú me los diste, y ellos han conservado tu palabra".* (Juan 17,4-6). Es evidente, como dice San Agustín, que, si pide lo que desde la eternidad tenía, no lo pide para su Persona divina, que nunca lo había perdido, sino para su Humanidad santísima, que en lo sucesivo tendrá la misma gloria de Hijo de Dios, que tenía el Verbo.

La glorificación del Padre se cumple en la humillación del Hijo, al tiempo que es inicio, ya en la cruz, de la glorificación de Cristo. *"¿No era necesario que Cristo sufriese así para entrar en su gloria?"* (Lucas 24,26). En efecto, cuando *"crucificaron al Señor de la gloria"* (I Corintios 2,8), fue su hora, como predijo en Juan 8,28. *"cuando hayáis al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que soy Yo* (el Cristo)". En la cruz precisamente es donde se consumó su victoria sobre pecado, muerte y Demonio, y por eso ahora, *"resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre"* (Romanos 6,4), es *"coronado de gloria y honor, a causa de la pasión de su muerte"* (Hebreos 2,9).

Ahora bien, según el testimonio del propio Cristo fue el Espíritu Santo quien le glorificó (Juan 16,14). Efectivamente el Espíritu Santo glorifica al Hijo en la Iglesia, por su liturgia, por la santidad de los fieles, por la predicación del ministerio apostólico. Sin embargo, aunque Cristo ya ha resucitado y es el Señor de todo (Pantocrátor), *"al presente empero no vemos todavía sujetas a Él todas*

las cosas" (Hebreos 2,8), y es que todavía *"corren días malos"* (Efesios 5,16).

Aún hay muchos hombres que no glorifican a Cristo, sino que, en una u otra forma, dan culto a la Bestia, que les ha seducido (Apocalipsis 13,3-4). La apostasía general no debe llenarnos de pasmo, pues es anunciada por Jesucristo y por los apóstoles como antecedente del Anticristo y preludio del triunfo de nuestro Redentor. Siempre quedará un pequeño grupo de verdaderos y fieles cristianos, aun cuando se haya enfriado la caridad de la gran mayoría al extremo de que, si fuera posible, serían arrastrados aún los escogidos. Jesús nos enseña que serán librados sus amigos, los que velen guardando sus palabras y profecías *"como una lámpara que alumbra en un lugar oscuro hasta que amanezca el día y el astro de la mañana se levante en vuestros corazones"* (II Pedro 1,19).

Pero al fin de los tiempos, todos *"verán al Hijo del Hombre viniendo en las nubes con gran poder y gloria"* (Marcos 13,26). "*Bajó fuego del cielo y los devoró. Y el Diablo, que los seducía, fue precipitado en el lago de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de os siglos"* (Apocalipsis 20,9-10). Mientras tanto, *"vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo actual. Aguardando la dichosa esperanza y la aparición de la gloria del gran Dios y salvador nuestro Jesucristo*" (Tito 2,12-13). Y para ello nada mejor que dar gloria a Cristo resucitado resplandeciente en la Iglesia por la luminosidad permanente de su Palabra, por la santidad inalterable de sus sacramentos, por la fuerza justificante de su gracia, que en

todo tiempo y lugar da frutos patentes de perfección evangélica en el alma cristiana.

La santidad de los hombres es la gloria de Dios en este mundo. Y es que Dios, en Cristo, procura a la vez Su gloria y nuestra felicidad. Ejemplo claro de esta dualidad es que quienes se hallan en la luz, no son ellos los que iluminan la luz, sino ésta la que los ilumina a ellos. Dios nos ama y concede la vida, la incorrupción y la gloria eterna a los que le glorifican, sin percibir por ello beneficio ninguno de parte de ellos, pues Él es rico, perfectísimo y sin necesidad alguna. Dios solamente solicita que le sirvamos, para beneficiar a los que perseveran en su servicio. Y en esto consiste precisamente la gloria del hombre en perseverar y permanecer al servicio de Dios. Por esta razón decía el Señor a sus discípulos: *"No sois vosotros los que me habéis elegido a mí, soy yo quien os he elegido"*, dando a entender que no le glorificaban al seguirle, sino que, por seguir al Hijo de Dios, era éste quien los glorificaba a ellos.

El alma cristiana tiene una sola dirección: la gloria de Dios, pues como nos dice San Pablo *"ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, todo habéis de hacerlo todo para la gloria de Dios"*, (I Corintios 10,31). Efectivamente esta es la regla de oro del alma cristiana. Todo ha de hacerse por agradar a nuestro Padre. Y como lo que más le agrada a Él es que tengamos caridad unos con otros, tal ha de ser nuestra constante preocupación. Recordemos para siempre que aquí está la solución, ¡la única!, de todos los problemas individuales, sociales e internacionales, y que en vano se la buscará sin la caridad en las grandes asambleas. Las habilidades diplomáticas o las técnicas sociológicas, las reuniones interreligiosas o los patios de los gentiles. *"Todo*

será inútil", nos dice León XIII en su encíclica Rerum Novarum, sin *"una gran efusión de caridad"*. Más no es tal cosa lo que anuncia Jesús, sino que nos previene que habrá toda suerte de guerras y odios entre hermanos, padres e hijos. De lo cual hemos de sacar una saludable desconfianza en las soluciones humanistas y en "simpático optimismo ecuménico", que según la Biblia es la característica de los falsos profetas que surgirán precisamente cuando falte ese amor, y esta falta en todo lo carente de Cristo y de su Iglesia, fuera de la cual no existe salvación

Por el contrario, razón vital de los mundanos es multidireccional y diversificadora, según las circunstancias, para agradar a las personas de su entorno.

La glorificación de Dios ha de ser para el cristiano lo primero, lo único necesario: *"Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura"* (Mateo 6,33). Todo el orden económico del cristianismo está resumido en esta solemne promesa de Jesús. Su conocimiento y aceptación bastaría para dar solución satisfactoria a todos los problemas sociales. Entendiendo la justicia no en el sentido jurídico de dar a cada uno lo suyo, sino en el sentido bíblico de que la justificación viene de Dios. *"A Él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones de la edad de las edades. Amén"* (Efesios 3,21). Vemos claro como todos los miembros de la Iglesia hemos de glorificar al Padre, haciéndolo en Jesucristo. Es decir, unidos a Él, con Él y en Él como lo expresamos en el Canon de la Santa Misa.

Si los miembros de la Iglesia glorificamos a Dios por Jesucristo ejercitándonos en la virtud, no ha de ser principalmente para librarnos del mal, para sentirnos

perfectos, para merecer la vida eterna, sino que ha de ser primeramente y ante todo para la gloria de Dios: Negativamente para que por causa nuestra no sea blasfemado y despreciado su nombre en el mundo, y positivamente para que en nosotros y por causa nuestra sea siempre glorificado Dios entre los hombres.

A título personal me atrevo a aconsejar a cada alma cristiana, que ha de esforzarse en la recta intención de dar siempre gloria a Dios. Para mejor entender esta recta intención en el contexto de la espiritualidad cristiana, habremos de entender que no basta con que la voluntad sea buena, sino que exista buena voluntad. Es importante que conozcamos bien para que sea buena nuestra voluntad. Siempre hemos de estar atentos a ese conocimiento que oriente nuestra voluntad a la gloria de Dios. El peligro de amar más la gloria de los hombres que la gloria de Dios es tan real como la propia vanagloria, en una tentación permanente. Hasta las mejores obras de oración, ayuno o limosna, podemos hacerlas para ser vistos por los hombres. Erraremos el camino y perderemos el premio si andamos buscando el favor de los hombres más que el favor de Dios, es decir, que la mínima parte de gloria que pretendiésemos para nosotros mismos, bastaría para falsear totalmente nuestro apostolado y convertirnos por tanto en instrumento de Satanás.

San Ignacio, en los Ejercicios Espirituales nos resume así toda esta enseñanza: *"El principio y fundamento de la vida cristiana es reconocer, con todas sus consecuencias, que el hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son creadas para*

el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es creado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas cuanto para ella le impiden".
"En toda buena elección -sigue diciendo San Ignacio-, *en cuanto está de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, mirando solamente para qué soy creado, a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi alma. Y así cualquier cosa que yo eligiere, debe ser a que me ayude para el fin para el que soy creado, no ordenando ni trayendo el fin al medio, sino el medio al fin. Así acaece que muchos eligen primero casarse, que es medio, y secundariamente servir a Dios nuestro Señor en el casamiento, el cual servir a Dios es fin. Así mismo hay otros que primero quieren tener beneficios [clericales] y después servir a Dios en ellos. De manera que éstos no van derechos a Dios, sino que quieren que Dios venga derecho a sus afecciones desordenadas, y, por consiguiente, hacen del fin medio y del medio fin; lo que había de tomar primero toman último. Porque primero hemos de poner por objeto querer servir a Dios, que es el fin, y secundariamente tomar beneficio o casarme, si más me conviene, que es el medio para el fin. Y ninguna cosa me debe mover a tomar tales medios o a privarme de ellos, sino sólo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor y la salud eterna de mi alma"*.

La intención recta siempre ha de procurarse y nunca debe darse por supuesta. Para ello hay prácticas espirituales que pueden ser de gran ayuda: el examen de conciencia diario o frecuente, el ofrecimiento de obras, la confesión frecuente, la dirección espiritual, y por supuesto la oración,

tanto la de petición, como la de trato amistoso con el Señor, pues justamente en esta relación íntima con el que es la Luz, se va aclarando nuestra vida, y se van disipando los engaños y las trampas.

Por lo demás y antes de promover algunas formas diarias de dar gloria a Dios, en esto como en todo, es la caridad la fuerza que más eficazmente nos lleva derechos hacia Dios. El amor fuerte verdadero, a veces sin saber cómo, acierta infaliblemente con el camino más corto para llegar al Amado.

Aprovechándonos de ese amor, en el sentido de beneficio dador, elegiré algunos textos evangélicos que claramente nos exhortan a glorificar a Dios. En primer lugar, glorificamos a Dios cuando somos luz en este mundo lleno de tinieblas, tal y como nos aconseja Jesús en Mateo.5:16: *"Así brille vuestra luz ante los hombres, de modo tal que, viendo vuestras obras buenas, glorifiquen a vuestro Padre del cielo"*. Nuestras acciones diarias deben ser buenas para que nuestro apostolado de fruto iluminando a todos y nuestro Dios sea glorificado, no para ver lo que diga la gente de nosotros ni para loar a hombre alguno, debemos de ser luz para glorificar a Dios.

Así como por los frutos se conoce el árbol, donde realmente se ve que el Corazón paternal de Dios es glorificado, es precisamente en que nosotros recibamos beneficios de nuestro Hermano Mayor: *"En esto es glorificado mi Padre: que llevéis mucho fruto, y seréis discípulos míos"* (Juan 15, 8). Si juzgamos según Mateo 7. 20: *"De modo que por sus frutos los conoceréis"*, nuestro fruto es el impacto positivo que tenemos sobre la vida de otras personas. Esta porción se refiere principalmente a la

enseñanza que de nuestras obras, de la calidad nuestra enseñanza entregada en nuestro vivir cotidiano, se ve en lo que ocurre en las personas con quien se convive y habla: almas regeneradas, rebeldes rendidos, familias unidas, matrimonios restaurados, No todos somos necesariamente predicadores ni educadores profesionales, pero todos somos maestros en el sentido apostólico, seamos buenos padres, hijos, hermanos o vecinos, e influiremos en la vida de los demás. Esto es lo que glorifica a Dios.

Claro es que para influir en los demás es necesario llevar una vida pura, glorificando a Dios en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu, los cuales como nos asegura San Pablo en I Corintios 7, 19-20, *"son templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios y ya no os pertenecéis a vosotros, porque fuisteis comprados por un precio (grande). Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo"*. La impureza es un materialismo grosero, un sacrilegio que deshonra los miembros de Cristo, una degradación del propio cuerpo, una profanación que viola el templo del Espíritu Santo, una injusticia que desconoce los derechos de Cristo sobre nosotros. ¡Qué importante es la pureza sexual! Si el creyente se deja caer en las mismas costumbres de los que no conocen a Cristo, está echando sobre Dios una luz desfavorable. Es un vándalo en el sentido de hacer daño a la propiedad ajena, o sea a su cuerpo y a su alma, pues el precio de nuestro rescate ha sido pagado con la sangre de Cristo.

Una tercera forma de gloriar a Dios es la presentación de la Palabra de Dios. *"Si alguno habla, sea conforme a las palabras de Dios; si alguno ejerce un ministerio, sea por la virtud que Dios le dispensa, a fin de que el glorificado en*

todo sea Dios por Jesucristo, a quien pertenecen el poder y la gloria por los siglos de los siglos" (I Pedro. 4.11). Es evidente que no podemos glorificar a Dios si pretendemos predicar antes de entender el mensaje. El recién convertido puede testificar acerca de lo que el Señor ha hecho en su vida, pero si se cree más sabio de lo que es, puede predicar cualquier disparate y distorsión y así meter a otros en errores. El propósito de predicar es señalar a Cristo, como decíamos antes, hacerle publicidad. Sin embargo, es posible predicar, enseñar o cantar en tal forma que nos glorificamos solamente a nosotros mismos. Hace algunos días tres amigos comentábamos en casa lo hábil de cierta publicidad televisada que habíamos visto. Pero nadie recordaba el nombre de la marca. Tan llamativa era la técnica que se perdió totalmente el propósito mismo: vender el producto. Esto es lo que hacemos cuando caemos en la trampa del culto evangélico a la personalidad. En un sermón dominical, por ejemplo, terminada la Santa Misa, un feligrés acude a la sacristía, saluda al Párroco y le calienta el oído con "Muy bueno el sermón, Señor Cura". Pero mucho mejor sería decir: "¡Cuán grande es nuestro Dios!" Así el siervo de Dios sabe que ha logrado su verdadero fin. Y es que cuando vamos más allá de la Palabra de Dios no gloriamos a Dios sino a nosotros mismos. Cuando queremos imponer nuestras opiniones no glorificamos a Dios, sino que nos glorificamos a nosotros mismos.

Otra forma de glorificar a Dios es la de padecer por Cristo. *"Ninguno de vosotros padezca, pues, como homicida o ladrón o malhechor, o por entremeterse en cosas extrañas; pero si es por cristiano, no se avergüence, antes bien, glorifique a Dios en este nombre"* I Pedro 4.15,

16). Si sufrimos la censura o el menosprecio por nuestro mal genio, egoísmo y murmuración, eso no atrae nada favorable a Dios. Puede ser todo lo contrario. Pero si somos el blanco de malas palabras, falsas acusaciones y persecuciones por nuestra fe, tenemos la oportunidad de demostrar la belleza de Cristo en nuestra vida. Si podemos llevar una vida tranquila y demostrar el amor de Dios, eso sí trae gloria a Él. La gente tiene que comentar: "Así son los cristianos.
Podemos también glorificar a Dios con la alabanza y la adoración en las reuniones, círculos, casinos y clubes públicos, pero es notable que en los consejos evangélicos Jesucristo nos exhorte con más frecuencia al modelo de vida. Hablar es muy fácil porque se puede hacer instantáneamente, por emoción hueca, sin mucho pensar, hasta pensando en otra cosa. En cambio, la gloria de Dios debe ser el enfoque central de todo lo que hagamos.

Podemos repetir la frase: "*Gloria a Dios*" o "*Señor, Señor*", cien veces por día, pero si nuestra vida no es verdadera porque nuestros hechos no concuerdan con nuestras palabras, no estamos glorificando realmente a Dios.

Quiera el Señor darnos Su bendición en esto y que cuando lleguemos al final de la jornada, a la hora de la muerte, podamos decir sin fingimiento como dijo el apóstol: *"Nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia según la cual nos hemos conducido en el mundo, y principalmente ante vosotros, con simplicidad y sinceridad de Dios, no según la sabiduría de la carne, sino con la gracia de Dios"* (II Corintios.1, 12). Amen.

Las cosas de la creación manifiestan el poder y la deidad del creador, pero nosotros como criaturas racionales y

redimidas, podemos hacer más que eso, hablarla, cantarla y explicarla a otros hombres como una invitación a que hagan lo mismo. Se trata de alabar a Dios no según lo muy limitado de nuestro alcance, sino también como Él lo merece, lo cual conseguimos alabando al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo, pues sabemos que todas las complacencias están en Él. Y si desde ahora podemos hacer a Dios, siendo tan pobres, esta ofrenda de valor infinito, es porque Jesús es propiedad nuestra desde que el Padre nos los dio, tal y como nos lo dice el versículo más importante de toda la Biblia: *"Porque así amó Dios al mundo: hasta dar su Hijo único, para que todo aquel que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna"* (Juan 3, 16), y que debería ser lo primero que se diese a conocer a los niños y catecúmenos, pues en él se contiene, no en forma abstracta, sino en esencia y síntesis tanto el misterio de la Trinidad cuanto el misterio de la Redención. Dios nos amó primero, y sin que le hubiésemos dado prueba de nuestro amor. Hasta darnos a su Hijo único en quien tiene todo su amor que es el Espíritu Santo, para que vivamos en Él.

Concluimos este capítulo glorificando a Dios por permitir ahora, para preparar el tiempo de la resurrección, que le conozcamos, le amemos y le alabemos

¡Aleluya!
Alabad al señor en su santuario,
alabadlo en la sede se su majestad.
Alabadlo por las obras de su poder,
alabadlo según su inmensa grandeza.
Alabadlo al son de la trompeta,
alabadlo con salterio y cítara.

Alabadlo con tamboril y danza,
alabadlo con cuerdas y flautas.
Alabadlo con címbalos sonoros,
alabadlo con címbalos que atruenen.
¡Todo lo que respira alabe al Señor!
¡Aleluya! (Salmo 150)

IMITAR A JESUCRISTO

Toda nuestra santificación consiste en conocer a Cristo e imitar a Cristo. Todo el evangelio y todos los Santos llenos de este ideal, que es el ideal cristiano por excelencia es el que nos hará vivir en Cristo; transformándonos en Cristo, tal y como nos enseñó San Pablo: *"Nada juzgué digno sino de conocer a Cristo y a Éste crucificado"* en la I Carta a los Corintios 2, 2 y en Gálatas 2, 20: *"Ya no vivo yo, sino que en mí vive Cristo"*. La tarea de todos los Santos es realizar en la medida de sus fuerzas, según la donación de la gracia, diferente en cada uno, el ideal paulino de vivir la vida de Cristo. Imitar a Cristo, meditar en su vida, conocer sus ejemplos

El famoso libro de Tomás de Kempis "Imitación de Cristo", más conocido como "El Kempis", es quizás el más popular tratado de espiritualidad editado y leído en la Iglesia después del Evangelio.

Durante siglos ha servido como modelo de vida cristiana, de crecimiento espiritual y de ayuda inigualable a quienes queremos vivir en la Luz. Efectivamente, sus consejos han iluminado y encendido las vidas de Santos, como la de San Ignacio de Loyola que encontró una copia en el castillo de su hermano cuando estaba en recuperación de la herida de cañón que mutilara su pierna en la defensa al asalto francés a Pamplona.

De su lectura y meditación la vida de Ignacio cambió totalmente, como lo testimonian los Jesuitas que nacieron de su obra. Hoy, después de muchos siglos, nosotros también podemos encontrar la misma sabiduría en las páginas del Kempis. Si bien, hacemos notar sin prejuicios,

que a partir del Vaticano II su vigencia y preferencia recomendada por los curas de lamas ha caído en desuso, e incluso ha dejado un vacío en las estanterías de muchas librerías religiosas.

"Yo soy la Luz del mundo. El que me sigua, no andará en tinieblas, sino que tendrá luz de la vida", (Juan 8,12). Con estas palabras del Señor comienza el primer punto de la "Imitación de Cristo", exhortándonos a que imitemos su vida y sus costumbres si queremos estar iluminados y libres de toda ceguera interior.

Empero, ¡de cuán diferentes maneras se ha comprendido la imitación de Cristo!

A cuántas personas hemos visto que imitan a artistas, cantantes, deportistas en toda su forma de ser, es decir, se visten como ellos, se peinan como ellos y hasta hablan como ellos. Se podría decir que esas personas buscaron un modelo de personalidad que les agrada por lo que copian e imitan sus formas lo más idénticamente posible. Yo creo, y puedo decir con toda seguridad que conocéis a alguien con esas características a quién admirar.

A propósito de la imitación a artistas famosos, voy a contar una anécdota poco conocida que ocurrió en Suiza por los años veinte. Fue en un concurso de imitación del gran Charlot, en el que participó Charles Chaplin y curiosamente quedó el tercero. Y es que una cosa es imitar y otra duplicar. Hay que tener una voluntad firme de identificarse con el modelo y no tener la vanagloria de creerse el modelo.

En realidad, ¿a quién deberíamos adoptar como modelo de nuestras personas? ¿A un artista?, ¿A un pastor?, ¿A un cantante?, ¿A tus padres? ¿A quién? De la buena respuesta a esta pregunta depende el buen resultado.

Pablo nos proponía imítenme a mí como yo imito a Cristo, entonces ¿imitamos a Pablo?, y si Pablo no existiera, ¿a quién imitaríamos?, bueno, la respuesta es clara, debemos imitar a Jesucristo.

¿Qué significa imitar a Jesucristo? Todos nos autodenominamos Cristianos, pero no todos añadimos a esto que somos pequeños Cristos, o seguidores, o imitadores de Jesucristo. Además, muchos de los que dicen imitar a Cristo lo hacen de diferentes maneras erradas.

Para unos, la imitación de Cristo se reduce a un estudio histórico de Jesús. Van a buscar el Cristo histórico y se quedan en Él. Leen el Evangelio, lo estudia, investigan la cronología, se informan de las costumbres del pueblo judío, ven el mapa de situación, y se quedan en una monografía, más bien científica, fría e inerte que espiritual. La imitación de Cristo para éstos se reduce a una copia literal de la vida de Cristo. Pero no es eso. No: *"porque la letra mata, más el espíritu da vida"* (II Carta a los Corintios 3, 6).

Para otros, la imitación de Cristo es más bien un asunto especulativo. Ven en Jesús como el gran legislador; el que soluciona todos los problemas humanos, el sociólogo por excelencia; el artista que se complace en la naturaleza, que se recrea con los pequeñuelos. Dentro de este grupo a Cristo le perfilan como si fuese un artista, un filósofo, un reformador, un sociólogo, y contemplándole, lo admiran, pero no siente la necesidad de mudar su vida ante Él. Cristo permanece sólo en su inteligencia y en su sensibilidad, pero no trasciende a su vida misma.

Otro grupo de cristianos creen imitar a Cristo preocupándose, al extremo opuesto, únicamente de la observancia de sus mandamientos, siendo fieles

observadores de las leyes divinas y eclesiásticas. Escrupulosos en la práctica de los ayunos y abstinencias. Contemplan la vida de Cristo como un prolongado deber, y dando muestras de una vida como un deber que prolonga el de Cristo. A las leyes dadas por Cristo ellos agregan otras, para completar los silencios, de modo que toda la vida es un continuo deber, un reglamento de perfección, desconocedor en absoluto de la libertad de espíritu. El foco de su atención no es Cristo, sino el pecado. El sacramento esencial en la Iglesia no es la Eucaristía, ni el bautismo, sino la confesión. La única preocupación es huir del pecado. E imitar a Cristo para ellos es huir de los pensamientos malos, evitar todo peligro, limitar la libertad de todo el mundo y sospechar malas intenciones en cualquier acontecimiento de la vida. No; no es ésta la imitación de Cristo que proponemos. Esta podría ser la actitud de los beatones fariseos, no la de Cristo.

Existe otro grupo de cristianos para los que la imitación de Cristo es un gran activismo apostólico, una multiplicación de esfuerzos de orientación de apostolado, un moverse continuamente en crear obras y más obras, en multiplicar reuniones y asociaciones. Algunos sitúan el triunfo del catolicismo únicamente en actitudes políticas. Para otros, lo esencial una gran procesión de antorchas, un meeting monstruo, la fundación de un periódico, de una Fundación… Y no decimos que eso esté mal, que eso no haya de hacerse. Todo es necesario, pero no es eso lo esencial del catolicismo.

Aún hay otro tipo de cristianos que, procurando no desviar su corazón de lo visible y sin traspasar a lo invisible, se miran en el espejo de su propia contemplación buscando honras y ensalzamiento, llegando en la mayoría de las veces

a un desdoblamiento de personalidad, apareciendo como conspicuos fieles y devotos creyentes, eso sí, ocupando los primeros puestos, cuando realmente son fatuos de su propio yo y carentes de toda previsión futura. No son precisamente imitadores de Cristo. Son como dice el Eclesiastés 1, 2: *"Vanidad de vanidades, todo vanidad".*

Nuestra imitación de Jesucristo no debe consistir, como acabamos de ver en una reconstrucción del Cristo histórico; ni en una pura metafísica o sociología o política; ni en una sola lucha fría y estéril contra el pecado; ni primordialmente en la actitud de conquista para la Iglesia o para sí mismo. Nuestra imitación de Cristo no consiste tampoco en hacer lo que Cristo hizo, ¡nuestra civilización y condiciones de vida son tan diferentes!

Nuestra imitación de Cristo ha de consistir en vivir la vida de Cristo, en tener esa actitud interior y exterior que en todo se conforma a la de Cristo, en hacer lo que Cristo haría si estuviese en mi lugar, pero para realizar eso tendríamos que conocer muy, pero que muy bien a Jesucristo, puesto que, si no le conocemos al máximo, continuaríamos preguntándonos como nos conviene o no lo que Jesucristo haría en nuestro lugar. Es por ello que te insisto a que cultivemos la lectura del Evangelio en nuestras vidas, a que escuchemos la Palabra de Dios, a que conozcamos más cada día a Jesucristo, pus es ahí ese conocimiento donde podremos decidir cómo Jesucristo decidiría, y sin prisas llegaríamos a ser verdaderos imitadores de Él, unos verdaderos cristianos.

Por consiguiente, lo primero y necesario para imitar a Cristo es asimilarnos a Él por la gracia, que es la participación de la vida divina. Y para ello, una vez

introducidos por el bautismo, debemos alimentarnos por la Santa Comunión, alimento de vida que nos da a Cristo y su gracia. Y si se pierde ésta, recobrarla por una buena confesión.

Y luego de poseer esa vida, procurar actuarla continuamente en todas las circunstancias de nuestra vida por la práctica de todas las virtudes que Cristo practicó, en particular por la caridad, la virtud más amada de Cristo.

No cabe duda de que la encarnación histórica necesariamente restringió a Cristo y su vida divina–humana a un cuadro limitado por el tiempo y el espacio. Sin embargo, la encarnación mística, que es el cuerpo de Cristo, la Iglesia, no solo quita esa restricción, sino que la amplía a todos los tiempos y espacios donde haya un bautizado. La vida divina aparece en todo el mundo. El Cristo histórico fue judío vivió en Palestina, en tiempo del Imperio Romano. El Cristo místico es español, alemán, francés, colombiano, chileno, africano y chino. Es profesor y comerciante, es ingeniero, abogado y obrero, preso y monarca, obispo y labrador. Es, pues, todo cristiano que vive en gracia de Dios y que aspira a integrar su vida en las normas de la vida de Cristo en sus secretas aspiraciones. Y que aspira siempre a esto: a hacer lo que hace, como Cristo lo haría en su lugar. A enseñar la ingeniería, como Cristo la enseñaría, el derecho como Cristo lo ejercería, a hacer una operación con la delicadeza de Cristo, a tratar a sus alumnos con la fuerza suave, amorosa y respetuosa de Cristo, a interesarse por ellos como Cristo se interesaría si estuviese en su lugar. A viajar como viajaría Cristo, a orar como oraría Cristo, a conducirse en política, en economía, en su vida de hogar como se conduciría Cristo.

Algunos de seguro dirán, ¿Para qué decidir cómo Jesucristo? Él vivió en una época diferente, con desafíos y tentaciones, diferentes; no está en esta época que es muy diferente. A estos y a cuantos cuestionar lo que haría Jesucristo en mi lugar aquí y ahora, le digo que *"Jesucristo es el mismo de ayer, de hoy y por los siglos de los siglos"* (Hebreos 13:8). Él no cambia, El decidirá de la misma forma si estuviera en nuestro tiempo, Él es el mismo. Su evangelio es invariable, y también las tradiciones apostólicas, más que les pese a los nuevos ecumenistas.

La Tradición consiste en conservar fielmente lo mismo que se nos entregó en un principio, y lo que importa no es el tiempo más o menos largo que tiene una creencia o una costumbre, sino que ella sea la misma que se recibió originariamente. Sin esto ya no habría tradición, sino rutina y apego a esas "tradiciones de hombres" que tanto despreciaba Jesús a los fariseos. De ahí el empeño de San Pablo porque se conservase lo mismo que se había recibido sin abandonarlo *"aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo os predicase un Evangelio distinto del que os hemos anunciado sea anatema"* (Gálatas 1,6). El Evangelio no debe ser acomodado al siglo so pretexto de adaptación. La verdad no es condescendiente sino intransigente. El mismo Señor nos previene contra los falsos Cristos (Mateo 24, 24), los lobos con piel de oveja (Mateo 15), y también San Pablo contra los falsos apóstoles de Cristo (II carta Corintios 11, 13) y los falsos doctores con apariencia de piedad (II Timoteo 3, 1-5). Por supuesto, quienes pretenden cambiar lo que ha sido creído en todas partes siempre y por todos, adecuando a los tiempos un nuevo credo, modernizando la doctrina de Cristo, y adaptando su

mensaje, esencialmente sobrenatural, a una propaganda puramente globalizada, como si el Señor fuese un pensador a la manera de tantos otros que se ocupan de cosas temporales, y no un Profeta divino que nos llamó de parte del Padre a su reino eterno, prometiéndonos darnos lo demás por añadidura y dejando al César el reino de este mundo. No son verdaderos imitadores de Cristo, porque embaucados y seducidos por la "nueva cristianización", mezcla del error con la verdad, obran, no como la Iglesia que es intolerante en los principios porque es depositaria de esa fe, y al tiempo es tolerante en la práctica porque ama, sino que, esos nuevos arrianos, incrédulos de que la Santa Iglesia es el Cuerpo Divino de Cristo, son tolerantes con el depósito de la fe porque realmente no creen, pero son intolerantes en la práctica porque no aman. ¡Qué gran contradicción! Los más sabios "teologones" no conocen a Jesús e imitan consecuentemente a personas y personajes que en cualquier momento pueden cambiar y dejar de ser o actuar como actúan, en cambio, Jesucristo seguirá siendo el mismo siempre.

Si conociésemos un poquito a Jesucristo, veríamos que lo que primero resalta en Él es el AMOR, la humildad, el perdón. Pues si recordáramos cuando estaba en la Cruz, las últimas palabras que, luego de haber sido maltratado, insultado, golpeado y finalmente crucificado, dijo: *"Perdónalos, porque no saben lo que hacen".*

Busquemos como nuestro modelo a Jesucristo, ¿creéis que podemos? Naturalmente que sí, porque la vida de la gracia está escondida en el fondo de nuestras almas, y así como nuestros ojos mortales no perciben a Cristo en el seno del Padre, nada manifiesta exteriormente nuestra unión a Cristo

y a su Padre. Pero el día que por el conocimiento de los Evangelios y de la tradición de la Iglesia comencemos a imitar la vida de Cristo, perdonando y amando a nuestros enemigos, nota característica del cristianismo, ese día comenzaremos a vivir y a vivir en amor, en la caridad fraterna, que en su verdadera fisonomía llamamos misericordia, la cual, como lo confirmó Cristo en su Mandamiento Nuevo, consiste en la imitación de su amor misericordioso. Mostrando que Él es bondadoso con los desagradecidos y con los malos. La bondad del Señor, además de devolver bien por mal, da sol y lluvia a justos y pecadores.

"Imitad entonces a Cristo, puesto que sois sus hijos amados". (Efesios, 5, 1). *"Para eso fuisteis llamados. Porque también Cristo padeció por vosotros dejándoos ejemplo para que sigáis sus pasos*" (I Carta de Pedro 2, 21). Esta es la vocación y este es el carácter propio de los imitadores de Jesucristo: abrazarse con la Cruz de su Divino Maestro, copiar fielmente a este Divino Original, imitarle en la paciencia con que Él sufrió todos los agravios y persecuciones.

En resumen, imitar a Cristo es obrar hoy como lo haría Jesucristo en nuestro lugar. Busquemos el camino del amor que Jesús nos enseña, sabiendo que la negación de nosotros mismos y la doblegación de nuestros afectos desordenados son claves fundamentales en nuestra meta de vida eterna.

INVOCAR A MARIA Y A LOS SANTOS

Desde pequeño se me instruyó, al igual que a todos los niños que asistíamos a la catequesis, sobre la intercesión e invocación a los Santos, según la costumbre tradicional de la Iglesia Católica.

Se nos enseñaba que los Santos que gozan con Jesucristo en el cielo de eterna felicidad, ruegan a Dios por nosotros, y que consiguientemente era bueno y útil invocarlos y recurrir a ellos para que intercediesen por nosotros para alcanzar de Dios los beneficios por Jesucristo su Hijo, nuestro Señor, que es nuestro Redentor y Salvador.

Para reforzar las enseñanzas catequísticas de mi niñez, mis padres que acababan de perder un hijo asesinado en la guerra de liberación nacional del 36, me contaron numerosos casos de martirios profesados por los enemigos de Dios en aquella Cruzada, conocimiento que ha dejado una profunda huella en mi vida al tiempo que se me enseñó también a venerar los Santos cuerpos de los Santos mártires y de cuantos viven con Cristo, que fueron miembros vivos del mismo Cristo y templos del Espíritu Santo, puesto que habrían de resucitar a la vida eterna para ser glorificados, y por los que Dios concede muchos beneficios a los que les invocan.

Además, en la Parroquia de mi pueblo, por aquel tiempo, se conservaban diferentes imágenes fracturadas de Cristo en la Cruz, de la Virgen Madre de Dios y de otros Santos, que habían sido ultrajadas y deshonradas en diferentes momentos, algunas durante la quema de los conventos y otras cuando del terror rojo saciaba su odio en mutilarlas, quemarlas y fusilarlas. Pero allí estaban y recibían la

correspondiente veneración, porque el honor que se daba a aquellas las imágenes, se refería a los originales representados en ellas; de suerte, que cuando adoramos al Cristo quemado y despojado de un brazo, adoremos a Cristo-Jesús por medio de aquella imagen que besábamos, y en cuya presencia nos descubríamos y arrodillábamos.

Son vivencias que se graban en el alma y que perduran para siempre. Y si además en los colegios se nos enseñaba, en la clase de religión, la historia de nuestra redención, expresada en pinturas y dibujos, instruyéndonos y confirmándonos en los artículos de la fe, recapacitándonos continuamente en ellos, el fruto de aquella enseñanza era beneficioso para dar gracias a Dios por los dones recibidos. Además, aquellas estampas sagradas de Santos que ilustraban sus saludables ejemplos, nos mostraban los milagros que Dios había obrado por ellos, con el fin de que diésemos gracias a Dios por ellos, y tomándolos como ejemplo arreglásemos nuestras vidas y costumbres a los ejemplos de los mismos; así como para excitarnos a adorar y amar a Dios, y practicar virtudes.

Aún recuerdo y la oración que diariamente ofrecíamos a todos los Santos, en el rezo de la mañana, decía así: *"¡Oh, Todopoderoso Dios! Os ruego nos concedáis por la intersección de María Santísima, de todos los Ángeles, Patriarcas, Profetas, Anacoretas, Apóstoles, Evangelistas, Mártires, Confesores, Doctores, Vírgenes y demás bienaventurados, que, así como ellos llenos de consuelo pueden adoraros en el cielo, lo hagamos nosotros en la tierra bajo su patrocinio. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén".*

Se nos enseñó con buen criterio y dentro de la ortodoxia católica que, además de adorar a Dios, podíamos invocar a María, a los Ángeles y a los Santos, honrar también sus las imágenes y estampas, porque la honra que se hace a las sagradas imágenes de Jesucristo, de la Virgen y de los Santos se refiere a sus mismas personas.

Así también las reliquias de los Santos pueden y deben ser veneradas, porque sus cuerpos fueron miembros vivos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo, y han de resucitar gloriosos a la vida eterna.

Claro está que entre el culto que damos a Dios y el que damos a los Santos hay esta gran diferencia: que a Dios le adoramos por su excelencia infinita, mientras a los Santos no los adoramos, sino que los honramos y veneramos como amigos de Dios e intercesores nuestros para con Él.

El culto que se tributa a Dios se llama latría, esto es, de adoración, y el culto que se tributa a los Santos se llama dulía, o de veneración a los siervos de Dios, y el culto particular que damos a María Santísima se llama hiperdulía, que quiere decir especialísima veneración, como a Madre de Dios.

Si me he permitido exponeros estos recuerdos de juventud ha sido con el único fin de mostrar que el honor rendido a los Santos es, en definitiva, veneración a Dios, cuyo amor y misericordia aparece en los Santos como poder creador. Negar el culto a los Santos es un desprecio a la obra de Dios.

Naturalmente no voy a entrar en detalles filosóficos y teológicos sobre tema, me limitaré solamente a recordar al alma cristiana que, siendo como somos peregrinos a la Patria Celestial, hemos de ayudarnos a recorrer el camino

por quienes pueden interceder en nuestro beneficio por Jesucristo mismo.

Y ¿cómo ejercen esa intercesión los Santos? Es fácil de entender con un sencillo ejemplo: Supongamos un matrimonio que va andando por la calle y un niño muy pobre se acerca a la mujer y le dice: - "*¿Puede darme algo de comer?, hoy no he comido"*. A la esposa se le conmueve el corazón y le dice a su marido: - "*Cariño, cómprale algo de comer y dáselo".* El esposo, que es quien tiene el dinero, accede a su petición y la cumple.

El culto a los Santos se distingue tanto de la admiración natural a las personalidades históricas dirigidas a los hombres en razón de sus trabajos a favor de la configuración del mundo, como del culto a Dios, que es adoración. En el culto a los Santos se ensalza a un hombre por amor a la gloria de Dios de la que él participa, y consiguientemente supera todo honor humano ya que sólo es aprehensible por la fe. Honramos a los Santos porque reinan con Cristo. Pero es tan radical y creador el Reino de Dios que brilla inextinguible no sólo en la faz del Primogénito, sino a todos los que en Él se han hecho hijos de Dios, es decir en la faz de los Santos. Por eso los amamos como a mil gotas de rocío en que se espejea el sol. Les rendimos culto, porque en ellos nos sale Dios al paso, ya que se trascienden a sí mismos y apuntan a Dios. Damos culto a Dios por Él mismo. No podemos ir más allá de Él. En Él se queda inmóvil nuestra veneración.

En el culto a los Santos es aludido Dios mismo a quien veneramos, mostrándose poderoso en los Santos, que ha vencido en ellos el pecado y la insuficiencia hasta la raíz del

ser y representa en ellos su omnipotente santidad y su santa omnipotencia.

Dios ha dispuesto que nosotros alcancemos la salvación en la caridad mutua, en la cooperación e intercesión. Dios en su eterna economía ha instituido la oración como un instrumento de salvación. Él concede muchas cosas por la oración y sólo por ella, razón por la que los hombres debemos abrirnos a Dios en la oración, reconociendo ante él nuestra propia necesidad de salvación, al tiempo que debemos confesar la riqueza y magnificencia de Dios.

La oración que la Iglesia y sus miembros pronuncian por Cristo ante el Padre celestial es acogida por quienes están con Cristo ante la faz del Padre, la llenan de la fuerza e intimidad de su amor y la llevan al Padre como súplica purificada y santificada. Jesucristo es el único mediador. Es Él por quien hablamos al Padre. Pero cuando Él acoge nuestra oración en su corazón, en su amor, y la lleva ante el Padre, lo hace como Cabeza de todos los que están en la más íntima comunidad con El, de todos los Santos inundados de su vida y de su amor. El movimiento de este amor se comunica, por tanto, a todos. Con Cristo hablan la palabra de amor con que ruega al Padre por nosotros. Todos los Santos participan, pues, en el ruego de Cristo. Y así la oración que cada cristiano dirige al Padre por Cristo se convierte en ruego de toda la comunidad cristiana. La Iglesia se hace cargo de este hecho en su conciencia creyente, cuando, recordando siempre a su Cabeza, nombra también a sus miembros, como en el Prefacio y Canon de la Santa Misa. Invoca su intercesión, es decir, se dirige a los hermanos y hermanas que, proyectados, reinan con Cristo, para que acojan en su amor nuestro destino y digan nuestros

nombres en la oración que en Cristo ofrecen continuamente al Padre.

De modo especial pone su mano orante y confiada en las manos de María. Mientras que el amor de María abarca a todos los cristianos, la participación de los demás Santos en el destino de la Iglesia está determinada por las tareas que Dios les asigna en el todo del Cuerpo de Cristo. Y así se puede suponer que algunos Santos determinados abarcan con amor especial a determinados miembros o grupos de la Iglesia peregrina.

El hecho de que los Santos pueden orar interceciendo eficazmente por nosotros se basa, por tanto, en su comunidad con Cristo. Su fuerza creadora es despertada y soportada por la fuerza creadora de Cristo.

Si la Iglesia invoca a los Santos y no se dirige exclusivamente a Jesucristo, lo hace consciente de la pecaminosidad de sus miembros. Sólo los Santos del cielo pueden pronunciar la oración como pura glorificación de Dios con limpio amor no enturbiado por ningún egoísmo. En la oración a los Santos no es excluido ni olvidado Cristo.

Tal oración tiene el sentido de que rezamos en comunidad con ellos a Cristo, de que ellos se unen a nuestra oración, para que sea soportada y llevada por su amor perfecto. Su perfecta comunidad con Cristo da a su oración una fuerza especial, que nosotros no tenemos. Por eso podemos poner más confianza en la oración que ellos llevan a Cristo, que en la nuestra propia, hecha sólo por nosotros. Los Santos no sustituyen a Cristo, sino que dejan brillar con pleno esplendor su mediación.

Otra forma, en que los Santos participan en nuestra salvación, es el amor sacrificado, que está dispuesto a

regalar la propia riqueza a los miembros afligidos de la Iglesia. Mientras que los cristianos que peregrinan todavía por la tierra son a menudo indiferentes y desconfiados y hasta se orillan unos a otros con envidia y odio, los Santos se regalan con toda la pureza e intimidad de su amor, de forma que lo que les pertenece a ellos es de todos.

En definitiva, no se puede distinguir entre oración y amor como dos funciones de la obra auxiliadora; en su realización son idénticos, pues el amor en que los Santos se dirigen a nosotros no es más que el movimiento de adoración en el que, alabando y glorificando, se entregan a Dios incondicionalmente para su propia plenitud y felicidad y en él, a la vez, anhelan el reino de Dios en todas las demás criaturas, es decir, su salvación.

El culto e invocación de los Santos supone que se reconoce una auténtica caridad entre los bautizados y una auténtica actividad espiritual, una cooperación con Cristo.

Dentro del culto a los santos se ha de resaltar la invocación a María, Nuestra Señora. A lo largo de los siglos el culto mariano ha experimentado un desarrollo ininterrumpido. Además de las fiestas litúrgicas tradicionales dedicadas a la Madre del Señor, ha visto florecer innumerables expresiones de piedad, a menudo aprobadas y fomentadas por el Magisterio de la Iglesia.

La Bienaventurada Virgen María, es el título tradicional específico usado por los cristianos para nombrar a María la madre de Jesús. El título lleva con él no sólo la creencia en su virginidad sino un reconocimiento especial del papel de la figura de María en la iglesia católica y en la vida de todo católico. Otros títulos más populares y piadosos son el de Santísima Virgen María, Santísima Virgen Madre de Dios,

Nuestra Señora, Auxilio de los cristianos, Esperanza de los que desesperan, Consuelo de los afligidos, Refugio de los pecadores, Abogada y Madre nuestra.

Para los católicos, coptos y ortodoxos María es aquella mujer que tiene el privilegio de ser la Madre de Jesús, por lo que se le da el título de Madre de Dios (Theotokos: "*útero de Dios*"), de este privilegio nacen las demás prerrogativas de su culto. La teología católica propone a María como modelo de obediencia en contraste con la desobediencia de Eva, idea que se encuentra en la Tradición de la Iglesia. Así mismo María fue redimida por Cristo en lo que se conoce como "redención preventiva", impidiendo que la afectase el pecado original.

En la teología católica, la mediación de María nace de la mediación única y principal de Jesucristo de la cual depende; en ese sentido es una mediación secundaria pero especial por su singular papel en el plan de la salvación. Efectivamente sólo Jesucristo, por derecho propio, por representación propia, por méritos propios, es nuestro Medianero para con Dios, en cuanto por ser verdadero Dios y verdadero hombre, Él solo, en virtud de sus propios merecimientos, nos ha reconciliado con Dios y nos alcanza todas las gracias. La Virgen, empero, y los Santos, en virtud de los merecimientos de Jesucristo y por la caridad que los une con Dios y con nosotros, nos ayudan con su intercesión a obtener las gracias que pedimos. Y éste es uno de los grandes bienes de la Comunión de los Santos.

Me viene a la memoria, y tal como me llega deseo expresároslo, las palabras que Nuestra Señora reveló a Santa Brígida: *"Yo soy*, le dijo, *la reina del cielo y madre de la Misericordia, la alegría de los justos y la puerta para*

introducir los pecadores a Dios. No hay en la tierra pecador tan desventurado que se vea privado de la misericordia mía. Porque si otra gracia por mí no obtuviera, recibe al menos la de ser menos tentado de los demonios de lo que sería de otra manera. No hay ninguno tan alejado de Dios, a no ser que del todo estuviese maldito –se entiende con la final reprobación de los condenados-; ninguno que, si me invocare, no vuelva a Dios y alcance la misericordia".

¡Qué benditas palabras! Son palabras que animan a confiar cada vez más en nuestra Madre, y a no sentir miedo por la gravedad y multitud de nuestros pecados, aunque hayan sido los más grandes y los más voluntarios. Porque siendo María, como es, la Madre de Dios, del Rey de reyes, es por tanto la Reina del Amor y de la Misericordia, y desde el mismo momento en que Jesús, desde la Cruz, la hizo nuestra Madre, la encargó, al igual que toda madre se encarga de proveer todo a sus hijos, de aplicar la Misericordia a cada una de las almas

Nadie que invoque a María queda como estaba antes de invocarla, porque alguna gracia recibe. Por eso es tan importante que difundamos la invocación y culto a la Virgen, su devoción, y mucho mejor su consagración, porque quien está en manos de María, encuentra la seguridad en la tierra, en el tiempo de vida terrena, y, sobre todo, encontrará la seguridad para la eternidad, porque María no consentirá que un servidor y devoto suyo termine en el Infierno.

María es el secreto que Dios nos da para que vayamos a Él confiados. Y esto lo dio a entender Jesús mismo en las bodas de Caná, cuando por medio de María hizo su primer

milagro, aunque todavía no hubiese llegado la hora de comenzar a hacerlos. Pero por María, por su pedido y ruego de Madre, y porque Dios no puede negarle nada a la Virgen, Jesús hizo su primer milagro en el orden de la naturaleza. Y con esto el Señor nos quiere decir que María es la portadora del milagro, y que nos refugiemos bajo su manto como en ciudad segura.

La mejor forma de refugiarse en Ella es invocarla y rogarla nuestra consagración, puesto que, si nos hemos consagrado a la Virgen, somos cosa suya, de su propiedad, y no podemos disponer de nosotros mismos ni de nada de lo nuestro porque ya todo es de María. Entonces ¿por qué miramos el pasado o hacemos proyectos para el futuro? Tengamos confianza en Ella y dejemos toda nuestra vida y nuestras cosas en sus manos benditas, porque Ella toma muy en serio la consagración que le hacemos, tomando posesión completa de todo nuestro ser y todo lo nuestro.

Esto es un gran consuelo, porque saberse propiedad de María es tener la confianza plena de que siendo la más cuidadosa de las madres, y al ser en al ser nosotros suyos, nos cuidará de forma especial y nos defenderá de las garras Maligno y de todas las desgracias.

Y es que si somos de María ya no cabe en nuestras vidas preocupación, desaliento ni temor, porque Ella va disponiendo de toda nuestra existencia según el plan de Dios, y nuestras vidas tendrán un desarrollo y un final feliz, y es que, hoy ahora y siempre, quienes encuentran a María han encontrado la Vida, es decir, la salvación. Y si esto es válido para quienes solamente son devotos de la Santísima Virgen, ¡cuánto más lo será para quienes se han entregado en cuerpo y alma a esta Purísima Doncella!

Cuando nos consagramos a María ya no tenemos nada propio, sino que nuestro único tesoro es María misma, que se nos da en plenitud en el momento mismo de la consagración.

¡Ave María Purísima!

¡Sin pecado concebida!

HONRAR A LOS SANTOS ÁNGELES

Al principio de los tiempos Dios creó de la nada, unas sustancias espirituales que son llamadas Ángeles; son seres espirituales que fueron creados para la gloria de Dios, para que le alaben y bendigan, para que le obedezcan y le sirvan, para que sean sus mensajeros y para el cielo, donde está su felicidad eterna junto a Dios.

Ellos que fueron adornados con la gracia santificante, elevados al orden sobrenatural fueron sometidos a una prueba moral, ya que se encontraban primeramente en estado de peregrinación por el cual debían merecer, con la ayuda de la gracia y mediante su libre cooperación a ella, la visión beatifica de Dios en un estado definitivo.

La naturaleza de la prueba no se conoce con certeza, pero muchos teólogos sostienen que el Padre Eterno reveló a los Ángeles la futura Encarnación de Su Divino Hijo, y les hizo saber que al Dios-hecho-Hombre deberían rendir adoración.

Entonces Luzbel (luz del amanecer) el más hermoso y bello ángel de la Corte Celestial, deslumbrado y ofuscado por el orgullo, habiéndose atribuido a sí mismo los maravillosos dones con que el Creador lo había dotado, tubo la ambición de ser más que Dios no aceptó el supremo dominio del Señor, y se rebeló contra Él, constituyéndose así en el "adversario" (Satanás) de su Creador levantando su gran grito de rebelión y de batalla: "Non serviam" (Jeremías 2, 20). Muchos Ángeles, le siguieron en su orgullo. Se dice que hasta un tercio de ellos (Apocalipsis. 12, 4)

El ángel rebelde, en un arranque de altanería profirió: *"¿Quién como yo?"*. A lo que San Miguel postrado ante el Trono de Dios y, en un acto de adoración profunda, opuso

al grito de batalla de Lucifer uno de amor y lealtad: *"¿Quién como Dios?"* (Miguel).

Una guerra cruzo el cielo de norte a sur, de este a oeste. El ejército celeste, comandada por el Arcángel Miguel se lanzó, contra el ejército rebelde, encabezada por Luzbel. El cielo se llenó de destellos.

Y Luzbel fue derrotado, cayendo en el abismo y la oscuridad. Y así como San Miguel Arcángel obtuvo su nombre con su grito de fidelidad, el ángel caído fue despojado de toda su belleza y facultad, vencido por su atrevimiento. Y fue llamado desde ese entonces Lucifer.

Los Ángeles buenos que salieron airosos de la prueba recibieron como recompensa la felicidad eterna del cielo, en tanto que *"los Ángeles que no guardaron su principado, sino que abandonaron su propia morada, los tiene guardados bajo tinieblas en cadenas perdurables, para el juicio del gran día"*. (Judas 1, 6).

Los Ángeles que permanecieron fieles a Dios tienen como primera misión a dorar a la Divinidad; por eso la Iglesia nos hace pedir a Dios, en Prefacio de la Santa Misa, que nos permita mezclar nuestras voces con la de sus Ángeles para alabarle. Algunos de estos ángeles, Dios les encomendó la misión de velar por nosotros y de llevar a cabo sus disposiciones: guardando, protegiendo y facilitando el camino de la salvación a los hombres. Por ese motivo se les llama Ángeles Custodios.

Y a tal finalidad Dios ha asignado a cada hombre un ángel se su guarda o Ángel custodio, cuya misión es acompañar a cada hombre en el camino por la vida, cuidarlo en la tierra de los peligros de alma y cuerpo, protegerlo del mal y guiarlo en el difícil camino para llegar al Cielo. Se puede

decir que es un compañero de viaje que siempre está a nuestro lado, y que jamás se separa de nosotros ni un solo momento. Está con nosotros mientras trabajamos, mientras descansamos, cuando nos divertimos, cuando rezamos, cuando solicitamos o no su ayuda. No se aparta de nosotros ni siquiera cuando perdemos la gracia de Dios por el pecado. Nos presta siempre su auxilio para que nos enfrentemos con el mejor de los ánimos a las dificultades de la vida diaria y a las tentaciones que se presentan en la vida.

Equivocadamente muchas veces se piensa en el ángel de la guarda es algo infantil, pero no es así, puesto que al igual que las personas crecemos y con este crecimiento hemos de enfrentarnos a una vida de mayores dificultades y tentaciones, el ángel custodio resulta de gran ayuda.

Nada hay tan apacible como un Ángel Custodio, nada tan lleno de gracia como la Bondad de Dios que ama tanto nuestra alma, que la guarda con un Ángel que no solo avisa y consuela, sino que le sirve también.

El Ángel de la Guarda se toman el cuidado del alma que se les confía sin interrupción, razón por la que debemos honrar a nuestro Ángel de la Guarda, encomendándonos a él, sobre todo en las tentaciones y peligros, siguiendo sus inspiraciones y respetando su presencia.

Para que la relación de la persona con el Ángel Custodio sea eficaz, es necesario hablar con él, llamarle, tratarlo como el amigo que es. Así podrá convertirse en un fiel y poderoso aliado nuestro. Debemos confiar en nuestro ángel de la guarda y pedirle ayuda, pues además de que él nos guía y nos protege, está cerquísima de Dios y le puede decir directamente lo que queremos o necesitamos. Bien es verdad que los ángeles no pueden conocer nuestros

pensamientos y deseos íntimos si nosotros no se los hacemos saber de alguna manera, ya que sólo Dios conoce exactamente lo que hay dentro de nuestro corazón, pero muchas veces intuyen lo que queremos por nuestras obras, palabras, gestos, etc.

También se les pueden pedir favores especiales a los ángeles de la guarda de otras personas para que las protejan de determinado peligro o las guíen en una situación difícil.

El Ángel de la Guarda es, como hemos dicho, nuestro compañero fiel que tiene como misión protegernos y defendernos, ponernos al abrigo de las acechanzas del demonio y de los enemigos de nuestras almas, para que podamos llegar a la vida eterna; Al final de nuestra vida, el Ángel Custodio nos acompañará ante el tribunal de Dios, como lo manifiesta la Liturgia de la Iglesia en las oraciones para la recomendación del alma en el momento de la muerte. Por todo ello, además de nuestra amistad y agradecimiento, al Ángel Custodio le debemos veneración como quien está siempre en la presencia de Dios, contemplándole cara a cara y a la vez junto a nosotros.

Antiguamente se celebraba el 29 de septiembre la fiesta de San Miguel Arcángel, y en ella se honraba a todos los Ángeles, celebrando su fiesta con espíritu de unidad y universalidad, considerándolos a todos como un solo cuerpo y un solo santo, que es el cuerpo de Jesucristo. No obstante y a partir del siglo XVI la Iglesia celebra también el 2 de octubre una fiesta especial para honrar a los Santos Ángeles custodios.

En cuanto al modo de celebrar dignamente las fiestas de los Ángeles, para no apartarnos del espíritu de la Religión, debemos en primer lugar dar gracias a Dios por la gloria con

que colma a estas divinas criaturas, y regocijarnos con la felicidad con que aquellas se regocijan. En segundo lugar, hemos de manifestar nuestro reconocimiento al Señor por haber confiado en su misericordia el cuidado de nuestra salvación a estos espíritus celestiales que nos hacen continuamente los esfuerzos de su celo y de su cariño. En tercer lugar, debemos unirnos a ellos para ensalzar y adorar a Dios, y para pedirle la gracia de hacer su voluntad en la tierra, como lo hacen los Ángeles en el cielo, y proporcionarnos nuestra santificación imitando la pureza de estos espíritus bienaventurados con los cuales estamos unidos de un modo tan íntimos, por lo que finalmente tenemos que honrarlos no sólo con fervor, sino implorar también el auxilio de su intercesión.

No solamente debemos celebrar su fiesta, ya que toda alma cristiana no solo ha de honrar a su Ángel de la Guarda, sino que también tiene que amarle. Es un custodio fiel, un verdadero amigo, un protector poderoso; a pesar de la excelencia de su naturaleza, su caridad le inclina a encargarse de nuestro cuidado, de defendernos y protegernos, y vela por la conservación de nuestros cuerpos, a los que los demonios tienen a veces el poder de dañar. Pero ¿qué no hace por nuestras almas? Nos instruye, nos anima, nos exhorta interiormente, y nos advierte nuestros deberes con secretas reprensiones; nos defiende al igual que nos preserva San Miguel de las acechanzas del demonio, ejerce con nosotros la misión que ejercía con los judíos aquel Ángel que los guiaba a la tierra prometida, nos auxilia como San Gabriel para que consigamos los beneficios que nos anunció con la Encarnación, y hace por nosotros lo que San Rafael para el joven Tobías; nos sirve de guía en medio

de los peligros de esta vida. ¡De cuán profunda gratitud, respeto, docilidad y confianza hemos de estar animados para con nuestro Ángel custodio! ¿Cómo podremos agradecer bastante la divina misericordia por el don inapreciable que nos ha hecho?

SALVAR TU ALMA

Quienes tenemos la gracia de ser cristianos creemos que Dios, infinitamente perfecto y bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad nos ha creado libremente para que le alabemos, le hagamos reverencia, le sirvamos, y mediante esto salvar nuestras almas, esto es, hacernos partícipe de su vida bienaventurada

Tú, yo y todos nosotros hemos sido creados para vivir algún tiempo en este mundo y crecer para Dios y para su gloria. Todo nuestro ser y toda nuestra existencia vive ahora en la tierra, temiendo a Dios y guardando sus mandamientos, para vivir después sin fin en las moradas eternas poseyendo la inmutabilidad de su plenitud, la grandeza que en el periodo de tiempo nos hayamos preparado.

Al crearnos para Él, nos ha manifestado el amor esencial que se tiene a sí mismo; pero también nos ha creado por amor a nosotros, de tal forma que ha creado todo para nuestra felicidad. Hemos sido creados para ser felices, ese es el fin secundario de nuestro ser; todo en nosotros aspira a la felicidad, es la necesidad irresistible de nuestra naturaleza. Nuestros sentidos, nuestros corazones, nuestras almas desean, buscan y reclaman la satisfacción en este mundo y la satisfacción en la eternidad, satisfacción infinita, único reposo y completo, de nuestro ser, que se llama salvación.

Al final de la vida, es decir de aquí a muy poco tiempo, para alguno acaso desde mañana, solo habrá una de dos cosas: o felicidad completa interminable e inmensa, o una

tristeza suma y pena infinita eterna, interminable y sin consuelo. Cielo o infierno.

La disyuntiva entre salvamos o condenarnos estriba en que si nos salvamos lo ganamos todo, y si nos condenamos lo perdemos todo. Porque después de esta vida en el mundo, créase o no, solo queda allá y para toda la eternidad otra cosa que la salvación o la condenación.

Salvarse es estar viendo y amando a Dios por siempre. ¡Si supiésemos lo que es ver y amar a Dios! ¡No hay gozo que a esto pueda compararse!

¡Si nos salvamos, poco ha de importarnos todas las cosas de este mundo! En cambio, *"¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?"* (Mateo 16,26).

Salvar o perder el alma. ¡He ahí el quid de la cuestión!

Para explicar esta alternativa nada mejor que un buen ejemplo. Elegimos para ello al buen empresario, que ha explotado su vida entera en ocuparse de proveedores, ventas, letras de cambio, préstamos, "marketing", perdidas y beneficios, etc., es decir, ha utilizado todo su tiempo en mejorar su negocio. ¡Cuánta aflicción si se perdía una venta! ¡Cuántas precauciones para conservarla y aumentarla! ¡Qué desasosiego cuando se extraviaba una mercancía! ¡Qué afanes para encontrarla!

Sin embargo, dormía, holgaba y reía habiendo perdido, tiempo ha, la gracia de Dios. Y es que al igual que muchos cristianos, olvidó que la muerte, el juicio, el infierno, la gloria y la eternidad no fuesen verdades de fe, sino fábulas e inventadas poéticas.

Al empresario en cuestión no se avergonzaba que su esposa le llamase negligente, y mucho menos le causaba rubor haber descuidado el negocio de su propia salvación.

Hasta que un buen día se repitió una y otra vez: ¡Negocio! Sí, comprendió enseguida que ese negocio es el de la salvación eterna, y siendo como era un profesional, un hombre que sabía cómo manejar los negocios se quedó anonadado al darse cuenta que había dejado escapar al más importante de ellos. Porque, sin duda alguna, es el de mayores consecuencias, ya que se trata de ganar o perder alma, y perdiendo el alma todo se pierde. ¿Qué le aprovechan a Judas los treinta denarios?, ¿qué le valen a Enrique VIII sus torpes placeres?, ¿qué le sirven a Creso sus riquezas o Alejandro sus grandes conquistas?... ¿Qué me aprovechan a mí tener saneados mis negocios, si no salvo mi alma?

En ese preciso momento, su técnica gestora se puso en marcha y rápidamente se dio cuenta de que debía estimar el alma como el más precioso de todos los bienes. Y ello es así, porque Dios entregó a su propio Hijo a la muerte para salvar nuestras almas. El Verbo eterno no vaciló en comprarlas con su propia sangre. Si el alma, vale tan alto precio, ¿por cuál bien terreno podría cambiarla el hombre perdiéndola?

El negocio de la salvación, se dijo, no solo es el más importante, sino que verdaderamente es el único que tengo, ¿cómo he podido estar tan ciego pasando mi vida en negocios mundanos sin ocuparme del negocio de salvar mi alma, cuando realmente Dios me ha mandado a este mundo a resolverle ese único negocio?

¡Cuán necio he sido al no darme cuenta y valorar este negocio como irreparable! No existe error que pueda comparable a descuidar salvar la propia alma. Todos los otros errores pueden tener remedio. La pérdida de la

hacienda, el empleo o la honra, pueden recobrarse, incluso el perder la vida tiene remedio si se salva el alma.

Más, ¿de qué servirá entonces conocer que se ha errado cuando ya la condenación es para siempre e irremediable? ¡Qué grande es la aflicción de los condenados! ¿Pensar que han están condenados por su propia culpa? Fijaros bien, que cuando perdemos un reloj o una pulsera por nuestra negligencia, equivocación o yerro, perdemos la paz y a veces ni comemos ni dormimos. ¿Cuál será, pues, oh Dios mío, la angustia de los condenados cuando, sabiéndose condenados, entran en el infierno y verse ya sepultados en aquella cárcel de tormentos, piensen en su desdicha y consideren que no han de hallar en toda la eternidad remedio alguno? Sin duda que se dirá: *"Lo he perdido todo para siempre, ¿y por qué? ¡Por mi culpa!"*

Se muere solamente una vez, y si por no ocuparse de la salvación se pierde el alma, se pierde para siempre. No queda más que eterno llanto con los demás miserables insensatos moradores del infierno, cuya pena y tormento será el considerar que para ellos no hay tiempo ya para remediar su desdicha.

¡Si no te salvas lo pierdes todo! Porque después de esta vida no hay más bienes que los de la salvación. Fuera de la salvación no hay ningún bien. No habrá alegría, ni satisfacción, ni salud, ni amistad, ni amor, ni cariño, ni vida, porque la condenación es una muerte eterna, un constante morir sin morir, un eterno gemir y desear acabar sin acabarse.

Condenarse es coexistir en compañía de los eternamente desgraciados, estar desesperado como ellos, afligido, atormentado con los más terribles tormentos, en compañía

de todos los más abominables del infierno, apartado para siempre de todos los más buenos amigos. Condenarse es padecer por siempre jamás. De las penas de sentido padecidas por los condenados, la principal es el fuego eterno.

Los condenados jamás verán a la Santísima Virgen, su Madre, nunca verán ni gozarán de la presencia del Jesucristo ¡Jamás verán a Dios! ¿Puedes imaginarte lo que supondrá para un condenado, que ha nacido para Dios, para verle y gozar de Él durante toda la eternidad, estar privado de su presencia y amor para siempre?

¡Sálvate! Aprovecha, ahora que tienes tiempo. Alma cristina, ¡sálvate! Mira lo que ha hecho Jesucristo por tu salvación: Bajó del cielo a la tierra, te enseñó el camino de la salvación, te dio ejemplo de cómo habías de vivir para salvarte, y padeció durante toda su vida hasta que murió por tí en la cruz. Para salvar tu alma fundó su Iglesia y la sostiene hasta el fin de los siglos, y te pone en Ella los sacramentos, la doctrina divina y los auxilios celestiales de la religión.

Salvarse es fácil cuando uno quiere. Porque basta con no pecar mortalmente, y si has pecado, confesarse y arrepentirse de los pecados. Lo cual puedes hacerlo pronto, ya que puedes morir cuando menos lo pienses, y si estás en pecado y mueres en él no tienes ya remisión.

Lee lo que escribió Fray Pedro de los Reyes:

"Yo para qué nací? Para salvarme.
Que tengo de morir es infalible.
Dejar de ver a Dios y condenarme,

triste cosa será, pero posible.
¿Posible? ¿Y río, y duermo, y quiero holgarme?
¿Posible? ¿Y tengo amor a lo visible?
¿Qué hago?, ¿en qué me ocupo?, ¿en qué me encanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo".

MORTIFICAR TU CUERPO

San Pablo en su Epístola a los Colosenses (1, 24) ha escrito unas palabras que no dejarán de sorprender a más de uno: "*Ahora me gozo en los padecimientos a causa de vosotros, y lo que en mi carne falta a la Pasión de Cristo, lo cumplo a favor del Cuerpo Suyo, que es la Iglesia*" ¿Es que la obra de la Redención no es completa y perfecta? ¿Es que Cristo no ha pagado sobreabundantemente por todos nosotros con su Encarnación, con su vida de trabajo y con su muerte en la Cruz? ¿Es que no es suficiente tanta solicitud y tanto amor por parte de Dios?

Para dar respuestas a estas preguntas hemos de dejar bien claro *"que amó Dios al mundo: hasta dar su Hijo único, para que todo aquel que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna"* (Juan 3, 16). La muerte de Jesús es nuestra salvación, un tesoro infinito de gracias que nos están esperando; pero convendrá recordar con San Agustín *"que Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti*"; es decir, que, en la obra de la Redención, el Señor cuenta con la correspondencia personal. Para salvarse hace falta la gracia de Dios y la cooperación del hombre. Por parte de Dios todo está admirablemente dispuesto para vencer al pecado y alcanzar la vida eterna: *"todo está cumplido"* (Juan 19, 30), y sin embargo por parte del hombre todavía falta algo: nuestra cooperación personal y libre, nuestra mortificación; eso es lo que falta a la Pasión de Cristo.

La mortificación es menos una virtud que un conjunto de virtudes; más precisamente, es el punto de partida para la práctica de la virtud. Su objeto es reprimir y hacer morir, tanto como sea posible, lo que en nosotros mismos es causa

de pecado, es decir, la carne o el hombre viejo. Trabaja en hacer morir a la naturaleza, no en lo que tiene de bueno y que es obra de Dios, sino en lo que tiene de viciado y de desordenado, y que es consecuencia del pecado original.

La mortificación tiene nombres muy variados, que hacen resaltar mejor su naturaleza. En efecto, se la llama: mortificación, porque tiende a reducir al viejo hombre a un estado de muerte y de impotencia para producir su obra, el pecado; penitencia, especialmente cuando nace del arrepentimiento del pecado cometido y del deseo de reparar sus consecuencias; abnegación de sí mismo, o renuncia a sí mismo, porque consiste en renunciarse a sí mismo en la propia naturaleza viciada, a establecerse frente al viejo hombre en un estado de ruptura, de enemistad y de odio, hasta el punto de querer y perseguir su muerte; y, finalmente, espíritu de sacrificio, porque por ella nos unimos al sacrificio de Jesús, Víctima en la cruz y en el altar, para ofrecer, con Él y por Él, una digna reparación a la justicia divina. De estos diversos aspectos se sigue que el principio fundamental y el alma de la mortificación cristiana es el odio al pecado, y, por consiguiente, al hombre viejo, causa primera y principal del pecado.

Entre los medios esenciales de los que disponemos para la corrección de nuestra conducta antigua, que es el hombre viejo de la corrupción, de los malos deseos y del error, tenemos, por un lado, el revestimiento del hombre nuevo con las prácticas de la oración y de humildad, y de otro la práctica de la mortificación de los sentidos y de abnegación.

Mortificar el cuerpo, en la concepción cristiana de la mortificación, tiene por fin neutralizar las influencias malignas que el pecado original ejerce todavía en nuestras

almas, incluso después que el bautismo las haya regenerado. Nuestra regeneración en Cristo, aunque anuló completamente el pecado en nosotros, nos deja sin embargo muy lejos de la rectitud y de la paz original. El Concilio de Trento reconoce que la concupiscencia, es decir el triple apetito de la carne, de los ojos y del orgullo, se deja sentir en nosotros, incluso después del bautismo, a fin de excitarnos a las gloriosas luchas de la vida cristiana.

La Escritura llama a esta triple concupiscencia "hombre viejo", opuesto al "hombre nuevo" que es Jesús viviendo en nosotros y nosotros mismos viviendo en Jesús, como "carne" o naturaleza caída, opuesta al "espíritu" o naturaleza regenerada por la gracia sobrenatural. Este viejo hombre o esta carne, es decir, el hombre entero con su doble vida moral y física, debe ser, no digamos aniquilado, porque es cosa imposible mientras dure la vida presente, pero sí mortificado, es decir, reducido prácticamente a la impotencia, a la inercia y a la esterilidad de un muerto; hay que impedirle que dé su fruto, que es el pecado, y anular su acción en toda nuestra vida moral.

La mortificación cristiana debe, por lo tanto, abrazar al hombre entero, extenderse a todas las esferas de actividad en las que nuestra naturaleza es capaz de moverse. Tal es el objeto de la virtud de mortificación.

"Quien ama su alma, la pierde; y quien aborrece su alma en este mundo, la conservará para la vida eterna" (Juan 12, 25). Vemos, según testimonio de Jesús, un amor que destruye y un odio que guarda la vida. El amor destructor es el desenfreno sensual y el odio constructor la prudente severidad.

Cuando los sentidos, degradados por el libertinaje, no obedecen al espíritu, éste, si quiere recuperar el dominio de sí mismo, ha de someterlos como a esclavos castigándoles con severidad. *"Pienso y palos y carga para el asno; pan y castigo y trabajo para el esclavo"* (Eclesiástico, 33,25). Estas normas a primera vieron parecen duras, pero que están llenas de caridad y sabiduría. Al igual que el irracional sólo responde a la fuerza, el alma del impío que desea el mal ha de escarmentarse con castigo.

Por consiguiente, cuando existen malas inclinaciones, desorden en las pasiones y sensualismo cobarde, se ha de corregir con sobriedad en el alimento, austeridad en la disciplina, trabajo continuado, castigo para las infidelidades, y en todo afecto sano y lleno de caridad en la fidelidad.

La mortificación ha de estar avalada por la voluntad. Puesto que si verdaderamente no se quiere la curación de nada sirven los medicamentos. Sólo cuando sentimos recto y sincero arrepentimiento es cuando somos fuertes para afrontar las penas y las privaciones bienhechoras. Saber andar por el camino de la cruz es una gracia especial que el Buen Dios nos da para ir a la vida por el camino del sufrimiento.

Saber aceptar el sufrimiento es saber aceptar la muerte. La aceptación de la prueba final es la más terrible de las pruebas, puesto que la muerte conserva el horror, la incertidumbre y la agonía, aunque la fe nos enseña que ella es el tránsito y paso a la otra vida, y que por los méritos de la muerte y de la resurrección del Salvador podemos llegar con Él al triunfo final de una vida inmortal, en nuestras almas y cuerpos glorificados. Ánimo y confianza, tenemos

la certeza de que hemos de morir, pero también tenemos la esperanza de salir de este mundo en el santo amor de Cristo.

Mortificar el cuerpo es sufrir voluntariamente por nuestro Señor muchas y grandes aflicciones, y aun también el martirio. Hemos de estar preparados para sacrificarle lo que más estimamos si queremos realmente como nos dice San Pablo: *"morir los miembros que aun tengáis en la tierra: fornicación, impureza, pasiones, la mala concupiscencia y la codicia, que es idolatría"* (Colonenses, 3,5).

La mortificación, entendida como la curación de los malos hábitos y la implantación de los buenos, está reconocida como uno de los métodos, que van encaminados a conseguir incluso fines puramente naturales. Lo que distingue a la mortificación cristiana es la confianza en el logro de sus objetivos espirituales, no simplemente en esta eficacia natural de sus métodos, sino aún más por las ayudas de la gracia divina, para los cuales, por su sinceridad en la autodisciplina y el motivo cristiano que la inspira, puede contar con la omnipotencia divina.

También se practica como una expiación de los pecados y defectos del pasado basándose en la fe en la Iglesia Católica, aunque únicamente el sacrificio de Cristo puede ofrecernos la apropiada expiación de los pecados humanos. Sin embargo, los hombres no deberían tomar esto como excusa para no hacer nada por sí mismos, sino más bien como un incentivo a añadir a sus propias expiaciones. Y, como extensión de su poder, deberían recordar que estas expiaciones personales son agradables a los ojos de Dios

Llegados a este punto, y para contribuir a una mayor eficacia espiritual, distingamos entre las mortificaciones

impuestas por el deber y las que son inspiradas por Dios. De entre las primeras destacamos las que hemos de cumplir por sernos impuestas directamente con carácter obligatorio por la Ley de Dios, que prohíbe todo lo que nos es perjudicial o a los intereses de nuestros prójimos, y la Ley de la Iglesia que nos impone ciertos días de ayunos y abstinencias. En ambos casos son mortificaciones imperativas, de las que debemos abstenernos y contenernos en las primeras, y cumplirlas obligatoriamente las segundas.

Todas estas mortificaciones nos han sido impuestas en el mismo grado de gravedad y no nos está permitido tomarlas o dejarlas a capricho.

Otro grupo de mortificaciones ocasionadas por el deber son las producidas por el estado personal de cada uno de nosotros, y que sin valorar su medida, nadería o gravedad, hemos de aceptar tal y como son.

En todo momento y con frecuencia los accidentes, enfermedades, contrariedades y adversidades diferentes se presentan en nuestras vidas con su amarguita y desazón. Aunque cueste entenderlo, es la mano de Dios quien dirige estos sucesos según sus designios de justicia y de misericordia, razón por la es preciso saber decir “gracias”, ya que paradójicamente hemos de aceptar el sufrimiento con alegría y amor.

El espíritu de mortificación no consiste en sufrir la adversidad y perecer como animal en el matadero, eso es sucumbir con pena y sin gloria, no. El verdadero espíritu de mortificación reside en el gozo de sufrir esas adversidades por Dios, en la firmeza de la fidelidad a sus designios aceptando de buen grado ese tiempo fiel al deber, en la energía de la lucha para combatir la enfermedad, vencer la

dificultad, dominar el obstáculo y el esfuerzo realizado para superar las pruebas; todo ello bajo el signo de ofrecer el sufrimiento a Dios con paciencia y humildad, soportando el angustia, el desconsuelo, la consternación, pesadumbre y todos los inconvenientes, como decíamos anteriormente, con la alegría y el gozo de haber unido nuestro sufrimiento al de Jesucristo.

Los cotidianos, aunque ligeros, actos de sufrimientos ofrecidos al Señor: un dolor de cabeza o de muelas; las extravagancias de un familiar o amigo; el fracturarse un brazo; aquel desprecio o gesto; el perderse el paraguas, la cartera o las llaves; aquella tal cual incomodidad de recogerse temprano y madrugar para la oración o para ir a comulgar; aquella vergüenza que causa hacer en público ciertos actos de devoción; en suma, todas estas pequeñas molestias, sufridas y abrazadas con amor, son agradabilísimas a la divina Bondad, que por solo un vaso de agua nos ha prometido el mar inagotable de una bienaventuranza cumplida. Y casualmente como estas ocasiones las encontramos a cada instante, si sabemos aprovecharlas son un excelente medio de atesorar muchas riquezas espirituales.

Existen además otras mortificaciones que nos imponemos voluntariamente al tomar la cruz de cada día, componente indispensable del seguimiento de Jesucristo, tal y como nos dice en Lucas 9, 23: *"Si alguno quiere venir en pos de Mí, renúnciese a sí mismo, tome su cruz de cada día, y sígame"*. Estas palabras de Jesús conservan hoy su vigencia de siempre porque son palabras dichas a todos los hombres de todos los tiempos, y expresan una condición inexcusable del seguimiento de Cristo: y *"todo aquel que*

no lleva su propia cruz y no anda en pos de Mí, no pude ser mi discípulo" (Lucas 14, 27). Un Cristianismo del que pretendiera arrancarse la cruz de la mortificación voluntaria y la penitencia, so pretexto de que esas prácticas serían hoy residuos oscurantistas, medievalismos impropios de una época ecuménica-humanista, ese Cristianismo desvirtuado lo sería tan sólo de nombre; pero ni conservaría la doctrina del Evangelio ni serviría para encaminar en pos de Cristo los pasos de los hombres.

Otra mortificación a practicar es el sufrir por los demás. Realmente a medida que el alma cristiana se ejercita en el camino de la mortificación y avanza en él, liberado ya de la múltiple tiranía de las sensibles criaturas y de las pasiones desordenadas, siente la necesidad de liberar a otras almas de la esclavitud, y compadeciéndose de ellas, en algunos casos, asume los sufrimientos ajenos como propios, en otras aportará su sufrimiento por la conversión de tal o cual persona, por una misión o fin especial, por la Iglesia, por el Papa, etc. tratará aceptado esos sacrificios devolver un poco de lo que ha recibido, pues conoce como suya la máxima de *"se recibe más felicidad en dar que en recibir"* (Hechos 20, 35).

En síntesis, la mortificación cristiana esta resumida en esta frase pronunciada por Jesús tras la entrada triunfal en Jerusalén: *"En verdad, en verdad, os digo: si el grano de trigo arrojado en tierra no muere, se quedará solo; más si muere, produce fruto abundante"* (Juan 12, 24). En ella, Jesús nos enseña a no poner el corazón en nuestro yo ni en esta vida que se nos escapa de entre las manos, y a buscar el muevo nacimiento según el espíritu, prometiéndonos unas recompensas semejantes a las que Él mismo tendrá.

La mortificación cristiana es la penitencia del grano de trigo que se entierra el miércoles de ceniza hasta la pascua de Resurrección.

Los principales beneficios de ese grano que se entierra voluntariamente es la purifica de los propios pecados y de sus consecuencias, nos condensa y profundiza aumentando nuestra sensibilidad para la oración, nos da dominio sobre nosotros mismos, nos aleja las tentaciones, nos libera de caprichos, nos inmuniza contra el consumismo y la frivolidad, es escuela de generosidad. Nos lleva a superar defectos y a crecer en virtudes.
Y como la mejor mortificación es la que nos ayuda a mejorar nuestro carácter y a darnos a los demás, tiene muchas buenas consecuencias en el plano humano. Pues además de ayudarnos a mejor trabajar (la puntualidad y el orden son ejemplos excelentes mortificaciones), y consiguientemente a vivir mejor la caridad y la convivencia. Incluso nos ayuda a disfrutar más las cosas buenas de la vida, de la misma manera que cuando éramos niños, los caramelos que nos gustaban, los disfrutábamos más cuanto menos los comíamos.

Mortificar el cuerpo no amarga la vida, ni nos empequeñece el ánimo, sino que es una gran fuente de alegría, porque paradójicamente la mortificación es clave para la consecución de la felicidad. La salvación.

PRACTICAR VIRTUDES

Cuando tenemos dificultades, desavenencias, sufrimientos, dolores, desgracias, no comprendemos bien que está pasando por nuestras vidas y lo atribuimos siempre al otro, la culpa para los demás. No somos capaces de analizar paso a paso lo que nos pasa. Es más cómodo y mejor echar la culpa al otro.

La verdad es que todos tenemos buenos y malos hábitos. Cuando esos hábitos secuestran nuestra voluntad e imponen realizar actividades negativas que dificultan nuestra existencia, aunque suene duro la palabra, estamos acumulando un vicio.

Así como suena, un vicio. Que no es otra cosa que el hábito o practica de un acto depravado, degradante e inmoral repetido por costumbre. Si nos fijamos bien, observaremos en sus connotaciones, que el vicio termina afectando la salud, condicionando el tiempo y el espacio y a la relación con los demás.

Contrariamente a esto, al igual que el atleta necesita ejercitarse a diario para estar en forma, nosotros para perfeccionarnos necesitamos ejercitarnos en las virtudes. No basta querer ser responsables, por ejemplo. Es necesario todos los días hacer ejercicios de responsabilidad, hasta que lo logremos. El fruto de esa práctica continuada será llegar a serlo realmente: responsable. De la misma manera, si queremos ser justos, sinceros, ordenados, es necesario que lo practiquemos con esfuerzo y dedicación todos los días, hasta que formemos el hábito, es decir, la costumbre. Ese hábito o disposición habitual y firme de hacer el bien

adquirido por repetición de actos o por un don de Dios, se llama virtud.

La virtud nos permite no sólo hacer el bien, sino dar lo mejor de nosotros mismos. Debemos superarnos siempre como hombres y como cristianos.

El objetivo de una vida virtuosa es llegar a ser semejantes a Cristo, no es un perfeccionismo, donde la persona elimina defectos porque considera que no debe de tener tal o cual falla, esto sería un vanidoso mejoramiento de sí mismo. Tampoco es un narcisismo de verse bien, que todos piensen que es lo máximo. La virtud no es una higiene moral por la cual nos limpiamos, sino que nos debe de llevar al bien.

Así como el atleta ejercita su cuerpo para que sea mejor, las personas que quieran practicar virtudes tendrán que ejercitar las potencias de su alma. Si, el ejercicio que se requiere hacer es desarrollar esas facultades. Por tanto, la educación de la inteligencia, de la memoria y de la voluntad, es indispensable para llegar a un buen resultado.

La inteligencia, como bien sabemos, es la facultad que nos permite pensar, reflexionar, comprender, de tal forma que si, por ejemplo, deseamos saber si abortar es bueno o malo, necesariamente hemos de conocer la verdad, y esta no es otra que desde la concepción en el vientre de la madre empieza a existir una persona, imagen y semejanza de Dios, que tiene su dignidad, derecho a vivir y a ser amada y respetada, aunque, por ser tan pequeñita, no la pueda ver con los ojos.

Luego, se necesita reflexionar sobre ello. Pensar acerca de la realidad de esa criatura, y relacionar con ella que matar es una injusticia, que va contra la Ley de Dios, que ofende a la víctima, que nadie tiene derecho a quitarle la vida a otro,

y que el bebé en el vientre de su madre es la persona más indefensa que existe. De ahí, que la inteligencia nos dirá: abortar es un asesinato. No lo hagas.

Como vemos, para todo esto necesitamos conocer la verdad objetiva, que es la realidad existente, no la que pueda convenir, imaginarse o la que la cultura de la muerte quiera decir por ahí que es. Si el aborto es un crimen, esa es la verdad que se ha de enseñar a la inteligencia. Y eso es así porque nuestra inteligencia busca siempre conocer la verdad. ¿Acaso nos gusta que alguien nos mienta? ¿Por qué no? Porque la inteligencia tiende hacia la verdad, quiere la verdad, necesita conocer la verdad. Y la verdad no es, muchas veces, lo que la mayoría dice. Porque fijaos bien, hay mucha gente que dice que el divorcio no es malo, puesto que mucha gente se divorcia y vive feliz. Pero eso es un decir, una mera especulación parcial o de conveniencia, ya que no porque muchos se divorcien quiere decir que es la verdad sobre el matrimonio. Nosotros sabemos por el Evangelio que el matrimonio es indisoluble y que no se puede deshacer: "*Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre"* (Mateo 19, 6).

La coexistencia entre las facultades del alma hace que la memoria encierre en sí esa verdad encontrada por el entendimiento, para aflorarla y ponerla en primer plano cada vez que se la requiera. Es un estar presente en cada instante sin necesidad de volver a reflexionar.

En cuanto a la facultad de la voluntad, su coexistencia es semejante pero previa una educación adecuada y sometida al esfuerzo. Porque, aunque sepamos que hemos de madrugar ¿es que cuesta levantarse en las mañanas de

invierno? ¿Acaso no cuesta trabajo dominar las iras cuando se está irritado? Claro que sí, el esfuerzo cuesta.

Pues bien, así como a la inteligencia busca la verdad, La voluntad busca el bien ejercitándose en aquello que nos ayuda a alcanzar nuestros fines Todo aquello que es bueno para la naturaleza humana, es parte del bien. La voluntad nos dispone a alcanzar ese bien deseado.

Una vez ejercitadas las potencias del alma, conocida y guardada la verdad, la voluntad nos mueve con una disposición habitual y firme a hacer el bien, lo que genera la virtud. Permitiéndonos no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de nosotros mismos. Con todas nuestras fuerzas sensibles y espirituales, las personas virtuosas tienden hacia el bien, lo buscan y lo eligen a través de acciones concretas, buenas y repetitivas.

Los hombres normalmente estamos en posesión de unas virtudes propiamente humanas que nos ayudan a ser mejores personas y a crecer como seres humanos. Son rectos comportamientos según la ley natural. Son realmente actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Proporcionándonos facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena. El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien. Estas virtudes, llamadas morales, se adquieren mediante las fuerzas humanas. Son los frutos y los gérmenes de los actos moralmente buenos, disponiéndonos a armonizar todas nuestras potencias con el amor divino. Las virtudes humanas más importantes son las llamadas “cardinales” (Cardine en latín, significa el eje de la puerta)

porque son los ejes en torno a los cuales giran las demás. Son: la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza.

Pero para alcanzar la salvación no bastan las virtudes humanas naturales, alcanzar la vida eterna no es posible sin la ayuda de Dios y la acción del Espíritu Santo. Razón por la que los bautizados tenemos por añadidura otras virtudes, infundidas por el Espíritu Santo de forma gratuita, llamadas teologales: la fe, la esperanza y la caridad, que nos ayudan a ser mejores cristianos y llegar verdaderamente a Dios.

Las virtudes no se adquieren de un día para otro, sino, como hemos dicho reiteradamente, mediante el esfuerzo diario, la repetición de actos buenos que nacen del corazón, pero no sólo eso: forzosamente necesitamos de la ayuda de Dios, pues es muy fácil que, debido al ambiente o la distracción, las utilicemos sólo para nuestra propia conveniencia y nos quedemos sólo en los valores humanos.

Es cuestión de proponérnoslo y trabajar en ello. No nos dejemos vencer por la cobardía, por los fracasos, por el respeto humano. Necesitamos ser tenaces y perseverantes, esforzándonos continuamente por superarnos. Confiando y aprovechando las gracias que Dios nos puede dar.

Si hacemos esto todos los días, nos daremos cuenta, de pronto, de que ya hemos alcanzado las virtudes que tanto deseábamos y muchas otras que ni siquiera habíamos imaginado.

Algunas personas podrán decirnos que las virtudes son propias de los santos, pero no de las personas como nosotros. Que Dios ayuda a los santos y que mágicamente se convierten en personas virtuosas. Recordad que las virtudes morales se adquieren mediante las fuerzas humanas y por tanto requieren de nuestro esfuerzo y

constancia. El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien.

EXPIAR TUS PECADOS

La misericordia de nuestro Redentor, después de conquistar la salvación del linaje humano en el madero de la Cruz y antes de su ascensión al Padre desde este mundo, dijo a sus apóstoles y discípulos, acongojados de su partida, para consolarles: «*Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*».

Esta divina promesa, así como en un principio levantó los ánimos abatidos de los apóstoles, y levantados los encendió e inflamó para esparcir la semilla de la doctrina evangélica en todo el mundo, así después alentó a la Iglesia a la victoria sobre las puertas del infierno.

Ciertamente en todo tiempo y lugar nuestro Señor Jesucristo ha estado y está presente con especial auxilio y protección cuantas veces se vio cercada de más graves peligros y molestias, para suministrarle los remedios convenientes a la condición de los tiempos y las cosas, especialmente ahora, tras de introducirse y difundirse ampliamente, por la maquinación de los impíos, el grave error de despreciar el Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo y a declarar públicamente la guerra a la Iglesia, con leyes y mociones populares contrarias al Derecho Divino y a la Ley Natural.

Efectivamente cuando el Papa Pío IX declaró el sumo imperio de Jesucristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, también ordenó que en el día de esa fiesta se aceptase la dominación suavísima de Cristo Rey y la renovación anual de la consagración para conseguir abundantemente sus frutos y para unir a los pueblos todos

con el vínculo de la caridad cristiana y la conciliación de la paz en el Corazón de Cristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan.

A estos deberes, reconocimiento y aceptación de su realeza universal y especialmente a la consagración, tan fructífera y confirmada en la fiesta de Cristo Rey, es necesario añadir, tras su destronamiento, otro deber, el de tributar al Cristo Rey la satisfacción honesta que es de obligada reparación y expiración.

Y ello es así, porque si el primer y principal deber de la consagración es que toda creatura corresponda amorosamente al amor del Creador, pero, si en lugar de amarle se le ultraja con la ofensa o se le desdeña con el olvido, surge otro deber: llamado de reparación y expiación, consistente en compensar las injurias inferidas al Amor increado.

Por las mismas razones estamos obligados a ambos deberes, pero con mucho mas apremio estamos obligados a reparar y expiar, ya que es de justicia la expiación de la ofensa hecha a Dios por nuestras culpas y en cuanto a la reintegración del orden violado; y es de amor ofrecerle algún consuelo, según nuestra pobreza, en cuanto a padecer con Cristo paciente y saturado de oprobio.

Abrumados por nuestra culpas, ya que todos somos pecadores, no hemos de limitarnos simple y pobremente a honrar a nuestro Dios con sólo aquel culto con que adoramos y damos los obsequios debidos a su Majestad suprema, o reconocemos suplicantes su absoluto dominio, o alabamos con acciones de gracias su largueza infinita; sino que, además de esto, es necesario satisfacer a Dios, juez justísimo, por nuestros innumerables pecados, ofensas y

negligencias. Por tanto, además de la consagración con la que nos ofrecemos a Dios con aquella santidad y firmeza, se ha de añadir la expiación con que totalmente se extingan los pecados, no sea que la santidad de la divina justicia rechace nuestra indignidad impudente, y repulse nuestra ofrenda, siéndole ingrata, en vez de aceptarla como agradable.

El deber de expiación incumbe a todo el género humano, puesto que como creemos, después de la caída miserable de Adán el género humano, infecto de la culpa hereditaria, quedó sujeto a las concupiscencias y lastimosamente depravado, había merecido ser arrojado a la ruina sempiterna. Doctrina que hoy es rebatida por los progresistas y soberbios teologones que tras invertir, con un subjetivismo perverso y amañado, en el trono de Dios al hombre, y con arrogancia inaudita blasonan de cierta virtud innata en la naturaleza humana, quien por sus propias fuerzas progresa continuamente a perfecciones cada vez más altas, olvidando que esas inyecciones de orgullo las rechaza el Apóstol advirtiéndonos "*que los que estaban muertos por sus pecados y que en otros tiempos estaban conformes al curso del este mundo conforme al espíritu que ahora obra en los hijos de la incredulidad"* (Efesios, 2,3).

Consiguientemente, en cierto modo, los hombres ya desde el principio reconocieron el deber de aquella común expiación y comenzaron a practicarla guiados por cierto sentido natural, ofreciendo a Dios sacrificios, públicos y privados, para aplacar su justicia.

Pero ninguna fuerza creada era suficiente para expiar los crímenes de los hombres si el Hijo de Dios no hubiese tomado la humana naturaleza para repararla. Así lo anunció

el Verbo de Dios hecho hombre y "*habiendo cancelado la escritura presentada contra nosotros, la cual con sus ordenanzas nos era adversa, la quitó de en medio al clavarla en la Cruz.*" (Colosenses 2,14) y "*Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, a fin de que nosotros, muertos a los pecados, vivamos para la justicia*" (I Pedro 2,24).Y aunque "*perdonándonos todos los delitos*" (Colosenses 2,13) sobreabundantemente por la copiosa redención de Cristo, según la admirable disposición de la Divina Sabiduría, "*ha de completarse en nuestra carne lo que falta en la pasión de Cristo por su cuerpo la Iglesia*" (Colosenses 1,24), razón por la que debemos añadir nuestras oraciones y satisfacciones a las que Jesucristo ofreció a Dios en nombre de los pecadores.

Necesario es no olvidar jamás que toda la fuerza de la expiación pende únicamente del sacrificio cruento de Cristo, que incruentamente se renueva sin interrupción en nuestros altares; pues, aunque diverso sea el modo de ofrecerlo, una es la misma Hostia y uno el mismo sacrificio ofrecido antes en la Cruz que ahora se ofrece mediante el ministerio sacerdotal. Por consiguiente, la inmolación de los ministros y el de los demás fieles deben ser unidas con este augusto sacrificio eucarístico, "*para que, con la misericordia de Dios, presentemos nuestros cuerpos como hostia viva, santa y agradable a Dios en un culto espiritual nuestro*" (Romanos 12,1).

Por ello, el Apóstol nos predica que, "*llevando por doquiera en nuestro cuerpo la muerte de Jesús*" (II Corintios 4, 10), y "*con Cristo hemos crucificado la carne con las pasiones y las concupiscencias*" (gálatas 5,24), "*huyendo de la corrupción del mundo que vive en*

concupiscencias" (2 Pedro 1,4) , "*para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo*" (II Corintios 4,10) y, hechos partícipes de su eterno sacerdocio, "*ofrezcamos dones y sacrificios por los pecados*" (Hebreos 5,1)

Toda la grey cristiana, "*linaje escogido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo conquistado*" (I Pedro 2,9), debe ofrecer por sí y por todo el género humano sacrificios por los pecados, casi de la propia manera que todos los que gozan de la participación del misterioso sacerdocio y del deber de satisfacer y sacrificar en oblación inmaculada desde el oriente hasta el ocaso en todo momento y lugar.

Y cuanto más perfectamente respondamos al sacrificio del Señor, nuestra oblación y sacrificio, que es inmolar nuestro amor propio y nuestras concupiscencias y crucificar nuestra carne con la crucifixión mística, tantos más abundantes frutos de propiciación y de expiación para nosotros y para los demás percibiremos. No olvidemos que existe una maravillosa relación entre los fieles y Jesucristo, semejante a existente entre la cabeza y los demás miembros del cuerpo, y asimismo una misteriosa comunión de los santos, que por la fe católica profesamos, por donde los individuos y los pueblos no sólo se unen entre sí, sino también con Jesucristo, que es la cabeza; "*del cual, todo el cuerpo bien trabado y ligado entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en el amor"* (Efesios 4, 15-16). Lo cual el mismo Mediador de Dios y de los hombres, Jesucristo

próximo a la muerte, lo pidió al Padre: "*Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno*" (Juan 14, 23).

Así, pues, de la misma forma que la consagración profesa y afirma la unión con Cristo, así la expiación da principio a esta unión borrando las culpas, se perfecciona participando de sus padecimientos y se consuma ofreciendo sacrificios por los prójimos.

Añádase que la pasión expiadora de Cristo se renueva y en cierto modo se continúa y se completa en el Cuerpo místico, que es la Iglesia, esto es, el espíritu de expiación y reparación tiene su primacía y papel protagonista en el culto a la pasión de Cristo, representada en su Sacratísimo Corazón, caudal admirable de la infinita caridad del Redentor, para qué viendo la malicia infinita de nuestros pecados, más vehementemente los detestemos y con más ardor correspondamos a su caridad.

Y así, ciertamente, para reparar nuestras culpas ofrezcamos por nuestros pecados en la Santa Misa. Pío XII decía: Es preciso que "*todos los fieles se den cuenta de que su principal deber y su mayor dignidad consiste en la participación en el Sacrificio Eucarístico; y eso de un modo tan intenso y activo, que estrechísimamente se unan con el Sumo Sacerdote, y ofrezcan con él aquel sacrificio juntamente con Él y por Él, y con Él se ofrezcan también a sí mismos. Jesucristo, en verdad, es sacerdote... y es víctima...*" Pues bien, aquello del Apóstol, "*tened en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo*" (Filipenses 2,5), exige a todos los cristianos que reproduzcan en sí, en cuanto al hombre es posible, aquel sentimiento que tenía el divino Redentor cuando se ofrecía en sacrificio, es decir, que imiten su

humildad y eleven a la suma majestad de Dios la adoración, el honor, la alabanza, la acción de gracias, la comunión frecuente con ánimo de expiación y supliquemos con ejercicios de piedad y cuantas preces y las horas santas que podamos practicar.

Hoy, más que nunca tenemos necesidad de expiación por tantos pecados que cometemos. De todas partes, miremos a donde miremos, en estos tiempos, los pueblos están confabulados contra el Señor y su Iglesia; multitud de personas inducidas a renegar y blasfemar de Jesucristo; estimulados a los más horrendos crímenes de la lujuria; inficionados de doctrinas falsas, que viven sus vidas plenas de vicios; abandonados en las tinieblas y en la sombre de la muerte sin la luz de la fe ni alentados por la esperanza futura y lo que es aún más triste sin el calor de la caridad; con la apatía y desgana de las cosas de Dios; el olvido deplorable del pudor cristiano; la codicia desenfrenada de las cosas perecederas; el ansia irreligioso de una unión sin unidad; la difamación de toda autoridad legítima y el desbordamiento libertino de las instituciones que tratan de acabar con la santidad del matrimonio fomentando el apareamiento ilegítimo y la destrucción doméstica; El menosprecio de la educación de aquellos que sobreviven al más horrendo de los crímenes , y, finalmente, el menosprecio de la palabra de Dios y tradición de la Iglesia con el que se destruye o se la pone al borde de la ruina a todo el pueblo cristiano en trance de apostatar de la fe o amenazado, oprimido y esclavizado por "*el adversario, el que se ensalza sobre todo lo que se llama Dios o sagrado*" (II Tesalonicenses 2,4).

Cuantos fieles leáis y meditéis piadosamente todo esto, sentiréis encendidos en amor a Cristo apenado, estoy seguro de ello, el ansia ardiente de expiar vuestras culpas y las de los demás, acudiendo a la salvación eterna de sus almas reparando el honor de Cristo, ya orando asiduamente, ya sufriendo pacientemente las mortificaciones voluntarias y las aflicciones que sobrevinieren ordenando toda su vida a la expiación. Aquí pueden aplicarse las palabras del Apóstol: "*Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia*" (Romanos 5,20), porque en cierta manera se acomodan también para describir nuestros tiempos; puesto que si bien la perversidad de los hombres crece en exceso, maravillosamente también crece, inspirando el Espíritu Santo, el número de los fieles de uno y otro sexo, que con resuelto ánimo se proponen satisfacer todas las ofensas hechas al Corazón divino y aun lo que es más hermoso no dudando en ofrecerse a Cristo como víctimas.

La maravilla del amor de Dios hacia nosotros es que nos ha concedido la gracia del gran honor de poder expiar con Cristo por nuestros pecados y por los de toda la humanidad. Y es que nuestra expiación de nada valdría si no se configurara a Cristo, en unión a su pasión, puesto que "*en satisfacción por nuestros pecados, nos hacemos conformes a Cristo Jesús, que por ellos satisfizo"* (Romanos 5,10; 1 Juan 2,1s).

En todo pecado hay una culpa que le hace merecer al pecador dos penalidades: una pena ontológica, es decir, una consecuencia dejada por el pecado como huella negativa en el alma y el cuerpo del pecador (se emborrachó, y al día siguiente se sintió enfermo), y una pena jurídica, por la que por justicia se hace acreedor a un castigo (se emborrachó, y

al día siguiente perdió su empleo). Los hombres, en efecto, al pecar contraemos muchas culpas, y atraemos sobre nosotros muchas penas ontológicas, al mismo tiempo que nos hacemos merecedores de no pocas penas jurídicas, castigos que nos vendrán impuestos por Dios, por el confesor, por el prójimo o por nosotros mismos en la mortificación penitencial.

El bautismo quita del hombre toda culpa y toda pena jurídica, pero no elimina la pena ontológica (el borracho sigue con su dolencia hepática). La penitencia, sea en la ascesis o en el sacramento, borra del cristiano toda culpa, pero no necesariamente toda pena, ontológica o jurídica; por eso el ministro impone al penitente una pena, un castigo jurídico, procurando que éste tenga también sentido medicinal; es decir, que venga a sanar la pena ontológica, las malas huellas dejadas en la persona por los pecados cometidos. Y por eso es bueno también que el mismo cristiano expíe, imponiéndose penas por sus pecados y los del mundo.

Santo Tomás enseña que "*aunque a Dios, por parte suya, nada podemos quitarle, sin embargo, el pecador, en cuanto está de su parte, algo le sustrajo al pecar. Por eso, para llevar a cabo la compensación, conviene que la satisfacción quite al pecador algo que ceda en honor de Dios. Ahora bien, la obra buena, por serlo, nada quita al sujeto que la hace, sino que más bien le perfecciona. Por tanto, no puede realizarse tal substracción por medio de una obra buena a no ser que sea penal. Y por consiguiente para que una obra sea satisfactoria, es preciso que sea buena, para que honre a Dios, y que sea penal, para que algo se le quite al pecador*".

La contrición quita la culpa, pero la satisfacción expiatoria ha de sanar las huellas morbosas que el pecado dejó en la persona. Esta función de la penitencia tiene una gran importancia para la vida espiritual. En efecto, por medio de actos buenos penales la expiación tiene un doble efecto medicinal: primeramente, sana el hábito malo, con su mala inclinación, que se vio reforzado por los pecados, y en segundo lugar corrige aquellas circunstancias y ocasiones exteriores proclives al mal que en la vida del pecador se fueron cristalizando como efecto de sus culpas. En una palabra, la expiación ataca las raíces mismas que producen el amargo fruto del pecado Y adviértase aquí que la misma contrición tiene virtud de expiar, pues rompe dolorosamente el corazón culpable.

La perfecta conversión del hombre requiere todos los actos propios de la penitencia. No basta, por ejemplo, que el borracho reconozca su culpa, tenga dolor de corazón por ella, y propósito de no emborracharse otra vez. La conversión y la emancipación completa de su pecado exigen además que expíe por él con adecuadas obras buenas y penales (por ejemplo, dejando en absoluto de beber en Cuaresma), que le sirvan de castigo y también de medicina. Sólo así podrá destruir en sí mismo el pecado y las consecuencias dejadas por el pecado. Dicho de otro modo: Cristo salva a los pecadores de sus pecados no solamente por el reconocimiento del mismo, por la contrición y el propósito, sino también dándoles la gracia de la expiación penitencial. Por lo demás, notemos que, en cualquier vicio arraigado, por ejemplo, en el que bebe en exceso, no es posible pasar del abuso al uso, sino a través de una abstinencia más o menos completa.

El cristiano participa de la cruz de Cristo aceptando las penas de la vida, enfermedad, sufrimientos morales, decadencia psíquica y física, adversidades circunstanciales, problemas económicos, fatiga, prisa, trabajo duro, convivencia difícil, inseguridad, ignorancia, impotencia, muerte. Las penas de la vida son las más permanentes, desde la cuna hasta el sepulcro; las más dolorosas, mayores sin duda que cualquier penalidad asumida por iniciativa propia; las más humillantes, las que con elocuencia más implacable nos muestran nuestra condición inerme de criaturas; las más providenciales, pues son inmediatamente regidas por el amor de Dios; las más voluntarias, aunque pueda parecer otra cosa, pues su aceptación las hace realmente nuestras, y requiere actos muy intensos de la voluntad; y en fin, las más universales, ya que todos los hombres, conozcan o no a Jesucristo, todos las llevan de uno u otro modo sobre sus hombros.

El acto penitencial impuesto a cada uno en el sacramento hace participar de forma especial de la infinita expiación de Cristo, al paso que, por una disposición general de la Iglesia, el penitente puede íntimamente unir a la satisfacción sacramental todas sus demás acciones, padecimientos y sufrimientos. Es lo que llamamos penas sacramentales.

Finalmente, el cristiano expía con Cristo por los pecados asumiendo su propia iniciativa puesto que "*el pecado*, según afirma San Agustín, no *puede quedar impune, no debe quedar impune, no conviene, no es justo. Por tanto, si no debe quedar impune, castígalo tú, no seas tú castigado por él",* y para llevar a efecto este aserto la Iglesia ha visto siempre en la tríada tradicional oración-ayuno-limosa la

forma fundamental para cumplir con el precepto divino de la penitencia.

Precisamente, nuestro Señor Jesucristo enseñó en el sermón del monte, corazón de su evangelio, cómo hay que orar, ayunar y hacer limosna (Mateo 6,1-18). Y es una convicción expresada bellamente en la oración de la liturgia: "*Señor, Padre de misericordia y origen de todo bien, que nos otorgas remedio para nuestros pecados por medio del ayuno, la oración y la limosna, mira con amor a tu pueblo penitente, y restaura con tu misericordia a los que estamos hundidos bajo el peso de las culpas*".

El ayuno es restricción del consumo del mundo, es privación del mal, y también privación del bien, en honor de Dios. Hay que ayunar de comida, de gastos, de viajes, de vestidos, lecturas, noticias, relaciones, espectáculos, actividad sexual, de todo lo que es ávido consumo del mundo visible, moderando, reduciendo, simplificando, seleccionando bien. La vida cristiana es, en el más estricto sentido de la palabra, una vida elegante, es decir, que elige siempre y en todo; lo contrario, justamente, de una vida masificada y automática, en la que las necesidades, muchas veces falsas, y las pautas conductuales, muchas veces malas, son impuestas por el ambiente. Es únicamente en esta vida elegante del ayuno donde puede desarrollarse en plenitud la pobreza evangélica.

La oración hace que el hombre, liberado por el ayuno de una inmersión excesiva en el mundo, se vuelva a Dios, le mire y contemple, le escuche y le hable, lea sus palabras y las medite, se una con él sacramentalmente. Pero sin ayuno no es posible la oración; es el ayuno del mundo lo que hace posible el vuelo de la oración. Y sin oración, sin amistad

con el Invisible, no es psicológica ni moralmente posible reducir el consumo de lo visible. Es la oración la que posibilita el ayuno y lo hace fácil.

La limosna, finalmente, hace que el cristiano se vuelva al prójimo, le conozca, le ame, le escuche, y le preste ayuda, consejo, presencia, dinero, casa, compañía, afecto. Pero difícilmente está el hombre disponible para el prójimo si no está libre del mundo y encendido en Dios. El cristiano sin oración, cebado en el consumo de criaturas, no está libre ni para Dios por el ayuno, ni para los hombres por la limosna. Está preso, está perdido, está muerto.

Por la triada penitencial se produce la conversión perfecta del hombre a Dios y la completa expiación por los pecados.

ECONOMIZAR TIEMPO

El hecho de estar presentes en esta vida, de poder disponer de un tiempo que Dios nos da por su generosidad, trae consigo una responsabilidad de infinitas dimensiones que muchas veces no queremos o no sabemos clarificar.

Somos conscientes, sin embargo, de que solo el presente, el momento que estamos viviendo ahora nos pertenece. El pasado lo vivimos, sí, pero se nos fue como agua entre las los dedos de las manos dejándonos tan solo la humedad impresa de un grato recuerdo o de un triste llanto. El tiempo se nos va como el viento que pasa y pasa para no regresar jamás. Los instantes, las horas, los años vividos se fueron y no volverán.

El futuro es tan incierto como el más grande de los misterios. Indescifrable e impenetrable. El mañana no nos pertenece, ni siquiera la próxima hora o el minuto contiguo, tan solo será nuestro si alcanzamos vivirlo. Y cuando lo estamos viviendo ¿qué hacemos con nuestro tiempo? Ese, es el momento presente, que Dios nos regala segundo a segundo, hora tras hora, día tras día… y ¿cómo lo empleamos? Las más veces nos limitamos a dejarlo transcurrir sin hacer nada, con una dejadez insulsa, con un desperdicio imperdonable y falto de cordura. Son horas que no volveremos a tener.

Pensemos frecuentemente en esto: el gran tesoro del tiempo que Dios nos da, y que le dejamos ir sin darle su valor y sin darnos cuenta que de muchos momentos presentes estamos haciendo el pasado al tiempo que sin darnos cuenta estamos haciendo un puente hacia ese futuro

que está por llegar. Ese puente que nos va a conducir a la eternidad.

Efectivamente, de la experiencia dolorosa de un tránsito fugaz del tiempo que se lleva la vida poco a poco nace la aspiración por la eternidad. Y es que el tiempo no puede ser concebido sin la eternidad, porque el presente eterno aun no siendo tiempo, está latente en el corazón del tiempo confiriendo la densidad de lo sagrado a lo cotidiano de la banalidad del presente.

En la medida que valoremos la eternidad daremos valor al tiempo. Razón por la que nosotros mismos somos quienes damos valor al tiempo. Si empleamos ese tiempo en crecer espiritualmente, en ser mejores, en ir limando las aristas de nuestro carácter y temperamento con las que lastimamos a los que nos rodean, ese tiempo será rico, lleno de paz y de alegría.

Será de un extraordinario valor si no lo usamos con la avaricia de vivirlo para nosotros solos, sin que generosamente se lo obsequiemos a los demás. El egoísta es aquel que no sabe economizar su tiempo, malgastándolo en afanes inútiles al tiempo que presume de ser dueño del tiempo.

Hacer partícipes a los demás de nuestro tiempo nunca será un desperdicio, y cuando nos hayamos ido, siempre habrá alguien que nos recordará porque llevará en su vida el regalo de nuestro tiempo, el regalo de nuestra propia existencia.

Todos los instantes de nuestra vida son aprovechables. El secreto está Economizar el tiempo, arte por el que los más expertos realizan muchas más tareas que una persona normal.

No los malgastemos en críticas malsanas, en chismes, en arropar rencores, en maldecir con envidia la suerte de otros, en herir de obra o de palabra, en lastimar sentimientos o menospreciar al más débil.

Por el contrario, valoremos y amemos esos instantes presentes para vivirlos con intensidad, con profundidad, haciéndolos fecundos dándoles su justo valor enriquecidos por la fe y la confianza en Dios y repartiéndolos siempre entre nuestros semejantes.

Somos administradores de nuestro tiempo, por propia y libre voluntad, pero no olvidemos que tendremos que dar cuanta de él a su Dueño, cuando ese tiempo se termine y empiece la eternidad.

No olvidemos la diferencia existente con las otras cosas, podemos recuperar dinero, objetos, etc. pero el tiempo jamás se recupera porque cuando pasa no hay oportunidad de retroceder.

Por ello, debemos tener la capacidad de economizar adecuadamente nuestro tiempo en los diversos espacios donde nos desenvolvemos.

Hemos de aprender a administrar nuestro tiempo de acuerdo a los objetivos personales y marcarlos con la pauta de un riguroso cumplimiento, para lo cual es necesario enumerar los pendientes de realizar, considerando todas las ideas que nos vengan a la mente, y, así clasificarlos según los espacios de nuestra vida y la atención que sea necesaria para su realización.

Cuanto mejor queramos aprovechar el tiempo es de suma importancia saber priorizar lo que es más importante, elaborando un plan de trabajo que nos permita realizar lo concreto y no desperdiciar el tiempo efectuando tareas que

no son fundamentales y que incluso podrían ser realizadas por otras personas.

Recordemos que el tiempo no es sólo lo que marca el reloj o lo que señala el calendario, está relacionado a nuestra misma esencia como seres humanos, mientras tengamos vida tendremos capacidad de reconocerlo, valorarlo y sobre todo, economizarlo.

¿Por qué malgastar el tiempo? ¿Por qué dejar para mañana lo que se puede hacer hoy? No olvidemos que el tiempo pasado ya no es nuestro, ya ha desaparecido, y el que está por venir tampoco está en nuestro poder; sólo tenemos el tiempo presente para obrar el bien. Entonces, ¿por qué presumir de lo futuro, como si Dios hubiera puesto en nuestras manos la presidencia de los tiempos? ¿Cómo podemos prometer un día, cuando no sabemos si nos queda una hora de vida?

El tiempo solo se halla en esta vida, pero no en la otra, ni en el cielo, ni en el infierno. Paradójicamente el tiempo es lo más precioso que poseemos y al tiempo lo más menospreciado y lo menos estimado para los incrédulos, que pasan las horas muertas matando el tiempo.

En el trance de la muerte, cuando es llegada la hora, los mundanos lo único que buscan es el tiempo. Suspirarán entonces por otro año, por otro mes, por otro día, mas no lo tendrán; y solamente oirán por toda respuesta aquella voz terrible: Se acabó tiempo. ¡Cuánto pagarían estos desventurados porque se les concediese todavía una semana más, otro día de tiempo, para mejor ajustar las cuentas de su alma! Entonces, para lograr una hora de tiempo, darían todos sus bienes, riquezas, honores, placeres. Pero ni esa hora tendrán de tregua.

Entonces no es tiempo de prepararse, sino de estar ya preparado. En la hora de la muerte no se puede hacer cosa de provecho: lo hecho, hecho está. Solo resta dar cuenta del uso que se ha hecho del tiempo.

Imaginémonos la existencia de un Banco, que cada mañana abonase en nuestra cuenta 86.440 monedas por orden del Dueño del dinero. Y que ese extraño Banco, al mismo tiempo no arrastrase el saldo de un día para otro, sino que cada noche borrase de la cuenta el saldo que no se ha gastado. ¿Qué deberíamos hacer? Lo más lógico y sensato sería retirar todos los días la cantidad de monedas no gastadas ¿No?

Pero, fijémonos bien, cada uno de nosotros tenemos ese Banco cuyo nombre es Tiempo. Y diariamente realiza lo que hemos dicho, esto es, abonar en nuestra cuenta 86.400 segundos, y cada noche dar como pérdida cualquier cantidad que no se hubiese invertido en algo provechoso.

Si no economizamos esos 86.400 segundos sería un tiempo perdido, ya que su saldo no puede arrastrarse al día siguiente, porque no puede dar marcha atrás, ni admitir cargos a cuenta del ingreso de mañana, lo que nos obliga a vivir el presente con el saldo de hoy.

Como peculiar característica, en nuestra cuenta solamente se anotan los resultados de los minutos aprovechados, esto es los minutos economizados llenos de paz y alegría por el deber cumplido, para que una vez cerrada la cuenta el Dueño pueda valorar los réditos que hayamos conseguido.

Ahora bien, la única verdad, en la que todo el mundo cree, es que todos hemos de morir: la muerte es infalible, y que llega cuando el tiempo se termina. “*Apresúrate*, será la

última frase que oiremos, *apresúrate, sal presto de esta tierra, que ya no queda tiempo*".

Por igual motivo se nos exhorta a economizar el tiempo. Acordemos de Dios y procuremos su gracia y amistad antes que desaparezca la luz. ¡Qué dolor no siente el viajero, al saber que ha perdido el camino, cuando le vienen encima las tinieblas de la noche y no tiene tiempo de remediar el yerro! Este género de angustia acometerá en la hora de la muerte al que ha vivido muchos años en el mundo sin emplearlos en el servicio de Dios. "*Vendrá la noche* -dice el Señor- *en la que ya nadie puede obrar*" (Juan 9,4). Esa noche fatal será para él la hora de la muerte, en la que no podrá ya hacer nada. Entonces pasará por delante de su conciencia el tiempo vivido y el daño que a su alma ha causado su mal uso. Le vendrán a la memoria todas las luces y gracias que ha recibido de Dios para hacerse santo, y no ha querido aprovecharse de ellas; y en aquel momento se verá imposibilitado de hacer el bien. Entonces, gimiendo, dirá: "*¡Loco de mí! ¿Qué es lo que he hecho? ¡Oh tiempo perdido! ¡Toda tu vida está perdida! ¡Perdí los años en que podía haberme santificado! No lo hice, y ahora ya se acabó el tiempo.*" Pero ¿de qué le servirán entonces estos suspiros y lamentos, cuando está acabándose el último acto en este mundo, y la lámpara de su vida despide los últimos fulgores, y el moribundo está para entrar en el momento del cual depende toda la eternidad?

"*Caminad* -nos dice Jesucristo- *mientras tengáis luz. Caminad, no sea que en las tinieblas os sorprendan; el que camina en tinieblas no sabe adónde va*" (Juan 12 35). Es menester que caminemos por las vías del Señor mientras tengamos luz, esto es, durante la vida, porque la luz se apaga

en la hora de la muerte. Entonces no es tiempo de prepararse, sino de estar ya preparado. "*Estad preparados*, nos dice el Señor, *porque a la hora que no penséis es cuando vendrá el Hijo del hombre*" (Lucas 12,40). En la hora de la muerte no se puede hacer cosa de provecho: lo hecho, hecho está. ¡Oh Dios!, si a uno trajesen la triste nueva de que dentro de poco se iba a ventilar un proceso del cual depende su vida y toda su fortuna, ¿qué prisa no so daría para buscar un buen abogado que hiciese valer su razón ante los ministros de justicia y ver el medio de que la sentencia le fuera favorable? Y nosotros ¿qué hacemos? Estarnos seguros que muy en breve, tal vez ahora mismo, se ha de tratar la causa que más nos importa: del negocio de nuestra salvación. ¿Y aun perdemos el tiempo?

Sabemos que estamos condenados a morir, pero se nos ha ocultado el momento y la hora. Ignoramos si será en breve, tal vez ahora mismo, mañana o el año que viene, y que, en ese instante, en que se funde el tiempo con la eternidad, hemos de dar cuenta del tiempo aprovechado.

¿Y perdemos el tiempo? Cosa insólita porque el enemigo, lleno de furor, y sabiendo que puede malogra la economía del tiempo que Dios da para nuestra salvación, como león rugiente no pierde ni un solo instante en tentarnos para que sigamos malgastándolo.

¿Por ventura te da Dios el tiempo para que lo malgastes? "*No* -dice el Espíritu Santo- *del buen don no pierdas ni la más mínima parte*". Los obreros de que nos habla San Mateo en 20,6, no hacían cosa mala: solamente perdían el tiempo, y, sin embargo, fueron reprendidos por el dueño de la viña, que les dijo: "*¿Por qué estáis aquí ociosos todo el día?*" En el día del juicio Jesucristo nos pedirá cuenta de

toda palabra ociosa. Todo el tiempo que no se emplea en el servicio de Dios es tiempo perdido.

EDIFICAR AL PRÓJIMO

"*Más dichoso es dar que recibir*" (Hechos 20, 35). Anteponer estas palabras de Cristo como lema es descubrir el mejor secreto guardado en la biblia, porque esta sentencia que nos comunica San Pablo no está en el Evangelio, si bien recuerda lo que el divino Maestro dijo a sus apóstoles: "*Recibisteis gratuitamente, dad gratuitamente*" (Mateo 10, 8).

"*Dar mejor que recibir*". Algo que es conocido, pero todavía no creído o practicado ampliamente. Es como el "secreto" que eluden la mayoría de los cristianos, y ¿por qué? Sencillamente porque el corazón humano está apegado a un tesoro de difícil desprendimiento, prefiriendo evadir el principio definido de que seremos recompensados de la manera proporcional como lo obremos con el prójimo.

El dar y el recibir encajan perfectamente con los dos lagos existentes en Tierra Santa, que están alimentados por la misma agua de un mismo río, situados a unos kilómetros de distancia el uno del otro, pero con características asombrosamente distintas. Uno es el "Lago de Genesaret" y el otro el llamado "Mar Muerto".

El primero es azul, lleno de vida y de contrastes, de calma y de borrasca. En sus orillas se reflejan delicadamente flores y rosas sencillas en sus bellísimas praderas.

El Mar Muerto, por el contrario, es una laguna salitrosa y densa, donde no hay vida y queda estancada el agua que viene del Río Jordán.

¿Qué es lo que hace tan diferentes a los dos lagos alimentados por el mismo río? Es sencillamente ésta: El Lago de Genesaret trasmite generosamente lo que recibe.

Su agua una vez llegada allí, parte inmediatamente para remediar la sequía de los campos, a saciar la sed de los hombres y de los animales; es un agua altruista.

El agua del Mar Muerto se estanca, se adormece, se salitra, mata. Es agua egoísta, estancada, inútil, muerta.

Igualmente pasa con las personas. Las que viven dando y dándose generosamente a los demás, viven y hacen vivir. Las personas que egoístamente reciben, guardan y no dan, son como agua estancada, que muere y causa la muerte a su alrededor.

Hay quienes piensan que repartir dinero, tiempo y honor, les empobrece y quedan vacíos, en tanto que quienes reciben esos bienes, se van quedando con todo. Eso lo el espejismo que ven los egoístas, lo que les parece, pero ocurre exactamente lo contrario: Cuánto más damos más recibimos. Cuanto menos repartimos de lo nuestro, más pobres nos volvemos. Es una ley espiritual que se cumple puntualmente, es una ley difícil de aceptar, por eso pocos se arriesgan a ponerle en práctica, pero hay un reto muy interesante para el que lo quiere aceptar.

El que quiere vivir de acuerdo a esa ley de dar y darse a los demás, se llevará sorpresas muy agradables. Es mejor dar que recibir.

Muchas gentes se parecen al Mar Muerto: sólo reciben, acumulan, no se dan y así se fabrican una vida amarga, desdichada e infeliz, porque el que acumula para sí solo, llama a gritos a la infelicidad y ésta llega Hay otros que dan y se dan a sí mismos con generosidad y sin esperar recompensa... Está gente es la más feliz de nuestro mundo.

El que reparte, abre la puerta a la felicidad, pero el que acapara y es egoísta la cierra.

Mejor es dar; mejor es sacrificarse por el prójimo, entregar por amor cuanto se tiene, socorrerlo, consolarlo, enseñarle, darle, en suma, reposo, salud, gracia; todo, "*hacerse todo para todos, para de todos modos salvar a algunos"* (I Corintios 9, 22). Derroche de generosidad, olvido de sí propio, empeño en enriquecerlo, alegría cuando se consigue y paz del corazón cuando se consuma el sacrificio en aras de ese amor.

Cuanta verdad se encierra en ese amor. Cuando nos pone a prueba parece inalcanzable, pero cuando comenzamos a rozarle se abre un mundo real de vida junto a Dios con la sensación de estar cumpliendo su misión en la tierra.

¿Cómo llama o define San Pablo ese amor? Sus epístolas están llenas de definiciones: Edificar al prójimo con buena vida y ejemplo, con obras de caridad y con palabras de santa doctrina, tener a todos por miembros de un mismo cuerpo, pensar que todos somos una misma cosa en Jesucristo, gozarte en el Señor por los bienes y provechos de tu prójimo como por los tuyos mismos, remediar los males y daños ajenos como los tuyos propios, corregir con mansedumbre al que yerra, enseñar al que no sabe, levantar y aliviar al que esta abatido, consolar al desfavorecido, ayudar al que trabaja, socorrer al necesitado. En conclusión: todo tu poder y hacienda, todo tu estudio y diligencia, todo tus cuidados y ejercicios emplearlos en aprovechar a muchos por Jesucristo, así como Él lo hizo, que ni nació ni vivió, ni murió para Sí; más si todo se dio enteramente por nuestro provecho así también nosotros sirvamos y ayudemos al de nuestro prójimo y no al nuestro.

Derroche de generosidad, olvido de uno mismo, empeño en enriquecer al otro, alegría cuando se consigue y paz del corazón cuando se consuma el sacrificio en aras de ese amor. Entregaos, y estad seguros del retorno; la medida de lo que habéis de recibir, no para vosotros, sino para Dios ha de ser la entrega vuestra.

Edificar al prójimo con una vida verdaderamente cristiana, es un precepto que a todos nos obliga. Nuestra conducta debe servir de modelo a los demás.

La tarea de edificar es una tarea que nos ha sido asignada a todos, en todos los órdenes de nuestra vida; partiendo del hecho mismo de que "*Vivir es edificar*", cada día, en nuestras decisiones cotidianas, sumamos un ladrillo más a esta obra, que es nuestra propia vida. Teniendo como premisa principal que, en este tiempo, toda tarea de edificación que emprendamos debe edificarse en Cristo.

Edificar en Cristo quiere decir que el fundamento o los cimientos de nuestra fe, y en sí de todas nuestras aspiraciones, es Cristo. Él es lo máximo en la vida de todo cristiano. Sin Él la vida no significa nada. "*Arrimándonos a Cristo, como a piedra viva, escogida, angular y preciosa de Dios para la construcción de un edificio vivo y eterno en donde cada cristiano es como una piedra viva*" (1 Pedro 2:4-5).

Tengamos muy en cuenta que nadie es piedra viva en y para sí mismo, sino "*que al igual que los sarmientos reciben la vida de la vid*" (Juan 15,4), así también "*nosotros somos coedificados en el Espíritu para morada de Dios*" (Efesios 2,22).

Pero, antes de ser utilizados en su edificación, tenemos que ser tallados por Él, y cuando estemos listos para ser

colocados en el lugar que Él nos tiene destinado, nos colocará para que soportemos la presión de las que tengamos encima y a su vez, seamos soportados por los que están debajo y a los lados, "*soportándonos unos a otros y perdonándonos mutuamente, si alguno tuviere queja contra otro*" (Colonenses 3,13), y tratando de no ser un peso excesivo para las piedras que, a su vez, también nos soportan. La piedra debe encajar perfectamente en su sitio. Si no encaja bien hace peligrar la estructura del edificio y tendría que ser desechada. Así también, nosotros, lo seremos igualmente si somos tercos y nos rebelamos contra las presiones que nos toca sobrellevar.

La piedra, una vez puesta en la pared, sufre sin quejarse ni protestar los embates del mal tiempo, del viento, la lluvia y la nieve, y está allí precisamente para eso, para guarecer el interior del templo edificado y ayudar a la edificación también del prójimo en las acometidas sufrimientos, dolores, amarguras y adversidades.

Cuando, como piedras vivas, "*somos incrementados en el edifico dejamos de ser extranjeros y advenedizos para ser ciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús*". (Efesios 2, 20-21). Y desde el lugar donde estemos colocados debemos ayudar a la edificación del prójimo, "*los fuertes soportando las flaquezas de los débiles y no complacernos a nosotros mismos, sino procurar agradar al prójimo en lo bueno para edificarlo*" (Romanos 16 1-2). "*Así pues, sigamos las cosas que contribuyen a la paz y a la mutua edificación*" (Romanos 14, 19), "*a fin de perfeccionar a los santos para*

obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo" (Efesios 4, 12).

Ese perfeccionamiento nos viene dado con el buen ejemplo, que produce tres diferentes impresiones en el espíritu. Haciéndonos amar lo que admiramos, desear llegar a ser semejantes a los que admiramos y facilitándonos la práctica de la edificación.

Nada podemos hacer que sea más agradable a Dios, más útil al prójimo y a la salvación de nuestra alma, que predicar con nuestro ejemplo. Los buenos ejemplos dan a conocer el poder y la bondad del Señor. Acaban la obra de la Redención, convirtiendo al prójimo mediante su vida santa. ¡Qué felicidad para aquel que puede contribuir con sus buenos ejemplos a la conversión de un alma por la cual ha muerto Jesucristo, y que sin esa edificación no hubiera aprovechado la sangre derramada por el Salvador!

Hemos de esforzarnos en realiza todas nuestras acciones por el motivo doble de agradar a Dios y edificar al prójimo. El testimonio de la vida es más eficaz que el de la lengua, pues cuando la lengua calla, hablan los actos.

Un último apunte. Además de ser nuestro prójimo el que está más cerca, el pariente consanguíneo, el compatriota y el cristiano, tenemos otro prójimo al que hoy se le está saqueando y apaleando hasta quedar medio muerto es la Iglesia, cuyos enemigos no cejan en su empeño destructor.

Como en la parábola del buen samaritano misericordioso que nos ha sido trasmitida por San Lucas en el capítulo decimo de su evangelio, a la respuesta de Jesús sobre quien es el prójimo, y viendo actualmente que tanto el sacerdote como el levita pasan de largo mirando para otro sitio, pensando solamente en salvar el pellejo, y sin prestar la

ayuda pertinente que debieran a la Iglesia vapuleada, creemos llegado el momento de que nosotros, los laicos, tomemos cartas en el asunto con el deber apremiante de asistirla, sin renunciar al derecho propio de ser los prójimos de la Iglesia. Y somos nosotros, quienes en situaciones tales, debemos sobreponer el amor a este prójimo que es nuestra Santa Madre Iglesia a cualquier otro "obligación, interreunión, convenio o colaboración". Es el amor a la Iglesia el que, al dictarnos nuestro deber, y quien nos aproxima y convierte en prójimos, creando también entonces nuevas relaciones en esa proximidad, que no son ficticias, sino reales "*perfeccionamientos para obrar el ministerio, para edificar el Cuerpo de cristo"* (Efesios 4, 12).

TEMER AL MUNDO

Cristo, estando en el mundo, afirmó no ser del mundo, distinguiéndose de los que le escuchaban: "*Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo*" (Juan 8,23). Más aún, se declaró a sí mismo vencedor de un mundo hostil: "*Yo he vencido al mundo*" (Juan 16,33). Pues bien, también los cristianos hemos de vivir en el mundo sin ser del mundo "*Si fuésemos del mundo, el mundo nos amaría como a cosa suya; pero como no somos del mundo, -porque Yo os he entresacado del mundo- el mundo os odia*" (Juan 15,19). Y también nosotros, en Cristo, también podemos declararnos vencedores del mundo: "*Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe*" (1 Juan 5,4).

Pero precisemos que para interpretar lo que entendemos por "mundo", no hay que olvidar la distinción que Juan de Ávila hace entre las dos acepciones de esta palabra: El mundo visible creado y conservado por Dios llamado cosmos, y el mundo enemigo, funesto y negativo de los hombres cargados de ceguedad, maldad y vanidad en su lejanía de Dios y su rebeldía contra Él, al estar esclavizado bajo la servidumbre del pecado y dominado por el Espíritu del mal, llamado Príncipe de este mundo.

A pesar de que ambas dimensiones se dan juntas, es necesario mantener la distinción para no caer en el desprecio de las realidades terrenas.

El mundo-enemigo es una fuente gigantesca de tentación para nuestros sentidos, y una visión sensual y materialista de la vida que centra su atención en satisfacer los más bajos apetitos y deseos, cegado a las cosas del espíritu. Todas las

atracciones y placeres de la vida encuentran un compañero perfecto en cada uno de nosotros. Nuestras vidas transcurren ocupadas con tantas cosas que parece que son demasiado cortas para la cantidad de actividades que podríamos hacer, somos arrastrados en las corrientes de ese mundo y sin saberlo adoramos muchos falsos dioses como el dinero, el prestigio, la ambición, el poder, la moda, el ser más, el placer, la vanagloria…etc., El mundo nos hace cambiar nuestra forma de pensar, de vestir, de elegir nuestras amistades, etc. Las personas que no temen al mundo son como las polillas atraídas por con los bombillos y pasan su tiempo alrededor de la luz, pero esta luz quema, por eso vemos como cuando nos dejamos llevar por el mundo nos quemamos; la droga quema, el alcohol quema, el sexo quema.

Temer al mundo no es, en modo alguno, sentir miedo del conjunto de personas que viven en el mundo, ni en las cosas bellas creadas por Dios para el hombre, sino entregarse al ambiente anticristiano que en él se respira rodeado de gentes olvidadas de Dios y entregadas por completo al placer sin medida. Es fácil sucumbir a la seducción del mundo ya que el mundo tiene un importante aliado en nuestro propio corazón y su deseo de ocupar puestos importantes, tener riquezas y huir de la cruz, olvidando que Dios es su principio y su último fin.

Ese es el mundo al que no debemos prestar oídos, el que ha optado por regirse a sí mismo, por su parecer, y no por la luz y gracia de Dios. Es un mundo opuesto al evangelio, y que en su lógica engañosa miente absolutizando los bienes presentes y las realidades mundanas, otorgándolas un poder absorbente al que han de rendirse los hombres.

Es innegable que nuestra existencia transcurre dentro del plano físico en el que estamos perfectamente hechos para comunicarnos con nuestro entorno, y por ello la mentira que es el lenguaje engañoso de este mundo nos envuelve con apariencias, trastocando el valor de las cosas, ofreciendo aspectos de felicidad, de vida, de bien, e impone esos falsos valores como dominantes, como el sentir de lo que todos piensan y hacen, presionando socialmente en unas dinámicas tan generalizadas, que las estructuras y sistemas mundanos alcanzan la apariencia de que fuera de las mismas no existe la vida. Este lenguaje deforma la mirada, la ofusca y la domina, haciendo que la vida se oriente hacia un "norte ciego": el de agradar a ese mundo, el de entrar en él creyendo que en él está la vida, la felicidad, la seguridad, la prosperidad y el bienestar. Por último, este proceso alcanza a la afectividad y al corazón: el hombre "pone su amor" y "pega su corazón" a bienes que, en realidad, no pueden darle la vida para la que fue creado. De este modo, delicado y sutil muchas veces, el hombre se hace "mundano" y su corazón no puede recibir la verdad de Dios. Si se deja arrastrar por esta lógica, aunque lleve el nombre de cristiano, su corazón "ha perdido a Cristo", al menos en el nivel a que está llamado a vivir.

Temer al mundo es ser conscientes del drama de nuestra existencia, querer enfrentarse a la radicalidad de las opciones vitales, y hacernos consecuentes de la fuerza de los lenguajes del mundo. Temer al mundo es querer desenmascarar su propio "engaño", para que Dios vuelva a ser nuestro Dios y las realidades del mundo vuelvan también a ser para nosotros lo que son en realidad.

¡Qué difícil es encontrar cristianos en lucha contra estos poderes, contra la “humana mentira” que le puede cegar o derribar! Quien teme al mundo está obligado a elegir ser del bando de Cristo. Y una vez hecha la elección afianzarse en la verdad de Dios Creador, y a considerar al mundo y sus bienes como criaturas; recuperar el sentido de la vida, el fin para el que hemos sido creados, nuestra vocación original. Hay que reconocer que todos los bienes que se nos han dado nos han sido dados para que recibiéndolos sirvamos al Dios que nos lo dio.

Dicho así parece fácil, pero la realidad es que muchos preguntarán como podrán hacerlo, ¿cómo echar de sí ese corazón vano y malo? ¿Tenemos las fuerzas necesarias para lograrlo? Decididamente no. Entonces ¿será Dios quien lo realice sin contar con nosotros? No. Será en la misteriosa unión de la libertad humana y la gracia divina. Dejemos de mirar en horizontal, levantemos los ojos al cielo y pidamos al Señor la fuerza necesaria y escuchemos sus palabras.

Tal es el remedio para superar las tentaciones continuas del mundo, para no ser engañados, para dejar de oír y de ser seducidos por sus lenguajes y comenzar a oír y ser atraídos por Dios.

A partir de aquí subsanemos con sinceridad el hecho de que nunca hemos tenido una perfecta relación con Dios, meditemos profundamente en la importancia de los asuntos espirituales por encima de los asuntos del mundo y démosle más tiempo a Dios que al mundo. Pasemos más tiempo haciendo oración, trabajos de caridad, leyendo libros espirituales, visitando enfermos y ancianos y comenzar resueltos y sinceramente una nueva vida de compromiso con Jesús.

VENCER AL DEMONIO

Antes de adentrarnos en el tema es bueno que sepan quienes están en pecado permanente, que el demonio mora junto a los pecadores. Este enemigo escondido de las almas es como nuestra propia sombra. La humanidad se ha vuelto tan materialista que si no ve una cosa no cree en ella, y ha dejado de creer el demonio, lo cual le da la ventaja de moverse libremente sin obstáculos para tentar y vencer.

¿Quién es el demonio? El demonio no es una fábula como algunos, para su desgracia, piensan, y que él aprovecha astutamente, en su malicia engañosa, para persuadirnos de que no existe. Su existencia real ha sido siempre enseñada por la Iglesia en su magisterio ordinario. Desmentir la existencia del demonio es negar la revelación divina que nos advierte sobre nuestro enemigo y sus tácticas.

En la Biblia se le conoce por diferentes nombres: Abaddón, Asmodeo, Beelzebul, Belial, Legión, Diablo, Maligno, Satán, Enemigo, Padre de la mentira, Acusador, Lucifer…etc., siendo el más repetido el de Satanás.

Dios en un principio creo ángeles buenos, espíritus puros, muy hermosos, capaces de bondad y de libre albedrio para escoger el bien y el mal, dotados con gracia santificante. Pero algunos ángeles, por sí mismos, por su libre e irrevocable decisión, plenos todos ellos de envidia y orgullo, pecaron, rebelándose, separándose y rechazando a Dios, se llenaron de maldad y se transformaron en demonios, en ángeles caídos expulsados del cielo. Es así que se les negó la visión beatífica.

Los demonios residen en el infierno y no gozan de los beneficios de la redención de Cristo, sin embargo, no

perdieron su capacidad racional, sino que la utilizan para el mal. Dios les permite ejercitar influencia limitada en las criaturas y las cosas.

Por la envidia del demonio, opuesto personalmente a Dios y a su plan de salvación, tentó a Adán, quien cayó en el pecado arrastrando consigo a toda la humanidad, y, con el triunfo del pecado original, extendió su poder por todo el mundo sin que pudiésemos por nuestra cuenta salvarnos.

En la misericordia infinita de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad se hizo hombre para vencer al demonio, y le venció en Cruz. La actividad del demonio en la tierra sin embargo continuará hasta el fin de los tiempos. La parusía manifestará plenamente la victoria del Señor con el establecimiento de su Reino y el absoluto sometimiento de todos sus enemigos. Mientras tanto Dios permite que vivamos en batalla espiritual en la cual se revela la disposición de los corazones y nos da oportunidad de glorificar a Dios siendo fieles en las pruebas. Ahora debemos decidir a qué reino vamos a pertenecer, al de Cristo o al de Satanás. Si perseveramos fieles a Jesús a través de las pruebas y sufrimientos, el demonio no podrá atraparnos.

Pero el demonio no quiere reconocer que fue vencido definitivamente en la cruz, y continúa hostilizando a los discípulos de Cristo. Es el gran ángel caído que, sabiendo que no puede nada contra Dios, embiste contra la creación visible, buscando que toda criatura se rebele contra el Señor del cielo y de la tierra.

Y es que el demonio con su inmenso poder de seducción, emplea su astucia como estrategia para convencer al

hombre de que puede conseguir una vida vivida en la desobediencia a la voluntad divina, mejor que aquella vivida en la obediencia.

Engaña a los hombres persuadiéndolos de que no tienen necesidad de Dios y de que son autosuficientes, sin necesidad de la gracia y de la salvación. Incluso engaña a los hombres haciendo disminuir, y hasta desaparecer, el sentido de pecado

El demonio es el enemigo silencioso de nuestras almas, un asesino que tienta continuamente aun a las almas más puras, sin necesidad de mostrar su rostro porque trabaja desde adentro.

Al demonio no se le ve, pero está junto a los pecadores, a los que considera casi como propios. Por ello defenderá con todas sus armas a quienes cree le pertenecen y tratará de mantenerlos en el pecado. Cuando el alma aspira a la conversión y entra en ese proceso, a veces bastante largo, de tomar la decisión de abandonar el pecado, es cuando el demonio utiliza todas las armas posibles para impedirlo.

El poder de Satanás no es, sin embargo, infinito. Él no es sino una criatura, poderosa por ser espíritu puro, pero siempre una criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios.

Su acción también es limitada, y permitida por la divina Providencia, la cual guía la historia del hombre y del mundo con fuerza y dulzura. La autorización divina a la actividad diabólica es un gran misterio, pero "*sabemos, además, que todas cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su designio”* (Romanos 8, 28).

La vida terrena es un tiempo de prueba, durante el cual Dios consiente al demonio tentar y probar al hombre, pero nunca por encima de sus fuerzas. Y, es más, Dios lo permite porque quiere que el alma libremente lo ame, y salga victoriosa en la lucha contra el demonio. Es necesaria esta lucha para la salvación del alma. Como siempre ese mal Dios sabe sacar un bien más grande, porque por su gracia el corazón queda purificado de la prueba y más fortalecido por la fe.

Jesús lo ha dicho, hay una lucha constante entre el bien y el mal. Lucha que se extiende en la historia humana como un eco de aquella inmensa guerra en el cielo, cuando Miguel con sus ángeles venció al demonio y a los suyos (Apocalipsis 12,7-9). Una sombra pavorosa de lucha entre los cristianos y Satanás, que desde su primera aparición en el misterio de Jesús, es considerado como el tentador por excelencia, exactamente como lo había sido en figura de serpiente, engañando a Eva con su astucia (Génesis 3,1s); "*envidia del diablo con la que logró entrar la muerte en el mundo, y que la experimentan los que le pertenecen*" (Sabiduría 2,24), y así con el orgullo de un poder inmenso, Satanás le muestra con arrogancia a Jesús "*todos los reinos y la gloria de ellos*", y le tienta sin rodeos: "*Todo esto te daré si postrándote me adoras*". Satanás, en efecto, puede "dar el mundo" a quien -por pecado, mentira, riqueza- le adore: lo vemos cada día. Tres asaltos hicieron el Maligno contra Jesús, y en los tres intentó convertir a Jesús al mesianismo temporal y político del judaísmo contemporáneo, compartido en gran parte por los Apóstoles hasta la iluminación interior de Pentecostés. Satán "*tienta realmente a Jesús en todo, aunque sin pecado*" (Hebreos

4,15), ofreciéndole una liberación de la humanidad "*sin efusión de sangre*" (Hebreos 9,22). Este primer enfrentamiento termina cuando Jesús le impera "*Apártate, Satanás*", echándolo fuera como a un perro.

Las mismas tentaciones hemos tenido que sufrir después, a través de los siglos, los cristianos. Siempre esforzándose por "descarriar" a los fieles, en sustraerlos del Señorío de Cristo para arrastrarlos consigo. Su arma siempre es la misma, la que ha empleado respecto a Jesús: la astucia, la mentira y las mejores apariencias para seducir a sus víctimas. Lobo con piel de es este ángel de las tinieblas que a veces se disimula incluso como ángel de luz. He aquí por qué su actividad es constantemente señalada como engañosa y de extravío para la tierra entera. Por estas razones, se opone tan radicalmente como la noche al día, a Cristo, que es la Verdad y la Luz.

Y así, el Diablo nos acosa, acusa, tienta, engaña y miente en su lucha contra el pueblo de Dios, para causarle el mayor daño, para entorpecer el progreso de lo correcto, para acobardar a los cristianos en la proclamación del evangelio y debilitarlos en la ofensiva para favorecer el Reino de Dios.

Sin embargo, la victoria cristiana sobre el Demonio es una victoria de la verdad sobre el error y la mentira. La redención cristiana es siempre una "*santificación en la verdad*" (Juan 17,17). Por eso comentando las palabras de Jesús sobre la acción engañadora del Demonio "*todo el que comete pecado es esclavo del pecado*" (Juan 8,31-47), podemos decir que los que, siendo esclavos del pecado, por encontrarse bajo el influjo del padre de la mentira, serán liberados mediante la participación de la Verdad, que es

Cristo, y en la libertad del Hijo de Dios ellos mismos alcanzan la libertad de los hijos de Dios. Por eso para los demonios, que ostentan el poder de las tinieblas, nada hay tan temible con la acción iluminadora de los que evangelizan, nada temen tanto como "*la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios*" (Efesios 6,17).

En efecto, ante el embate del poder apostólico de la verdad, los demonios, sostenidos en la mentira del mundo, caen vergonzosamente de sus tronos.

El demonio a pesar de ser el peor enemigo de la humanidad no puede obrar sobre nuestras facultades superiores que son el entendimiento y la voluntad, las cuales Dios reservó para sí como santuario suyo. Sólo Dios puede entrar hasta el fondo de nuestra alma y mover los resortes de nuestra voluntad sin hacernos violencia. Pero el demonio puede obrar directamente sobre nuestro cuerpo, sobre nuestros sentidos externos e internos, en especial sobre nuestra memoria y nuestra imaginación, así como sobre todas nuestras pasiones que tienen su asiento en el apetito sensitivo; y de esta manera obra indirectamente sobre nuestra voluntad, cuyo consentimiento solicita por medio de los diversos movimientos de la sensualidad. Sin embargo, como advierte Santo Tomás: "*Siempre queda la voluntad libre para consentir o rechazar*". Aunque el poder del demonio se extiende a las facultades sensibles y al cuerpo, se halla limitado por Dios; así pues, quien confía humildemente en Él, puede estar seguro de la victoria, pues nadie es tentado más allá de sus fuerzas.

Para vencer al demonio lo primero que hemos de tener es una genuina vida de fe, caracterizada por un abandono confiado en el amor paternal y providente de Dios (Lucas

12 22-31) y por la obediencia a su voluntad (Mateo 6,10), a imitación de nuestro Señor Jesucristo.

La victoria más bella sobre la influencia de Satanás es la continua conversión de nuestra vida, que tiene una especial y duradera actuación en el Sacramento de la Penitencia, mediante el cual Dios nos libera de los pecados, cometidos después de nuestro Bautismo, nos regala su amistad y nos fortalece con su gracia para resistir los ataques del Maligno.

Venceremos al diablo, tal cual es, descubriéndole bajo su apariencia partidista, de nuestros intereses, como el ser astuto e inteligente al que jamás se le ha de subestimar su poder y su ciencia.

Estemos también vigilantes de forma permanente tal y como nos exhorta San Pedro: "*Sed sobrios y estad en vela; vuestro adversario el diablo ronda, como un león rugiente, buscando a quien devorar*" (I Pedro 5, 10), para poder luchar contra sus seducciones y tentaciones.

Toda la historia de la humanidad está de hecho traspasada por una tremenda lucha contra el poder de las tinieblas; lucha comenzada en el principio del mundo y que durará, como dice el Señor, hasta el último día. En esta batalla, debemos combatir sin descanso para poder permanecer unidos al bien, puesto que no se puede conseguir su unidad interior si no es al precio de grandes fatigas, con la ayuda de la gracia de Dios.

Muy importante es la utilización del discernimiento, al que nos lleva el Espíritu Santo en la prueba, para que distingamos entre ser tentados y consentir en la tentación, y desenmascarar la mentira de la tentación: siendo aparentemente su objetivo bueno, grato a los ojos y deseable, cuando en realidad su fruto es la muerte.

Es también de vital importancia seguir el consejo de San Pablo: "*Confortaos en el Señor y en la fuerza de su poder; vestíos de toda la armadura de Dios, para poder sosteneros contra los ataques engañosos del diablo*" (Efesios 6, 10-18). Esa armadura es la espada de la Palabra y la perseverancia en la oración: son las mismas armas con las que Cristo venció al Demonio en el desierto. La Palabra divina es como espada que corta sin vacilaciones los nudos de los lazos engañosos del Maligno. "*Orad para que no cedáis en la tentación*" (Lucas 22, 40). Ciertos especie de demonios "no puede ser expulsada por ningún medio si no es por la oración" (Marcos 9,29).

Venzamos al demonio dando testimonio confiado, cada vez más y mejor, en cada oración humilde a Dios nuestro Señor, quien al pedirle que nos libre del maligno, le estamos pidiendo ser liberados de todos los males, presentes y futuros, de los cuales el diablo es artífice e instigador. Y el Señor, Padre de bondad y de misericordia, generosamente nos da la fuerza necesaria para "*luchar, no contra sangre y carne, sino contra principados, contra las potestades, contra los poderes mundanos de estas tinieblas, contra los espíritus de la maldad en lo celestial*" (Efesios 6, 12). Evitemos las seducciones del diablo, quien como Padre de la mentira tratara de engañarnos haciéndonos creer que no existe para poder vulnerarnos y tentarnos más fácilmente.

Venciendo el pecado se vence al demonio. "*No pequéis, no deis entrada al diablo*" (Efesios 4,26-27). "*Someteos a Dios y resistid al diablo, y huirá de vosotros*" (Santiago 4,7), y nos promete que, si estamos sujetos a Jesucristo, entonces resistiremos al Diablo y éste huirá de nosotros. El Diablo tiembla cuando oramos. Él es vencido cuando

citamos o leemos un pasaje de la escritura. Porque todo lo que nos defiende del pecado nos defiende por ello mismo del enemigo invisible, evitando el pecado y huyendo de las ocasiones de pecar, tal y como como Cristo nos lo ha enseñado habiéndonos hecho partícipes de su victoria.

Además de todo lo anterior la Santa Madre Iglesia Católica (1) por medio de León XIII movido por una revelación sobrenatural nos ha legado en el Acta Apostolicae Sedis la invocación a San Miguel Arcángel que dice así: *"¡Oh glorioso príncipe de las milicias celestes, San Miguel arcángel, defiéndenos en el combate y en la terrible lucha que debemos sostener contra los principados y las potencias, contra los príncipes de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos! Ven en auxilio de los hombres que Dios ha creado inmortales, que formó a su imagen y semejanza y que rescató a gran precio de la tiranía del demonio. Combate en este día, con el ejército de los santos ángeles, los combates del Señor como en otro tiempo combatiste contra Lucifer, el jefe de los orgullosos, y contra los ángeles apóstatas que fueron impotentes de resistirte y para quien no hubo nunca jamás lugar en el cielo. Si ese monstruo, esa antigua serpiente que se llama demonio y Satán, él que seduce al mundo entero, fue precipitado con sus ángeles al fondo del abismo.*

Pero he aquí que ese antiguo enemigo, este primer homicida ha levantado ferozmente la cabeza. Disfrazado como ángel de luz y seguido de toda la turba y seguido de espíritu malignos, recorre el mundo entero para apoderarse de él y desterrar el Nombre de Dios y de su Cristo, para hundir, matar y entregar a la perdición eterna a las almas destinadas a la eterna corona de gloria. Sobre

hombres de espíritu perverso y de corazón corrupto, este dragón malvado derrama también, como un torrente de fango impuro el veneno de su malicia infernal, es decir el espíritu de mentira, de impiedad, de blasfemia y el soplo envenado de la impudicia, de los vicios y de todas las abominaciones. Enemigos llenos de astucia han colmado de oprobios y amarguras a la Iglesia, esposa del Cordero inmaculado, y sobre sus bienes más sagrados han puesto sus manos criminales. Aun en este lugar sagrado, donde fue establecida la Sede de Pedro y la cátedra de la Verdad que debe iluminar al mundo, han elevado el abominable trono de su impiedad con el designio inicuo de herir al Pastor y dispersar al rebaño.

Te suplicamos, pues, Oh príncipe invencible, contra los ataques de esos espíritus réprobos, auxilia al pueblo de Dios y dale la victoria. Este pueblo te venera como su protector y su patrono, y la Iglesia se gloría de tenerte como defensor contra los malignos poderes del infierno. A ti te confió Dios el cuidado de conducir a las almas a la beatitud celeste. ¡Ah! Ruega pues al Dios de la paz que ponga bajo nuestros pies a Satanás vencido y de tal manera abatido que no pueda nunca más mantener a los hombres en la esclavitud, ni causar perjuicio a la Iglesia. Presenta nuestras oraciones ante la mirada del Todopoderoso, para que las misericordias del Señor nos alcancen cuanto antes. Somete al dragón, la antigua serpiente que es diablo y Satán, encadénalo y precipítalo en el abismo, para que no pueda seducir a los pueblos. Amén.

Y que resumida la rezamos en la liturgia así: "*Arcángel San Miguel, defiéndenos en la lucha, sed nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Reprímale*

Dios, te pedimos suplicantes. ¡Que el Señor nos lo conceda! Y vos, príncipe de la milicia celestial, arroja al infierno con el divino poder a Satanás y a los otros espíritus malignos que merodean por el mundo para la perdición de las almas. Así sea".

(1) La Santa Iglesia pone a nuestro alcance los Sacramentos, los signos sacramentales, como el agua bendita, crucifijo, cirios, ceniza, etc., mortificando los sentidos.

SUBYUGAR TUS PASIONES

"*No podemos evitar las pasiones, pero sí vencerlas…*" Es una sentencia escrita por Séneca que ilustra y extracta el significado del presente capítulo.

Cuando se estrenó la película "Raíces de pasión", cierto público se deleitó con su visionado repetidas veces, algunos incluso durante toda una semana, poniendo de moda frases que reproducían en sus conversaciones sin venir a cuento.

Entendemos que en este mundo se habla el poder de la pasión no durante una semana, sino durante 365 días en el año. ¿De qué se interesan los jóvenes y deploran los ancianos?

Todo está cortado de la de la misma tela. En el teatro los dramas, las tragedias o las comedias y hasta las farsas están cosidos por el hilo de la ambición, la vanidad, la usura, la envidia, envuelto en la pornografía y la sexualidad.

Las películas, sean cual sea su sinopsis, están siempre rebosantes de inmoralidad, impureza, lujuria, y liviandad. Fórmula obligada para atraer al público encadenándolo y sojuzgándolo.

Pasamos por cualquier calle o entramos en un bar, tienda e incluso en los templos y la moda con sus extravagancias y con sus deshonestidades invaden el panorama.

No digamos los clubes nocturnos con sus caprichos, vehemencias y diversiones sofisticadas, donde las pasiones más que un sentimiento son un explosivo que revienta las almas.

Los quioscos de prensa están inundados de revistas, publicaciones y novelas que ejercen una fuerte acción sobre los individuos apelando a sus pasiones o a sus intereses, no

a su inteligencia. ¿Cuántas ejemplares se venderías si no tratasen del “corazón” con frases de doble sentido?

Por todas partes se presentan las incitaciones al placer, en todos los tonos, en todos los matices. Ahora todo parece lícito como si se hubiese abierto la veda de lo prohibido. La infeliz niña, que en el abril de sus años ha destruido su primavera. Los desdichados chiquillos del pecado, que llevan sobre sus rostros la ancianidad de sus culpas; los libertinos jóvenes incapaces de sonrojarse por el olvido del más elemental respeto que se debe a sí mismo y a los demás; los políticos, profesionales del voto, ávidos sensibleros del poder y apáticos del bien común, poseídos de la pasión de acumular; los “célibes” rompiendo juramentos y los casados queriendo desatar nudos conyugales. Son hechos tan frecuentes, que ya casi no sorprenden. Más aún, el mundo unánime condena a un empresario por hechos que desconoce, pero al profanador de los juramentos más santos, el violador del santuario, el adultero pasan con la frente muy alta y es reverenciado.

Los sentidos son ventanas de nuestras almas. Es a través del estímulo de los sentidos que aumentamos desproporcionadamente nuestros deseos humanos hasta que se vuelven pasiones. Los ojos sienten hambre por cosas hermosas y sensuales, los oídos sienten apetencia en la curiosidad por lo desconocido, el tacto siente ansia en la espera de comodidad y placer, nuestro gusto espera ser satisfecho con deliciosas comidas, nuestro sentido del olfato desea solo los más placenteros olores. En efecto los sentidos se vuelven tan exigentes e intolerables que son capaces de hacernos prisioneros.

En cierta forma, el alma es prisionera del cuerpo, se atrapa en las inclinaciones animales de la carne y se aleja del camino espiritual que es trazado ante ella. Si no hacemos esfuerzos determinados para controlar nuestros sentidos, nos volvemos como animales, sujetos a las pasiones más bajas de nuestros sentidos. Ese embotamiento conduce e inclina a la naturaleza humana hacia el pecado, propensión natural a obrar el mal insubordinándonos a los deseos de la razón que busca a Dios. Es ese tender a preferir lo placentero y evadir lo más exigente o doloroso lo que llamamos concupiscencia, una de las consecuencias del pecado original.

La palabra concupiscencia pertenece al lenguaje bíblico, San Pablo nos dice que "*el pecado suscitó en mí toda suerte de concupiscencias... Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros*" (Romanos 7, 8.22s). Es lógico que el Apóstol recomiende a los cristianos que "*no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus concupiscencias*" (Romanos 6, 12). San Pedro nos amonesta a huir "*de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia*" (II Pedro 1, 4) y nos advierte del castigo "*en el día del Juicio, sobre todo a los que andan tras la carne con concupiscencias impuras*" (II Pedro 2, 10). Santiago enseña que "*cada uno es probado por su propia concupiscencia que le arrastra y le seduce. Después la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado, y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte*" (Santiago 1, 14s). "*El mundo y sus concupiscencias pasan; ¡pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para*

siempre!" (I Juan 2, 16s). Todos estos textos ilustran la advertencia de Jesús en la parábola del sembrador, cuando señala, como una de las causas por las que la Palabra de Dios no da fruto en algunos, que; "*las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y las demás concupiscencias los invaden y ahogan la Palabra* (Marco 4, 19). Cuando Jesús dice que "*si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame*" (Lucas 9, 23), está incluyendo la lucha contra el desorden interior o concupiscencia, De ahí que el Apóstol presente la vida cristiana como una denodada lucha entre el espíritu y la carne, advirtiéndonos que el espíritu y la carne tienen apetencias antagónicas irreductibles, de tal manera que los que verdaderamente "*son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias*" (Gálatas 5, 16-24).

De la lectura de los textos bíblicos acerca de la concupiscencia, aparece que ella se manifiesta en el apetito sexual, en el apetito desordenado de poseer bienes materiales, y también se muestra en la búsqueda de honores o de poder. En todos los casos se trata de un bien creado que es intensamente apetecido, y en forma desordenada, al punto que la apetencia ya no es coherente con el papel que ese determinado bien tiene en los designios de Dios, los que coinciden con la dignidad y la santidad del hombre. Puede decirse que los bienes apetecidos en forma desordenada llegan a convertirse en ídolos que intentan ocupar el lugar que sólo le corresponde a Dios. Así como la Verdad es la que establece al hombre en su correcta relación con Dios, así los ídolos son intrínsecamente falsos porque nacen de un engaño y falsean la relación con Dios.

El arma principal y más temible de Satanás para hacernos caer en el pecado es nuestra propia concupiscencia: foco de mil males que llevamos en nosotros mismos y que se enciende naturalmente y se alimenta con los bienes sensibles. Es la yesca que enciende el pecado o el estímulo e incentivo del pecado, de que habla el Concilio de Trento. Ahora bien, según nos enseña el Apóstol San Juan, la concupiscencia es triple: "*Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida"* (I, Juan, II, 13). Por la malicia del demonio y la complicidad de nuestra voluntad perversa, esta triple concupiscencia es verdaderamente el manantial y el principio del pecado. Por ella Satanás venció a nuestros primeros Padres; por ella quiso tentar a Jesucristo en el desierto; por ella hace caer una multitud de almas y las arrastra al infierno, del que estas tres concupiscencias son como tres grandes puertas.

Es, pues, muy importante conocer bien estas concupiscencias para combatirlas y triunfar de ellas; por eso toda nuestra vida aquí en la tierra es un continuo combate.

Nos dice el Evangelio de San Mateo, 6, 1,11, que Jesús fue conducido por el espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. "*Y se le acercó el tentador y le dijo, si eres el Hijo de Dios has que estas piedras se vuelvan panes*". Esta tentación se comprende sólo como humillación del señor, quien, siendo el segundo Adán, quiso expiar así el pecado de los primeros padres. El tentador procura excitar la concupiscencia de la carne, esto es, la sensualidad por medio del apetito de comer. Como vemos esta concupiscencia de la carne es el amor y la búsqueda de los placeres sensuales. Ella hace de nosotros esclavos del

cuerpo y todas sus tiranías desordenadas, decía San Pablo: *"¡Desdichado de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo mortal?*" (Romanos 7, 24). Nuestra naturaleza corrompida tiene sed de voluptuosidad y, no contenta con los placeres permitidos, corre detrás de los placeres prohibidos: "*este es el cuerpo del pecado*" como dice San Pablo en Romanos 6, 6.

Este apetito, que llevamos siempre en nosotros mismos como un enemigo interior es el amor desordenado al cuerpo y a los placeres carnales, al mismo tiempo que utiliza todos nuestros sentidos para sus abominables satisfacciones, nos arrastra por ellos a toda suerte de pecados: la gula, la embriaguez, la ociosidad, la pereza, la lujuria, la afeminación en el vestir, fornicación, sensualidad envilecida, pensamientos impuros, etc. Por la concupiscencia de la carne los hombres atrajeron para sí el Diluvio; por ella las ciudades culpables de Sodoma y Gomorra merecieron ser reducidas a ceniza. Ella fue la causa de las desgracias de Sansón, de la caída de David y de Salomón. ¡Cuántas herejías nacieron de esta fuente envenenada: Montano, Arrio, Lutero, Enrique VIII!… ¡Cuántas enfermedades, guerras, discordias en las familias y males de todas suertes ha acarreado a los hombres, a las sociedades y a las naciones!… ¿No es también ésta una de las principales causas que han retenido lejos de la verdad y del divino redil a tantas naciones que no han aceptado el Evangelio, a pesar de los incesantes esfuerzos de los misioneros?

En la segunda tentación a Jesús, "*el demonio le llevo a la ciudad santa, y estando sobre el pináculo del templo, le dijo: si eres el Hijo de Dios échate abajo, etc*." El tentador

sabe que el orgullo también es un amor desordenado de sí mismo, de la propia excelencia, un deseo de ser alabado y estimado más que los otros. Es un vicio odioso, del que todos estamos más o menos inficionados; es la consecuencia de las palabras de la serpiente: "*El día que comieres del fruto prohibido, se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal*" (Génesis 3, 5). El mismo demonio fue precipitado al infierno por causa de su orgullo: (Isaias15, 14).

El orgullo engendra egoísmo, ambición, presunción, vanidad, hipocresía, desobediencia, celos, envidia, odio y desprecio del prójimo. Por él cayeron del cielo los ángeles secuaces de Lucifer, nuestros primeros Padres en el Paraíso terrenal, Caín, los hermanos de José, y tantos otros. ¡Cuántas virtudes empañadas por el orgullo! ¡Cuántos méritos perdidos! ¡Cuántos cismas y herejías en la Iglesia! ¡Cuántos disturbios y guerras en los países! ¡Cuántas caídas vergonzosas, cuántas almas condenadas por el orgullo! Dice el Eclesiástico 10,15: "*el inicio de todo pecado es la soberbia*".

El diablo, viendo que Jesús no sucumbe a la concupiscencia de la carne ni del orgullo, "*de nuevo lo llevó a un monte alto y le mostró todos los reinos del mundo y de su gloria, hizo una tercera tentativa intenta diciéndole todo esto te daré, si te postras delante mí y me adoras*". Intenta con la concupiscencia de los ojos arrancarle el deseo desenfrenado de los bienes y riquezas de este mundo, un apego desordenado a estos bienes, la sed del oro, el culto al dinero, una verdadera idolatría, una cadena con la que el diablo tiene presos a casi todos los hombres: dice el Salmo, IV, 3:

"*los hijos de los hombres tienen amor a la vanidad, y a las mentiras*".

Esta clase de concupiscencia de la carne, tal cual es la de los ojos, engendra codicia, avaricia, vanidad, lujo, gastos inmoderados. Es el apetito de enriquecerse, de hacer fortuna… bien sea con robos, usuras, dolos, chantajes, discordias, pleitos, injusticias de todas clases y fraudes. Es como venderle el alma al demonio por algunas monedas. Veamos a Judas… ¡cuántos males desencadenados sobre la tierra, y cuántas almas precipitadas en las llamas eternas por esta lamentable concupiscencia!… es seguir la sugestión diabólica: "*todas estas cosas te daré, si te postras y me adoras*" ¡Oh! ¡Que promesa tan mentirosa! Propia del Padre de la mentira.

Como vemos la concupiscencia de la carne es la fuerza de gravedad que hay dentro de nosotros y que como una fuerza incontrastable nos arrastra hasta el mal y a cometer pasionalmente los 7 pecados capitales: la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la envidia y la pereza.

Todo cristiano debe ser consciente de la fuerza que la concupiscencia lleva en sí y contra la que habrá de luchar hasta el día de su muerte. Es un error pensar que las pasiones se aquietan satisfaciéndolas en todas sus apetencias: la conducta cristiana frente a ellas exige ascesis, lucha y dominio de sí.

La concupiscencia despierta ante lo que puede ser un objeto de su apetito. No siempre está en nuestras manos evitar la presencia de estímulos de nuestras concupiscencias, pero es un deber moral evitar los que pueden serlos. La espiritualidad cristiana habla de la guarda de los sentidos, es decir de soslayar la presencia o no fijar

la atención en de objetos que pueden ser motivo de apetencias más o menos violentas y contrarias a la virtud cristiana, a las que se podría ceder o que al menos pondrían en peligro la limpieza del corazón.

Para poder inclinarnos hacia el bien debemos hacer un esfuerzo. Los católicos debemos remar en contra-corriente, porque si no, nos dejamos arrastrar por el rio y su corriente.

Ese remar en contra-corriente consiste en ponernos en presencia del Señor para escuchar sus palabras cuando nos dice: "*Tened confianza, yo vencí al mundo*" (Juan 16,33). Como si nos dijese: "*Antes que yo viniese aquí, era cosa muy difícil volverse contra este mundo engañoso y desechar lo que en él florece, abrazar lo que él desecha; mas, después que contra mí puso todas sus fuerzas, inventado nuevos géneros de tormentos y deshonras, los cuales yo sufrí sin volverles el rostro, ya no sólo pareció cosa fácil, puesto que encontró quien pudo sufrir más que él perseguir, pero aún queda más vencido para vuestro provecho, puesto que, con el ejemplo que os dí y la fortaleza que os gané, ligeramente lo podéis vencer, subyugar, sobrepujar y hollar. Pero, sepan de una vez por todas, que los que son y quieren ser del mundo no tienen orejas para escuchar la verdad que os de mi Padre, antes la desprecian, así pues, los que humillados, generosos, caritativos, sumisos, pacientes, castos, ponderados y diligentes son de mi rebaño y poniendo su confianza en mí providencia no tendrán los sentidos para para escuchar las mentiras del mundo, ni satisfacerse de ellas, porque ahora les halaguen, ahora les persigan, ahora les prometan, ahora les amenacen, ahora les espanten, ahora les parezca blando, en todo se engaña y quiere engañar*".

Consideremos seguidamente los remedios que Dios ha puesto a nuestro alcance para subyugar las pasiones durante nuestra vida, y con la ayuda divina procuremos aprovecharlas de la mejor manera, al tiempo que nos alcanza muchas gracias y bendiciones.

La mortificación de los sentidos. "*Los que son de Cristo, tienen crucificada su propia carne con las pasiones y las concupiscencias*" (Gálatas 5, 24). Debemos atar y dominar interiormente todos los deseos impuros y desordenados que sentimos en nosotros. Cuidar nuestros sentidos externos que nos ponen en relación con las cosas de fuera y pueden en un momento incitarnos al mal. El sacramento del bautismo nos hizo morir al pecado y nos incorporó a Cristo, con lo cual quedamos obligados a practicar la mortificación.

Así mismo para combatir la curiosidad malsana debemos tener presente que las cosas perecederas que tanto nos llaman la atención no lo merecen, por ser nosotros inmortales. Este mundo va a pasar y sólo una cosa permanece: Dios y el cielo que es la eterna posesión de Dios. Somos administradores de los bienes temporales y tendremos que dar cuenta del uso que hicimos de ellas como el infiel administrador de parábola (Lucas 16). No olvidemos que lo terreno es un medio para legar a Dios y no un fin en sí mismo, por lo que debemos interesarnos por los acontecimientos terrenos pasados y presentes, solo en la medida en que este conocimiento pueda ser puesto al servicio de Dios, para nuestro fin es eterno.

Antes de terminar apuntemos unas cuantas sentencias que nos ayudaran a subyugar las pasiones: no procuremos la estimación desordenada de los demás. Apartemos la inclinación a hablar de nosotros mismos y de nuestros

méritos propios. Intentemos no llamar la atención del prójimo con el lujo y la ostentación. Preocupémonos no fingir en la virtud y adquirámosla sin hipocresías. El más terrible enemigo de la santidad es la soberbia, y lo es doblemente, porque pretende robar a Dios la gloria y porque es fuente de innumerables pecados como la presunción, el desaliento o la simulación.

Por último, recordar que debemos referir todo a Dios, reconociéndolo autor de todo bien y que por ser principio de nuestros actos, debe ser su último bien. Todas nuestras obras deben ser para gloria de Dios, y debemos hacerlas en su nombre. Debemos recordar que nosotros no somos nada y que las cualidades que tenemos proceden de Dios y a Él tienen que dar gloria.

MERECER EL CIELO

Para los católicos ninguna idea debería ser más familiar y más comentada que la meta hacia la cual nos dirigimos desde esta vida terrenal. Pero, lamentablemente, no es así: los hombres y mujeres parecemos haber perdido el rumbo y nos ocupamos de toda clase de cosas y objetos, menos de pensar hacia dónde vamos, sin darnos cuenta de que ya estamos andando en la ruta hacia la eternidad, y que, inexorablemente nos lleva a uno de tres destinos: Cielo, Infierno o Purgatorio

Pensamos, equivocadamente, que la felicidad está aquí en la tierra y la buscamos con una dedicación que más bien debiéramos poner en buscar la felicidad, no en esta vida, sino en la eternidad.

La única felicidad completa, verdadera y definitiva está en el cielo. Por eso la salvación eterna es el negocio más importante que el hombre tiene que realizar en esta vida. Es un problema difícil, pero que a nosotros mismos nos interesa resolver, porque si sale mal nos hundirá para siempre.

Para mejor comprender este negocio es necesario contestar a la siguiente pregunta: ¿Quién nos ha criado y para qué? Dios es el creador de todo, pues "*son tus manos, Dios mío, las que nos han hecho y formado por completo"* (Job 10,8), por ello "*sé que Dios nos hizo y somos de Él*" (Salmo 99,3). Solo Él es nuestro fin esencial, nuestro fin total. Él es la razón de nuestra existencia, el único fin de nuestra vida. No tenemos otra razón de ser que su gloria, "*porque ninguno de nosotros vive para sí, ni nadie muere para sí; que si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos,*

morimos para el Señor. Luego, sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos". (Romanos 14, 7-8). Todo el fin de nuestras vidas es la gloria de Dios, ella es nuestra vida y ella es todo nuestro ser.

"*Oídas todas estas cosas se sigue como conclusión: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre*" (Eclesiastés, 12, 13). Ahí está, como dice San Agustín, expresada concisamente una verdad muy importante: Temer a Dios y guardar sus mandamientos. Esto es el hombre en la tierra y en el cielo, en su vida mortal y en su vida eterna. Porque nosotros tenemos el doble destino del tiempo y de la eternidad; o mejor un único destino compuesto de dos periodos, porque el tiempo prepara la eternidad. Hemos sido creados para vivir un tiempo en este mundo y crecer y desarrollarnos para vivir después sin fin en las moradas eternas poseyendo, en la inmutabilidad de su plenitud, la grandeza que es el periodo del tiempo hayamos preparado.

Dios nos ha creado para conocerlo y amarlo en esta vida, y gozar de Él eternamente en el cielo. Dios nos ha creado por amor, por amor nos ha elevado del orden natural al sobrenatural y por amor nos ha unido a Él con la gracia y con la caridad; por amor quiere que no estemos separados de Él, ni en ésta ni en la otra vida. Por ende, el cielo de parte de Dios no es sino su Amor a nosotros y el premio de nuestro amor a Él.

Precisemos un poco más lo que significa para nosotros el que Dios nos haya elevado al orden sobrenatural. Sencillamente que hemos pasado de ser meras creaturas dotadas de razón y de actividad humana a la dignidad de hijos adoptivos de Dios, donde no basta la razón y la

actividad humana, sino que también es necesaria la revelación e indispensable la gracia. Además, en el orden natural, después de una vida moralmente honesta, habríamos alcanzado una felicidad natural, pero no el cielo, como se puede alcanzar en el orden sobrenatural.

El catolicismo no es otra cosa que el desenvolvimiento y la realización de esta verdad consoladora y fundamental que nos enseña la revelación: la elevación del hombre al orden sobrenatural por medio de la gracia que nos mereció Jesucristo.

Y, ¿qué es la gracia? Nuestra Santa Madre la Iglesia define la gracia como un don gratuito de Dios concedido por los méritos de Jesucristo, por el que nos hace hijos de Dios, capaces de obras meritorias y nos da derecho a la vida eterna.

Efectivamente, los hombres no tenemos ningún derecho o exigencia a nuestra divinización, ya que con toda nuestra actividad humana nunca podríamos merecer superar nuestra naturaleza humana (por mucha dignidad que se empeñen en dar los Derechos Humanos); además Cristo es la única fuente de la gracia, y al unirnos a Él nos hace participes de su naturaleza, es decir nos eleva a la dignidad de la adopción divina, capaces de acciones divinas siempre que realicemos nuestra actividad en gracia de Dios, dándonos derecho a la vida eterna o a merecer el cielo.

En este periodo de prueba, que Dios ha querido concedernos porque nos ama, o sea, porque con un gesto exquisitamente hermoso de amor ha querido que cooperásemos en la adquisición de la felicidad, tenemos que poner de nuestra parte para conquistar el cielo con el amor que profesamos a Dios, observando por amor la ley moral,

amándolo sobre todas las cosas y amando a nuestro prójimo por su amor; y el grado del premio será proporcionado al grado de nuestro amor.

Salvarse es ganar el cielo y para ello hemos de merecerlo sirviendo a Dios y guardando sus mandamientos. Esto cuesta trabajo, porque nuestras inclinaciones al pecado son muy fuertes, y el demonio quiere que nos condenemos con él, razón por la que se alía con el mundo y la carne para pequemos y perdamos la gracia y la dignidad de hijos de Dios. Sin embargo, podemos vencer al demonio y a las pasiones: Todo es posible para el que ora, "*porque no hay nada imposible para Dios*" (Lucas 1, 37).

Si se lo pedimos insistentemente al Señor y a Virgen, si confesamos y comulgamos con frecuencia, procuramos apartarnos de las ocasiones de pecar y cumplimos los mandamientos, será casi cierto que nos salvaremos.

Tenemos en nuestras manos los medios necesarios y suficientes para alcanzar la salvación: quien lo pone convenientemente en práctica se salva.

Para no apartarnos del camino de la salvación, es muy conveniente todos los años hacer Ejercicios Espirituales. Este es uno de los métodos más eficaces para luchar contra el pecado, que es el enemigo número uno y, en cierto sentido, el único que tenemos enfrente y en realidad. Si las pasiones provocadas por el demonio, el mundo y la carne son tan peligrosas y temibles, es únicamente porque vienen del pecado y conducen a él.

Nunca nos pondremos suficientemente en guardia contra el enemigo mortal de nuestra alma, a pesar de que sabemos que el pecado mortal, la trasgresión voluntaria de la Ley de Dios en materia agrave, es quien nos priva de nuestra

dignidad renunciando a la salvación eterna al perder la gracia; perdemos las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo, así como la presencia amorosa de la Santísima Trinidad en nuestra alma que se convierte en morada y templo de Satanás; por último también perdemos todos los méritos adquiridos en nuestra vida pasada.

La forma de recuperar nuevamente el tesoro infinito la gracia perdida por el pecado mortal puede recuperarse, por la infinita misericordia de Dios, en el sacramento de la penitencia o mediante un acto de perfecta contrición, sin más requisito que el sincero deseo de confesarse en cuanto se presente la ocasión.

Es necesario pedir mucho nuestra salvación eterna. Quien pide salvarse con insistencia y de corazón es cierto que se salvará y, por el contrario, quien no lo pide, no se salvará, corrientemente hablando.

Debemos tener confianza plena de que todo lo que Dios hace o permite es en nuestro bien. Todo lo hace por amor y aunque muchas veces no comprendamos sus planes debemos acatarlos como buenos para nuestras almas, pues "*Dios quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad*" (I Timoteo, 2, 4), y nos da las gracias más que necesarias para ello, como nos asegura San Juan: "*Yo he venido para que tengan vida y vida sobreabundante*" (Juan 10, 10), es decir, que nos da gracia más que suficiente para salvarnos, y si no nos salvamos es porque no queremos.

Este es un gran misterio: Dios nos ha dotado de libertad para que elijamos y por su gracia merezcamos el cielo en la medida que pongamos de nuestra parte. Si no queremos colaborar, la culpa será exclusivamente nuestra, tal y como

nos dice San Agustín: “*El que te creó sin ti, no te salvara sin ti*”. Claro ejemplo de ello es la máxima atribuida a San Juan de Dios que invoca de este modo: “*Reza consciente de que todo viene de Dios, y trabaja como si todo dependiese de tí, pero que todo tu trabajo se convierta en oración, y que tu oración te cueste trabajo*”. El binomio “gracia-cooperación” es inseparable y evidente. Para alcanzar la vida eterna es condición indispensable nuestra libre cooperación bajo la moción e influjo de la divina gracia.

Para alentarnos a vivir esta cooperación con la gracia y con objeto de responder al plan de Dios en nuestras vidas, debemos pedirle ayuda muy específica para que nos esforcemos al máximo de nuestras propias posibilidades y capacidades. Supuesta la gracia, nuestra respuesta no puede ser mediocre. Ciertamente no podemos aspirar con soberbio o presunción a algo que supere nuestras capacidades y posibilidades, pero tampoco podemos aspirar a menos. ¡No dar lo que uno dentro de los amorosos designios divinos está llamado a dar sería una gran injusticia, para con uno mismo y para con los demás! Por tanto, con humildad, procurando un recto conocimiento y aceptación de nosotros mismos, cada cual debe aprender a conocer sus propios límites, pero también sus verdaderas capacidades y posibilidades.

Los falsos límites del mínimo esfuerzo que muchas veces nos ponemos obedecen más a miedos, temores, vanidades, flojeras, mezquindades y mediocridades, etc. Son esos "límites " los que irán cayendo en la medida en que mantengamos una actitud del “máximo esfuerzo” por responder a lo que Dios nos pide en el día a día. Lo que somos capaces de hacer, lo que es posible que hagamos sostenidos por la gracia, sólo lo descubriremos en la medida

en que pongamos lo mejor de nosotros mismos en cada cosa que realicemos, y dejar apartadas las preocupaciones de si podremos o no cumplir con los talentos que se nos han dado.

De otro lado debemos tener cuidado de no caer en el "vano perfeccionismo", de los que viven siempre entristecidos o tensos en exceso por no haber realizado las metas que "deberían realizar". Se hace necesaria una dosis de humildad, que es "andar en verdad" también sobre las propias capacidades y posibilidades, y el recurrir al consejo de personas prudentes para hacer un recto discernimiento sobre lo que pretendemos realizar y sobre el juicio que hemos de hacer sobre nuestros esfuerzos.

En general debemos decir que, en el esfuerzo por responder al Plan de Dios, a la gracia y a los dones recibidos, hemos de aspirar a dar siempre más, no siempre menos. Sólo así podremos crecer hasta alcanzar la perfección en la caridad. Sólo así podremos alcanzar la estatura que el Señor nos ha marcado. Sólo así podremos, por obra de la misma gracia divina, llegar a ser lo que estamos llamados a ser: "*santos e irreprensibles delante de É, y en el amor*" (Efesios, 1,4).

Sentadas las bases de nuestra cooperación con la gracia para merecer el cielo, aclaremos, lo que para muchos es incomprensible: ¿Por qué ha dejado Dios nuestra salvación en nuestras manos? Él podría haber elegido otro orden de cosas para que nadie se condenase. Efectivamente, sí, pero Él, en su infinita sabiduría nos creó esencialmente racionales, y por ello necesariamente libres. Ahora bien, el ser libre implica autodeterminación en la elección del bien y del mal, por lo tanto, nos hace responsables. La libertad, por tanto, es la que hace posible el mérito necesario para la

salvación, y al mismo tiempo la culpabilidad del mal que lleva a la condenación. Si Dios suprimiera la libertad, suprimiría al hombre.

Dios nos llama a todos a la salvación; pero al igual que la muerte de Nuestro Señor Jesucristo nos redimió "a todos" los hombres, solo "muchos" se aprovecharán de ella para salvarse, porque depende de la respuesta libre y personal de cada uno de nosotros, y Dios respeta nuestra libertad. Resumiendo: Sin libertad no hay mérito, sin mérito no hay salvación y sin salvación no hay cielo.

En sí mismo ¿qué es el cielo? Lograr una descripción adecuada de lo que es el Cielo, con nuestras limitadas categorías humanas de ideas y lenguaje en nuestras coordenadas de tiempo y espacio, es imposible. San Pablo, quien según sus escritos pudo vislumbrar el Cielo, sólo puede referir que "*oyó palabras inefables que no es dado al hombre expresar... ni el ojo vio, ni el oído escuchó, ni el corazón humano puede imaginar lo que tiene Dios preparado para aquéllos que le aman*" (II Corintios 12, 2-4 y 1 Corintios 2,9).

El Cielo es una de las opciones que el ser humano tiene para la otra vida. En realidad, es la opción para la cual fuimos creados, pues Dios desea comunicarnos Su completa y perfecta felicidad, que además es eterna, es decir, para siempre, llevándonos al Cielo, la patria hacia la cual caminamos, nuestro verdadero hogar, el sitio de la felicidad perfecta y total.

Así es el Cielo: indescriptible, inimaginable, insondable, inexplicable, para el ser humano, pues somos limitados para comprender y describir lo ilimitado de Dios, y el Cielo es básicamente la presencia de Dios en forma clara, y como

acabamos de decir toda representación del Cielo resulta siempre inadecuada. También resulta difícil imaginar cómo es Dios y los beneficios que nos traerá verlo, "*no como ahora que miramos en un enigma, a través de un espejo; más entonces veremos cara a cara*" (I Corintios 13,12) y el amor que nos unirá a Él por toda la eternidad.

Sí, ahora solamente podemos contemplar el enigma de Dios por el espejo de nuestra fe, perfeccionada por el amor y sostenida por la esperanza. ¿Cómo podríamos de otra manera ver las realidades espirituales con los ojos de la carne, de una carne caída que no sólo es ajena al espíritu, sino que le es contraria? De ahí el inmenso valor de la fe, y el gran mérito que Dios le atribuye cuando es verdadera, haciendo que nos sea imputada como justicia.

Otra manera posible de imaginarnos lo maravilloso que es el cielo es la de pensar que, al morir, se nos despoja del cuerpo, que es el peso que nos ata a la tierra. Y, entonces, dejamos todo lo que es físico, orgánico: enfermedades, cansancios, dolores, achaques, etc. Adicionalmente queda atrás todo lo desagradable que hemos pasado en la tierra: malestares, penurias, agravios, persecuciones, dolores, enfermedades, inconvenientes, aflicciones, obstáculos, maldades, desagrados, contrariedades, rivalidades, competencia, tribulaciones. En una palabra: queda atrás todo sufrimiento.

Y allí "*vuestra tristeza se convertirá en gozo*" (Juan 16, 20), porque el alma sentirá instantáneamente un consuelo, una reparación y un desagravio a sus sufrimientos terrenos.

El gozo del Cielo es un gozo de Amor: el amor más grande que podamos sentir, pues es el Amor Infinito de Dios. Amaremos a Dios con todas nuestras fuerzas y Él nos

amará con Su Amor que no tiene límites. Será como la fusión de nuestra vida con la Vida de Dios, que nos atraerá hacia Su Amor en forma infinita.

Es un océano de gozo, que llena por completo las profundidades del alma y satisface por completo las aspiraciones del corazón, sin que se pueda desear o necesitar absolutamente nada más y que nos sumergirá en el mar de la Trinidad, haciéndonos ver como Jesucristo nos une a Él en esta vida con el constituimos un cuerpo místico, convirtiéndonos así, por esta incorporación, en hijos adoptivos de Dios. Unidos a Cristo conoceremos al Padre y lo amaremos, no ya con un conocimiento y un amor meramente humanos, sino con el conocimiento del Verbo y con el Amor del Espíritu Santo.

En el cielo amaremos a Dios con un amor intensísimo, embelesados por todas sus cualidades, que son perfectas, maravillosas e infinitas. Ese amor que sentiremos, atraídos por Su Amor, será siempre correspondido perfectísimamente por Él, sin las desilusiones propias del amor humano, con Su ternura infinita y en la intimidad más dulce que podamos imaginar. Distinto a como son los amores humanos, ese gozo será de una plenitud siempre nueva, de una novedad constante que no cesa jamás. Y, además, ese Amor durará para siempre, siempre, siempre.

El cielo que hemos de merecer es, pues, el conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno. El Cielo es el cumplimiento del "*entra para siempre en el gozo de tu Señor*" (Mateo 25, 21).

EVITAR EL INFIERNO

El Papa Pío XII decía que el mayor pecado de nuestro tiempo es que los hombres han perdido el sentido del pecado. Efectivamente, el hombre de hoy parece no tener una clara conciencia de lo que es el pecado, y vive sin importarle y sin preocuparse de que los pecados son las malas acciones que absolutamente deben evitarse.

El hombre hasta hace poco, de manera natural, estimaba su propia conducta como conveniente o inconveniente desde el punto de vista del bien moral.

La conciencia era para el hombre quien le hacía asumir la responsabilidad de los actos realizados. Era como un testigo de la verdad universal del bien, y al mismo tiempo de la malicia de su acción concreta. El veredicto de dictamen de su conciencia constituía la garantía de esperanza y de misericordia, porque al hacer patente la falta cometida recordaba el perdón que se había de pedir.

La faltar la conciencia, mejor dicho, el no querer saber nada de la conciencia, hace al hombre perder su derecho a obedecer su dictamen y consecuentemente a reconocer el pecado. He ahí el mayor pecado.

Al no reconocerse pecador, el propio hombre corta en su pecado el hilo directo con la vida y da la muerte de su alma. Y así como la enfermedad debilita y destruye el cuerpo, así el pecado es aquel cáncer espiritual que debilita y mata la vida del espíritu.

El pecado comporta el rechazo de la recta razón, es decir, el rechazo de la verdad, y el rechazo del amor de Dios que nos indica cuál es nuestro verdadero bien. Directa o indirectamente es desprecio de Dios y de su amor, a causa

de un apego perverso a ciertos bienes. Hiere la naturaleza humana y atenta contra la solidaridad humana.

El pecado, en definitiva y a pesar de la falta de conciencia, es un acto moral malo, y por eso mismo es una ofensa a Dios, puesto que va contra el amor que Él nos tiene, y aparta de Él nuestros corazones.

Como el primer pecado, es una desobediencia, una rebelión contra Dios por el deseo de hacerse "*como dioses*", pretendiendo conocer y determinar el bien y el mal (Génesis 3,5). El pecado, nos dice San Agustín, es así "*amor de sí hasta el desprecio de Dios*". Por esta exaltación orgullosa de sí, el pecado es diametralmente opuesto a la obediencia de Jesús que realiza la salvación.

El pecado, ya sea de pensamiento, deseo, palabra, obra u omisión, es una transgresión de la ley de Dios y el rechazo del verdadero bien del hombre. Quien peca rechaza el amor divino, se opone a la propia dignidad de hombre llamado a ser hijo de Dios y hiere la belleza espiritual de la Iglesia, de la cual todo cristiano debe ser piedra viva.

Cuando el pecado es grave en su sentido más pleno, esto es cuando se transgreda la Ley eterna de Dios en materia grave, con plena advertencia y consentimiento deliberado, es decir, voluntariamente, se le llama mortal porque separa de Dios, que es la bienaventuranza eterna, haciendo perder la gracia santificante, que es la vida del alma, y conduce al infierno.

El hombre, como sabemos, tiene como fin la santidad y hacia ella debemos tender con nuestros actos y determinaciones, pero si el camino le torcemos por el pecado, se nos priva de los méritos adquiridos y se nos impide todo crecimiento espiritual al hacernos esclavos del

maligno por lo que se nos separa del cielo y si no se rectifica se nos conduce a la muerte eterna en el infierno.

Alexander Pope dijo que "*errar es humano, perdonar es divino, rectificar es de sabios*", y añadimos que aprender de ello, lo más importante. Ese aprender, cuando se está caído, implica levantarse para luchar contra todo aquello que nos aparta del único fin verdadero, esto es dolernos de haber ofendido a Dios, el arrepentimiento sincero de estar separado de Dios y pedirle el perdón de nuestras culpas, con la intención de no volver jamás a transgredir su ley.

El arrepentimiento y la buena confesión llevan implícito buscar la voluntad de Dios y no la propia. ¿Y cuál es la voluntad de Dios? La respuesta nos la da San Pablo en la I Carta a los Tesalonicenses, en capítulo 4, versículo 3: "*la voluntad de Dios es vuestra santificación*".

Qué bien suena en nuestros oídos que la voluntad de Dios sea nuestra santificación, y es que la voluntad de Dios al igual que su entendimiento es su propio Ser, su querer: Dios quiere salvarnos.

Si leemos la sagrada Escritura, encontraremos pruebas con abundancia de que, en toda la historia de la salvación, Dios está siempre demostrando la acción permanente e incesante de su Voluntad. El libro del Génesis 1,3, nos presenta al Señor en su supremo ejercicio dinámico de Voluntad creadora: "*Dijo Dios: Hágase la luz. Y la luz existió"*. Y así lo dijo de todas las cosas. Y todas oyeron y cumplieron su voluntad.

En el huerto de los olivos, dijo Cristo: "*Hágase tu voluntad, no la mía*" (Lucas 22, 42).

El primer *fiat* fue un acto de imperio de la voluntad divina, inmensamente glorioso. El segundo fue un acto de

sometimiento de la voluntad humana de Cristo a la de su Eterno Padre; acto penosísimo, porque si bien crear el mundo no le costó nada, salvar al mundo costó a Cristo la vida.

Es ahí, en ese acto de dolor donde a la mayoría de los hombres no cumplen la voluntad de Dios, porque es costosa a la propia naturaleza humana. Es decir, queremos hacer la voluntad de Dios, pero sin arriesgar lo más mínimo, puesto que sabemos que ello implica aceptar de buen grado las amarguras, penas y adversidades cotidianas.

Sin embargo, si verdaderamente queremos hacer la voluntad de Dios, hemos de pedírsela confiada y regularmente rezando, sin marginaciones, "*hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra*", comprometernos, en la propia petición a querer que se cumpla siempre su voluntad. Es decir, debemos querer hacer la voluntad de Dios, arriesgando en ello, si preciso fuera, la aceptación total con todas sus consecuencias. No es imperfección sentir repugnancia a hacer la voluntad divina, cuando hacerla es costoso a la propia naturaleza, como no lo fue en Cristo.

Hacer la voluntad de Dios es permitir voluntariamente que Él viva en nosotros, de tal suerte que seamos la expresión total de su vida. Un cuerpo presentado a Dios para su uso exclusivo, es acceder a ser su templo, sin que jamás nos fuerce a hacerlo. "*Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios en un culto espiritual vuestro, Y no acomodéis a este siglo, antes transformaos, por la renovación de vuestra mente (*que Jesús llama nuevo nacimiento*), para que experimentéis*

cual sea la voluntad de Dios, que es buena y agradable y perfecta" (Romano 12:1,2).

En este contexto hacer la voluntad de Dios significa simplemente aceptar ser sus hijos adoptivos. Hágase, hágase.

Ya hemos dado el primer paso para evitar el infierno.

Ahora, sabiendo que, como seres humanos, siempre tendremos tendencia a pecar debido a que somos pecadores, si queremos evitar el infierno hemos de luchar contra el pecado resistiendo hasta la sangre el asedio de sus engaños para rodearnos y atacarnos en nuestra mayor debilidad para destruirnos.

La lucha contra el pecado ha de ser una lucha a muerte, "*por tanto*, nos aconseja el Apóstol, *haced morir los miembros que aún tengáis en la tierra: fornicación, impureza, pasiones, la mala concupiscencia y la codicia, que es idolatría*" (Colosenses 3,5).

Y también ha de ser una lucha de por vida, puesto que el pecado es perverso y no ceja un solo instante en encontrarnos descuidaos. Es una pelea que no terminará hasta que estemos definitivamente con Dios.

Como en toda lucha debemos preparar nuestro ejército, teniendo como comandante Jefe al Espíritu Santo, "*porque si vivimos según la carne, habéis de morir; más si por el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis*" (Romanos 8:13).

Teniendo al Espíritu Santo viviendo en nuestro templo tomará el control de las acciones, de nuestra mente y de nuestro cuerpo, dirigiéndonos por el camino de la santidad. Él es nuestro más fiel aliado en las batallas.

Al igual que el guerrero se viste con su aradura, nosotros "*hemos de tomar la armadura de Dios, para poder resistir en el día malo y habiendo cumplido todo, estar en píe*", tal y como nos propone San Pablo en Efesios 6,13. Incluyendo un cinturón de la verdad como es el conocimiento de las verdades de Cristo; la coraza de justicia, que Dios nos otorga con su sangre; el calzado evangélico con el que debemos caminar siempre; el escudo de la fe que nos hará poner nuestra confianza en Dios ante las dificultades; el casco de salvación, esto es, manteniendo siempre la cabeza en lo que Cristo hizo en la Cruz; y finalmente la espada del espíritu o la Palabra de Dios que no debe faltarnos nunca cuando atacamos al enemigo.

Quien desea evitar el infierno es porque quiere salvarse, y no hay nada mejor que acercarse constantemente a los Sacramentos de la Confesión y de la Comunión, buscar con todos los medios huir de las ocasiones próxima al pecado. No sometas a prueba tu fuerza, recuerda que "*quien ama el peligro en él se perderá*" (Eclesiastés 3, 27).

En este evitar el infierno no hay que olvidar que no podremos hacerlo sin que Dios nos dé el poder de evitarlo. Y esa gracia no nos la da el Señor para que abusemos de ella como licencia para pecar, ni para endurecernos el corazón sino para que perseveremos.

La perseverancia es una virtud adjunta a la fortaleza, que inclina a permanecer en el ejercicio del bien, a pesar de las molestias que ocasione su prolongación. La perseverancia hace permanecer inmóvil e inquebrantable en la práctica de la virtud un día y otro día, sin desfallecer jamás. Hace vencer las dificultades que provienen de la prolongación de la vida virtuosa.

Su función es soportar la duración en los actos, practicando la firmeza en las dificultades procedente de la duración. Cuando esta es larga modera el temor a la fatiga o al desfallecimiento y proporcionándonos fortaleza de ánimo. Como hábito sobrenatural es inseparable de la gracia santificante, razón por la que cuando se pierde la gracia, se pierde la perseverancia, juntamente con todas las demás virtudes.

Como bien sabemos el hombre se basta a sí mismo para caer el pecado; en cambio, no puede por sí mismo levantarse de él sin la ayuda de la gracia. Por lo que si el hombre peca, en lo que depende de él, persevera en el pecado, a no ser que sea liberado por la gracia de Dios. En cambio, por el hecho de hacer el bien no se adquiere la perseverancia en el bien, porque de suyo el hombre puede pecar.

Como vemos necesitamos el auxilio de la gracia para perseverar, porque lo difícil no es comenzar a ser mejores, sino la continuidad constante hasta finalizar. Y esa continuidad inmutable es la que debemos pedir sin cesar porque "*ninguno que pone la mano al arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios*" (Lucas 9, 65). Y es que como dice San Bernardo: "*a los que empiezan se les promete el premio, pero no se da sino a los que terminan*".

La característica más importante de la perseverancia es el proseguir hasta el término, has rematar lo comenzado, al igual que el soldado ha de luchar hasta el final del combate, hasta lograr la victoria final. No existe la perseverancia si el acto de perseverar no es consumado.

La perseverancia es fruto de la oración, porque es a través de la oración que el alma recibe la ayuda

indispensable para resistir a los asaltos de los enemigos del alma.

En su libro "El gran medio de la oración", San Alfonso escribe: "*Quien reza se salva, quien no reza se condena*". Y continúa diciéndonos: "*Sin oración, cosa muy difícil es que nos podamos salvarnos. Con la oración, la salvación es segura y fácil porque, en efecto, ¿qué se necesita para salvarnos? Que digamos: Dios mío, ayudadme; Señor mío, amparadme y tened misericordia de mí. Esto basta. ¿Hay cosa más fácil? Pues repitámoslo, que si lo decimos bien y con frecuencia (*si perseveramos*) esto bastará para llevarnos al Cielo. Pensemos que, si no rezamos, ninguna excusa podremos alegar, porque Dios a todos da la gracia de orar. Si no nos salvamos, culpa nuestra será. Y la causa de nuestra infinita desgracia será una sola: que no hemos rezado".*

A fin de cuentas, la gracia de la salvación eterna no es una sola gracia; es más bien una cadena de gracias, y todas ellas unidas forman el don de la perseverancia. A esta cadena de gracias ha de corresponder otra cadena de oraciones, si es lícito hablar así, y, por tanto, si rompemos la cadena de la oración, rota queda la cadena de las gracias que han de obtenernos la salvación y estaremos fatalmente perdidos.

Santo Tomás de Aquino explica que no es necesario rezar para que Dios conozca nuestras necesidades, sino para que nosotros lleguemos a convencernos de la necesidad que tenemos de acudir a Dios para alcanzar la salvación.

De todo lo anterior concluimos que para evitar el infierno debemos odiar el pecado, desterrarlo de nuestra vida, luchar contra todo tipo de mal que tengamos en

nuestro corazón. Y si nos hubiésemos alejado de la casa del Padre, donde está la luz, el calor, la seguridad, la alegría y el amor, levantémonos como el hijo pródigo del evangelio (Lucas 15, 11 ss) y arrepentidos de los pecados, confesémoslos, para que limpios de corazón nos aprovechemos de las gracias de la Santa Misa y de la Comunión y de las oportunidades de conseguir indulgencia plenaria.

Hagamos siempre la voluntad de Dios y recemos, recemos y recemos para conseguir la perseverancia final.

MEDITAR EN LA ETERNIDAD

Cuando un hombre se pone en presencia de Dios, descubre, quiéralo o no, que las cosas que en su opinión lo hacían tan diferente de los hombres de otras épocas, o de sí mismo en tiempos anteriores, se han desprendido de él. Vuelve a estar donde había estado siempre, donde siempre está el hombre. No nos engañemos. Ninguna complejidad posible que podamos dar al universo puede escondernos de Dios: no hay soto, ni bosque, ni jungla suficientemente espesos para ocultamos. En el Apocalipsis leemos de Aquél que está sentado en el trono: "*de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra"*. A cualquiera de nosotros puede ocurrirnos en cualquier momento. En un abrir y cerrar de ojos, en un momento demasiado pequeño para ser medido y en cualquier lugar, todo lo que lo que parece separarnos de Dios puede desaparecer, esfumarse, dejarnos desnudos ante Él, como el primer hombre, como el único hombre, como si no existiera nada salvo Él y yo. Y en ese preciso instante lo que siempre hemos estado buscando, las respuestas básicas de la vida: ¿De dónde vengo?, ¿a dónde voy?, ¿qué es el tiempo?, ¿qué es la muerte?, ¿qué es la eternidad?, tiene por fin una explicación.

Para llegar a ella, nuestro espíritu, previamente ha de ponerse ante la presencia de Dios, y hacer con Él como un contacto inevitable durante un tiempo, corto o largo, pero suficiente para que a la luz del Espíritu Santo poder comprender el porqué y el cómo de esas preguntas básicas de nuestra vida cristiana.

Y así, en ese contacto, tras hacer intervenir al entendimiento, la imaginación, la emoción y el deseo de la

bienaventuranza, profundizar en las convicciones de fe, suscitando la propia conversión del corazón a la manera de algo desbordante que hace aparecer nuestra voluntad de seguir a Cristo, de conocerlo más y más y desear la unión con Él para aprender a quererlo. Ese es el primer y el gran mandamiento.

De igual forma y con misma preparación, debemos adentrarnos, sin miedo y con más frecuencia, en nuestro interior para dar respuesta a los interrogantes fundamentales de nuestra existencia.

Como bien sabemos el hombre ha sido creado por Dios y para Dios. Es esta una verdad que San Agustín concisa así: "*Tú nos has hecho para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti*". Efectivamente todos vamos peregrinados en esta vida, y elegimos el camino por nuestro libre albedrío, lo que hace que algunos se olviden del fin para el que han sido creados y corran contra reloj para llegar a tiempo a hacer un pingüe negocio o para alcanzar mayor poderío e influencias, sin acordarse de que en el Antiguo Testamento señala con frase lapidaria el punto de destino de todos nosotros: "*El hombre se va a la casa de su eternidad*" (Eclesiastés 12,5).

Efectivamente, al abandonar el alma al cuerpo inexorablemente irá a la eternidad. Más notemos que esa eternidad puede ser feliz o desventurada, según la propia elección que hagamos en el tiempo de nuestra vida.

Aquel que, antes de morir, arrepintiéndose de sus pecados se confiesa y vuelve a Dios, se halla a sí mismo recuperando la paz y la esperanza con la plena seguridad de alcanzar y gozar eternamente las promesas de Nuestro señor Jesucristo.

En tanto que quien se aleja voluntariamente de su Creador, aunque solamente sea por un minuto de disfrute pasajero y pertinazmente permanecer obcecado en el pecado, acarrea para sí la desgracia y la desventura humana del castigo eterno, ya que, al terminar su tiempo de vida, al morir, se emboca en el infierno para toda la eternidad.

Para comprender lo que es la eternidad, cualidad de lo eterno, según nuestras coordenadas humanas lo que tiene de decisivo y esencialmente interno, no es la falta de principio y de fin, esto es, la duración, sino la reunión de todo en un solo punto, es algo distinta de la duración finita, aunque si bien implique también en cierta manera la duración. La eternidad significa, en el fondo, lo inconmensurable sin devenir ni crecimiento, sin antes, ahora y más tarde. Por consiguiente, el tiempo y la eternidad son cosas que se excluyen mutuamente. La expresión "tiempo eterno" encierra en sí un contrasentido.

Y, además, debido a nuestro modo de pensar, esencialmente temporal, la existencia de la eternidad se presenta para nosotros bajo la forma de duración infinita, a causa de su inmutabilidad, es decir, hablando en un lenguaje menos estricto, más mundano o de andar por casa, entendemos por "eternidad" lo que tiene una duración infinita y sin fin.

Cuando hablamos del castigo eterno, nos estamos refiriendo al infierno, dado que si tuviera fin no sería infierno. Veamos lo que representa esta afirmación a la luz de un ejemplo. Consideremos un castigo que no sea muy grande, como una llaga que no se le cierra y por la que siente un activo dolor, pero si al cabo de un cierto tiempo se le cierra se termina el tormento y no sería sino una anécdota a

contar. Pero si el dolor dura meses, incluso años, se hace insoportable. Este mismo ejemplo vale para los placeres y diversiones en exceso, puesto que una juerga, un concierto o un evento selecto tuviésemos que participar sin interrupción durante horas y horas, se convertiría en rutina, ocasionándonos una monotonía insufrible. ¿Y si en lugar de horas y horas tuviésemos que aguantarla un mes o un año? Es más, ¿y si como sucede en el infierno, que no es precisamente una juerga, concierto o evento distinguido, ni leve llaga, sino el conjunto ¡de todos los males, de todos os dolores, no en tiempo limitado, sino por toda la eternidad, sin fin? "*Y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos*" (Apocalipsis 20, 10).

El infierno no es una fábula, sino una tremenda realidad, que no podemos poner en duda, puesto que es dogma de fe, una verdad revelada más de veinte veces en la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como con más claridad en el Nuevo Testamento. Amén de que también la otra fuente de la revelación, la Tradición, nos dice que las almas de los que mueren en pecado mortal van al infierno, lugar, pues, de eterna desdicha en el que se hallan las almas de los réprobos.

La eternidad es la ausencia del tiempo, cuando se entra en ella, no es por unos años o siglos, sino para siempre. Y para siempre jamás. Parece una afirmación dura y en los tiempos subjetivos que corremos suenan a intolerancia, intransigencia, fanatismo e inmisericorde. No faltan ignorantes que dicen: Nadie ha venido del otro mundo a enseñarnos que existe el infierno. A tales limitados les decimos que se equivocan, porque vino el mismo Jesucristo, la Palabra de Dios hecho hombre quien nos dejó claro la

existencia del infierno cuando en el Evangelio dirigiéndose a los impíos dijo: *"Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno… y éstos irán al suplicio eterno"* (Mateo 25, 41-46)

Para hacernos una idea de la eternidad, aunque sabemos que no hay reloj que la mida, ¿cuál es su duración? ¿Cien años, mil años? Pero, ¡cómo qué años! ¿Entonces siglos? Pero ¡qué siglos! ¿Hasta cuándo entonces? Para siempre.

La eternidad es una "duración" sin principio, ni fin, ni sucesión, ni mutación…es atributo exclusivo de Dios. Es, pues, el modo de ser de Dios. En virtud de ella, Dios es esencial e internamente distinto de las criaturas. Hay que distinguirla de la eviternidad, propia de los ángeles y de las almas racionales, que tuvieron principio y no tendrán fi.

En Dios no hay pasado ni futuro. Dios no vive ni de recuerdos ni de esperanzas. En Él no hay más que un "hoy" siempre actual, un presente inmutable. Hay que tener en cuenta en esta última expresión, que está tomada de nuestro modo de pensar, esencialmente temporal. No nos podemos formar idea alguna de la eternidad como no sea con la ayuda del concepto de tiempo, puesto que vivimos y pensamos necesariamente en la categoría del tiempo. Juventud y edad madura, principio y fin son en Dios cosas idénticas. Dios es eternamente joven y eternamente viejo. Fuerza y madurez, originalidad y serenidad se hallan en Él en un estado de perfecta y absoluta armonía.

La eternidad, como forma de ser, no significa, en el fondo, sino inconmensurable plenitud del ser y de la vida, con simplicidad suprema, sin devenir ni crecimiento, sin pasado, presente y futuro.

Meditar en la eternidad seriamente ha de llevarnos a descubrir algo que está impreso en nuestros corazones,

aunque no se quiera muchas veces que aflore en nuestras vidas: el amor a Dios. Y en la eternidad ese amor puede ser de unión en el cielo o de separación y ausencia en el infierno.

TAL VEZ SUFRIR LA MUERTE

"¡Hombre, acuérdate que polvo eres y que al polvo volverás!" (Génesis 3,19). La imposición de las cenizas nos recuerda que nuestra vida en la tierra es pasajera, y que dese que somos concebidos en el vientre de nuestra madre, somos por definición, mortales. Nacer es comenzar a caminar hacia la muerte.

Muchos han salido ya de este mundo, y son millones y millones de hombres de toda clase y condición: Papas, reyes, obispos, príncipes, sabios y plebeyos…, quienes un día parieron en un viaje. Apenas dieron el último suspiro, sus almas dejaron sus cuerpos, pasaron aquellas a la eternidad y estos al polvo.

Profunda enseñanza: Lo propio de toda creatura es el no ser por sí misma. En el momento en que el Creador deja de sostener lo que creó, automáticamente volvemos a la nada.

Pensemos que, dentro de pocos años, quizás dentro de pocos meses o días no seremos sino un cadáver, el despojo de un difunto, polvo que se lleva el viento.

Es importante que recordemos que al principio cuando Dios creo al hombre, la muerte no existía, es decir, que todos los hombres estábamos destinados a vivir para siempre, eternamente en el Paraíso. Después, el hombre usó mal de la libertad que Dios le había regalado, y al desobedecerlo entró la muerte en el mundo.

Desde entonces vivimos normalmente un determinado número de años, sufriendo, como todo el mundo, algunas enfermedades pasajeras. Pero un buen día, descubrimos que una enfermedad terminal se ha adueñado de ese cuerpo tan fiel, tan duradero, tan útil, y empezamos a desmoronarnos

irremediablemente. Y después de muchos o pocos cuidados, en un plazo más o menos corto, morimos.

O bien puede suceder que, estando perfectamente sanos, caemos fulminados por un paro cardíaco o perecemos víctimas de un accidente fatal, y nuestra vida es arrebatada.

La realdad es que estamos condenados a morir, porque con el pecado además de perderse la vida sobrenatural, se perdió el verdadero sentido de la existencia humana. Aunque la muerte es un hecho, nuestra inteligencia se da cuenta de que el alma no muere porque es de orden espiritual y no se puede corromper. Pero sin el cuerpo, ¿a dónde va el alma? El máximo enigma de la vida humana es la muerte. Los hombres sufriremos con el dolor y con la disolución progresiva de sus cuerpos. Pero nuestro máximo tormento será el temor por nuestra desaparición perpetua. Juzgamos con instinto certero cuando nos resistimos a aceptar la perspectiva de la ruina total y de un adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí llevamos, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte. La Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que los hombres hemos sido creados por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre.

A todos los hombres nos costará morir, a todos, incluso a quienes tenemos fe; porque la muerte implica un desgarramiento substancial, un cambio más profundo a nivel natural de la persona como es la separación del alma y del cuerpo. Costará porque el alma apetece vivir en el cuerpo, en su propio cuerpo, porque ha sido hecha para vivir con él. Pero junto a ese dolor a la hora de la muerte, puede haber otro rasgo añadido, el temor. Pero ¿quién es sujeto de temor?, ciertamente no lo tendrán los esforzados por vivir

según la voluntad de Dios, sino quienes saben, sospechan o deben algo por el mal que ha hecho, porque sabiendo cual es la voluntad de Dios no quieren vivirla sino que ponen su corazón en lo terreno, buscando fama dinero, poder, placer…Lo más curioso es que, sabiendo que todo acabará el día en que mueran, se empecinan en amar la vida de este mundo y poco la del otro, razón por lo que temen a la muerte.

Pero no es solamente esa la razón de su temor, sino que también temen a la muerte porque saben que, habiendo nacido para vivir según la vida de gracia, al cometer un pecado o llevar una vida al margen de Dios, sospechan que están malogrado sus vidas, y consiguientemente que la muerte será como un aborto de la vida que deberían vivir para siempre. En cambio, quienes han puesto su confianza en Dios, saben que la muerte precisamente es el principio de la vida eterna y que nada han de temer. Para ellos es el fin: para nosotros, el principio. Lo definitivo es morir en estado de gracia y, para eso, vivir habitualmente en esa situación, porque sólo se muere una vez y el premio o castigo eterno depende de ese momento.

Se ha dicho repetidas veces que la muerte es maestra la vida; paradójicamente muchos aprenden a vivir justamente cuando termina la vida, es entonces cuando se dan cuenta que su permanencia en la tierra era única y exclusivamente para obedecer a Dios y ganar el cielo. La principal lección de la muerte es que enseña a vivir. ¡Cuántos al ver la muerte de cerca, bien sea de un familiar o bien de un amigo, descubren el sentido de sus vidas!

Algunos que no viven como Dios quiere, esperan un suceso extraordinario, como por ejemplo que resucite un

muerto para cambiar de vida, pero ni aun así cambiarían de vida, porque el que no quiere creer no quiere. Acordémonos de la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro, además de mostrarnos la existencia del Cielo y del infierno como lugares absolutamente distintos y distantes, nos instruye de cómo Epulón, viendo que él se había equivocado y que ya no tenía remedio, intenta que Lázaro vaya a advertir a sus hermanos para que aprendan a vivir, porque si alguno de los muertos va a ellos, harán penitencia, pero la respuesta que escucha es: "*Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se convencerán aunque uno de los muertos resucite*" (Lucas 16, 27-31).

La muerte, situación límite e inicial, provoca en los familiares y la comunidad cristiana un clima muy complejo. El cuerpo del muerto genera preguntas, cuestiones insoportables. Nos enfrenta ante el sentido de la vida, como acabamos de ver, al tiempo que causa un dolor agudo ante la separación y el aniquilamiento. Todo el que haya contemplado la dramática inmovilidad de un cadáver no necesita definiciones de diccionario para constatar que la muerte es algo terrible y paradojamente de gozo, según se haya vivido y preparado para morir.

Ese ser querido, del que tantos recuerdos tenemos, que entrelazó su vida con la nuestra, es ahora un objeto, una cosa que hay que quitar de en medio, porque a la muerte sigue la descomposición. Hay que enterrarlo. Y después del funeral, al retirarse de la tumba, muchos piensan como Gustavo Adolfo Bécquer: "¡*Qué solos y tristes se quedan los muertos*!", en tanto que otros recordamos las palabras pronunciadas en la misa de difuntos: "*La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y al*

deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el Cielo".

La vida de los que creemos en Dios, no termina, se transforma; y al deshacerse nuestra mansión terrenal, adquirimos una morada eterna en el Cielo.

La muerte no es el fin de la vida, sino el comienzo de la Verdadera Vida. Para los que mueren en Dios, la muerte es un paso a un sitio mejor, mucho mejor que aquí. Muchos tienen miedo a ese momento, pero, como hemos apuntado antes, no hay que pensar en la muerte con temor. La muerte no es tropezarnos con un paredón donde se acabó todo. Es más bien el paso a través de esa pared para vislumbrar, ver y vivir algo inimaginable.

Para San Juan Crisóstomo la muerte era como la llegada al sitio de destino de un viajero, esto es, "*la muerte es el viaje a la eternidad*", y también hablaba de la muerte como el cambio de una mala posada, un mal cuarto de hotel (esta vida terrena) a una bellísima morada. "*Morada*" es la palabra que usa el Señor para describirnos nuestro sitio en el Cielo. "*En la Casa de mi Padre hay muchas moradas; y si no, os lo habría dicho, puesto que voy a preparar lugar para vosotros. Y cuando me haya ido y os haya preparado el lugar, vendré otra vez y os tomaré junto a Mí, a fin de que donde Yo estoy, estéis vosotros también*" (Juan 14, 2-3).

Esta visión realista de la muerte nos la muestra claramente también la Iglesia cuando el sacerdote reza en el prefacio de la misa de difuntos: "*La vida de los que en Tí creemos, Señor, no termina, se transforma; y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una morada eterna en el Cielo*".

Por eso, para los católicos, la muerte no tiene que ser vista como algo desagradable. ¡Es el encuentro definitivo con Dios! Los Santos, todos aquellos que han hecho la voluntad de Dios aun cuando no estén reconocidos como tales oficialmente, han esperado la muerte con alegría y la deseaban no como una forma de huir de esta vida, que sería un pecado en vez de una virtud, sino como el momento en que por fin se encontrarían con Dios. "*Muero sin vivir en mí y de tal manera espero, que muero porque no muero*" cantaba Santa Teresa de Jesús.

El problema no es la muerte en sí misma, sino la forma como vivamos esta vida. Por eso no importa el tipo de muerte o el momento de la muerte, sino el estado del alma en el momento de la muerte.

Es de suma importancia el estado en el que se encuentra el alma, Dios nos ha dado la vida, nos ha redimido y hechos cristianos, cuida de nosotros providencialmente y nos regala un tiempo para que merezcamos realizando nuestra vida terrena y decidamos libremente nuestro último destino, o sea a que elijamos dónde ir para siempre después de la muerte.

No es Dios quien nos manda al cielo, al purgatorio o al infierno, somos nosotros mismos quienes libremente y de acuerdo a como nos hayamos comportado en esta vida, decidamos a cuál de esos lugares queremos ir tras la muerte.

Cada día hemos de vivirlo como si fuese el último, preparándonos a bien morir, porque teniendo la certeza de la muerte, desconocemos el día ni la hora. Hemos de actuar siempre de acuerdo a vivir con Dios, y no dejar nuestra preparación a bien morir y salvarnos para el último minuto de vida.

¿Cuánto arriesga la salvación eterna el que demora prepararse para la muerte? Se trata de la eternidad y como dice el Eclesiastés 11,3: "*si un árbol cae hacia el mediodía o hacia el norte, en el lugar donde cayere, allí quedará*". Si al llegar nuestra hora de la muerte, ésta encuentra el alma preparada y en gracia ¿Cuál no será su alegría viendo que tiene asegurada la vida eterna? Más si sorprende al alma en pecado, porque se has dejado de lado o apartada la preparación de bien morir, ¿cuál no será su desesperación al verse engañado por él mismo y sin remedio?

De nada sirve pensar en vida que, en el trance de la muerte, en medio de aquella confusión, se encontrará remedio y arreglo a las cuentas con Dios, porque ¿quién nos asegura que el pecador que busca a Dios en la muerte ha de hallarle? Y es que cuando, tales insensatos, se ven cerca de la eternidad y con las angustias de la muerte, no pueden ordenar y menos huir del tormento de su mala conciencia, ni hallar la paz buscada, porque cuando su imaginación se vea agitada de espantosos fantasmas y sumergida en tan mortales congojas, su espíritu perturbado del temor a la justicia de Dios y a la vista de sus iniquidades, abrumado de culpas, del próximo juicio, del infierno y d la eternidad, es posible que entre en una desesperanza insólita que les impida encontrar al Señor.

Bien dice un autor que las súplicas, llanto y promesas del pecador moribundo son como los de quien estuviere asaltado por un enemigo que le hubiere puesto un puñal al pecho para arrebatarle la vida. ¡Desdichado del que sin estar en gracia de Dios pasa del lecho a la eternidad!

En la hora de la muerte las angustias del moribundo se incrementaran al ser atormentado por los demonios, y

aunque se afane en libarse de tales enemigos, teniendo el corazón oprimido por la propia maldad y lleno de tinieblas se dará cuenta, aun cuando no quiera reconocerlo, que "*quien tiene el corazón endurecido lo pasará mal al fin; y que quién ama el peligro, en él perece*" (Eclesiástico 3,27). Y es que el corazón empedernido desprecia las riquezas de la bondad de Dios. "*Conforme a tu dureza y tu corazón impenitente, te atesoras ira para el día de la cólera y la revelación del justo juicio de Dios*" (Romanos 2,5).

Y es que el pecador, abusando de la paciencia de Dios se atesora ira, ¡qué ironía!, para el día del juicio justo, día de la ira", en el cual se habrá acabado el tiempo de la misericordia y escucharan de la boca de Dios: *"Jamás os conocí. ¡Alejaos de Mí, obradores de iniquidad!"* (Mateo 7,23)! Terrible advertencia para los que se glorían de ser cristianos y no viven la doctrina de Jesucristo, y aún más terrible para los hombres del altar que hayan abusado del nombre del Señor. San Agustín dice que quien no ha sido capaz de abandonar el pecado antes que el pecado le abandone a él, difícilmente podrá en la hora de la muerte detestarle como es debido, pues todo lo que hiciere entonces, lo hará a la fuerza.

Sabido es que el pecador puede arrepentirse siempre que quiera, en cualquier momento se puede convertir y que Dios ha prometido que lo perdonará. Pero no ha dicho que en el trance la muerte se convertirá quienes obstinados han vivido en pecado, porque quien vivir sin Dios quiere, sin Dios vive y sin Dios muere.

Además ¿qué clase de arrepentimiento puede esperarse en la hora de la muerte de quienes han vivido amando el pecado, hasta la insensatez de olvidarse del que es el Amor?

Aquellos que viven en pecado, en pecado morirán, porque precisamente el pecado por excelencia consiste precisamente en no creer que Jesús puede perdonarles y Él mismo ha dejado dicho: "*Si no creéis que soy el Cristo, moriréis en vuestros pecados*" (Juan 8,24). Justo castigo del pecador será morir olvidado de sí mismo cuando en vida se olvidó de Dios.

"*No os engañéis: Dios no se deja burlar; pues lo que el hombre sembrare, eso cosechará*" (Gálatas 6,7). Y así, el que en su carne siembra vedados placeres segará corrupción, miseria y muerte eterna. Porque de Dios nadie puede burlase, viviendo despreciando sus leyes y después en el último instante pretender alcanzar en recompensa la vida eterna.

¿Cuántos agonizantes pecadores en el momento de la muerte desearían una prórroga, un período extra de vida para arreglar lo que no han querido arreglar cuando estaban a tiempo? Pensemos detenidamente, ahora que estamos en el tiempo de merecer, en prepararnos adecuadamente con una buena confesión para estar en gracia cuando la muerte llegue, porque entonces ya no habrá tiempo de remediarlo.

Debemos, pues, prepararnos para sufrir la muerte, cumpliendo cada día con sencillez y sobre todo con amor lo que creemos es la voluntad de Dios.

¿Y cuál es la voluntad de Dios? Muchos creyentes se hacen esta pregunta y muchas también son sus especulaciones. Esa curiosidad, por lo general, es normal, pues en el servicio cristiano la aprobación o la desaprobación por parte de Dios depende del conocimiento y cumplimiento de su voluntad, efectivamente "*aquel servidor que, conociendo la voluntad de su amo, no se*

preparó, ni obró conforme a la voluntad de éste, recibirá muchos azotes. En cambio, aquel que, no habiéndola conocido, haya hecho cosas dignas de azotes, recibirá pocos. A todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho le será demandado; y más aún le exigirán a aquel a quien se le haya confiado mucho" (Lucas 12:47-48). Dios ha puesto a cada uno de nosotros en un lugar diferente, y en su infinita generosidad nos ha regalado un tiempo determinado junto a un estado de vida diferente, pudiendo ser padres, madres, sacerdotes, hijos, campesinos, obreros, empresarios, gobernantes, gozar de buena salud o estar enfermos, tener una buena posición o ser indigentes…, pero en cualquier caso cada uno de nosotros debemos de tratar de aprovechar lo que Dios nos ha dado, portándonos lo mejor posible, trabajando y cumpliendo bien, además de los mandamientos, la misión que Dios nos haya encomendado particularmente a cada uno de nosotros, aceptándola de buen grado.

Cuando la voluntad de Dios llega clara a nuestro conocimiento, todo intento de sustituirla por criterios humanos aparentemente más acertados es insensatez y rebeldía cuyas consecuencias habremos de deplorar el resto de nuestros días.

Hemos de tomar siempre ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, para quien la sumisión a la voluntad del Padre era tan vital como el alimento para el cuerpo, "*porque yo tengo un manjar para comer, que vosotros no conocéis,* dice Jesús *y mi alimento, es hacer la voluntad de Aquel que me envió y dar cumplimiento a su obra*" (Juan 4,32-34).

Hacer la voluntad de Dios es corresponder en cada momento del día a lo que Él nos pide: una muestra de

cariño, un sacrificio, un esfuerzo extra, un perdón que cuesta tanto darlo, una ayuda al más necesitado. Hemos de abrir bien los ojos para ver lo que Dios quiere de nosotros cada día. Quienes se esfuerzan por vivir según la voluntad de Dios tienen ganado, a la hora de la muerte, que a ésta no la verán con una guadaña exterminadora en sus manos, sino la llave de oro que les abrirá las puertas de la vida eterna.

PRESENTARSE A JUICIO

"*Y así como fue sentenciado a los hombres morir una sola vez, y después de lo cual viene el juicio*" (Hebreos 9,27). Nuestro destino para toda la eternidad queda definido en el instante mismo de nuestra muerte. En ese momento nuestra alma, que es inmortal, se separará de nuestro cuerpo e inmediatamente será juzgada por Dios. A este momento se llama el Juicio Particular, y consiste en una especie de radiografía espiritual instantánea que recibe el alma por iluminación divina, mediante la cual ésta sabe exactamente el sitio en que le corresponde ubicarse para la eternidad, según sus buenas y malas obras.

El hombre no termina su existencia con la muerte, como piensan los incrédulos y herejes, sino que es el comienzo de una nueva vida, en la que el alma inmortal ha de presentarse sin demora al juicio de Dios. Sustancialmente, en el momento de la muerte real, da comienzo la eternidad y toda alma racional, sin excepción alguna, es sometida a una evaluación de los méritos y desméritos contraídos durante la vida terrena que acaba de abandonar, en virtud de los cuales el Juez supremo, en un acto de justicia pronunciará la sentencia que merece en orden al premio o al castigo eternos.

Tal como suena habrá un juicio en toda regla, en donde un reo será juzgado por un juez. Entonces, el alma verá el Hijo del Hombre (Lucas 21,27). No se trata de la visión de la esencia de Dios, porque, si el alma viera a Dios intuitivamente, quedaría ipso facto beatificada, lo cual no puede admitirse con relación a las almas de los condenados al infierno o al purgatorio. ¡Qué momento tan sublime!

Estar en la presencia de su Juez en forma humana, el mismo que murió por salvarnos. Cristo, Dios y Hombre, Juez del género humano, que, como sapientísimo, conoce todos los actos de nuestra vida; que como justísimo, viene a premiar o castigar conforme a los méritos de cada uno; que como poderosísimo, tiene autoridad para dar la sentencia definitiva, porque es juez inapelable e incorruptible.

La escena del juicio particular, según es estado del alma, puede ser patética, sombría y dramática o enternecedora, emotiva y emocionante, en la que se verá al Juez sentado en su tribunal, y a su derecha estarán situados: la Santísima Virgen, el ángel de la guarda, los ángeles y los santos como defensores y valedores del alma, mientras el demonio a la izquierda, desempeña el papel acusador. Se oirán las preguntas apremiantes y las respuestas embarazosas del alma.

Y allí, el alma solitaria reconocerá sus méritos o desméritos en cuanto cristiano, sacerdote, religioso, investido de este o aquel oficio, en cualquier caso, deudor de innumerables beneficios divinos.

Su estado, será indescriptible. Pensad por un momento en el respeto y miedo que en nuestra vida tenemos ante los jueces de la tierra. ¡Qué aflicción profunda sentiremos en presencia del que como Juez leerá en el libro de la vida, nuestro debe y nuestro haber! En él debe, estará escrito lo que el reo debió hacer según el Evangelio, y en el haber, toda una recapitulación con sus pensamientos, palabras, obras, omisiones y gracias recibidas, sin preocuparse de riquezas, dignidades y nobleza ¿Quién podrá calcular los millones de actos de nuestra vida? Todos, uno por uno, desfilaran ante nosotros con la misma evidencia

abrumadora que si fuera uno solo, iluminado por la claridad del juicio de Dios.

Allí estarán plasmadas, por un lado, las buenas obras, los sacrificios sufridos, la generosidad de las limosnas prodigadas, los actos de fe, esperanza y caridad, y las obras de misericordia realizadas; y por otro se describirán todas las promesas incumplidas y olvidadas, amontonadas todas nuestras culpas, acreditando los días y horas en que las hayamos cometido. Subrayadas estarán también las gracias despreciadas.

Entonces con una iluminación sobrenatural instantánea, pero clarísima y justísima de toda nuestra vida, desde el primer acto responsable hasta el último de nuestra muerte, en un acto simplísimo e instantáneo, nuestra propia alma descubrirá en sí misma con toda precisión y claridad todas nuestras acciones, sus consecuencias, sus circunstancias que ahora no vemos, las palabras malintencionadas, los pensamientos en que tuvimos alguna culpa, incluso todos los pecados veniales, sin que podamos excusarnos con nuestra ignorancia, pues debimos no tenerla, ni en nuestra inconsideración, puesto que nuestro primer deber en vida debió ser el pensar en Dios y en nuestra alma. No nos servirá de excusa el ambiente en que nos movimos y en el que estábamos inmersos, pues obligadamente deberíamos haber huido de él o a precaver sus influencias.

En realidad, no será un juicio de discusión, sino sólo de retribución. El alma del reo comparece delante del divino Juez, no para ser objeto de debates contradictorias, sino para, una vez aparezca en la última línea el montante de las cuentas, recibir su correspondiente sanción.

La sentencia será puramente interior, y se pronunciará no con el sonido de la voz, sino mentalmente, de forma que se imprima en la mente de cada uno. La luz divina que irrumpirá al alma le hará comprender claramente que recibe la justa remuneración de sus actos buenos o malos.

Así mismo, la sentencia del supremo Juez se ejecutará de inmediato, sin un solo instante de demora. Este punto está definido como dogma de fe en la constitución apostólica *"Benedictus deus",* el 29 de enero de 1336, y por lo mismo para un católico no puede ser objeto de discusión.

¡Qué horror si nos presentamos a Juicio con las manos vacías! Ahora todavía Dios nos da gracias suficientes para que podamos escoger la sentencia que prefiramos. Y para ello debemos ajustar nuestras cuentas del alma antes que llegue el juicio. Estamos en el tiempo de merecer, de misericordia y de perdón; después de la muerte solo lo será de justicia.

Y CUMPLIR LA SENTENCIA

Cada hombre, como sabemos, inmediatamente después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular tras dar extensa cuenta de toda su vida a Cristo, bien a través de una purificación transitoria en el purgatorio, bien para entrar inmediata y eternamente en la bienaventuranza del cielo, bien para condenarse inmediatamente para siempre.

La sentencia de salvación la reciben quienes mueren en gracia de Dios, pero para entrar en el cielo se requiere una total y conveniente purificación, que ha de realizarse en purgatorio, estado transitorio de purificación distinto al castigo del infierno.

Antes de adentrarnos en el tema del purgatorio es necesario significar que Dios nos creó para que disfrutemos de nuestro Creador viéndole en la Gloria. Sin embargo, todos somos pecadores y en esa condición no se puede entrar en el cielo, pues nada manchado puede estar en presencia de Dios y consiguientemente tampoco entrar en el cielo; por lo cual, hemos de tener muy claro que todos, absolutamente todos, para limpiar la mancha de nuestras penas temporales y culpas mortales o veniales perdonadas por el sacramento de la penitencia, todavía no expiadas plenamente, necesitamos purificarnos con el poder de la sangre redentora de Cristo. Y también, que si morimos en gracia de Dios es porque hemos recibido esa gracia por los méritos de Jesucristo que murió por nosotros en la cruz. Así mismo la purificación del purgatorio también es gracias a Jesucristo.

Al ser pocas las personas que se abren, aquí en la tierra, perfectamente a la gracia de Dios como para morir limpios e ir directamente al cielo. El purgatorio es necesario para los otros muchos que han de completar su purificación con los mismos méritos de Jesucristo.

Dios, en su infinita bondad, ha querido que los hombres nos ayudemos mutuamente en el camino al cielo. Las almas del purgatorio, aun estando seguras de su salvación, están fuera del estado meritorio y no pudiendo por si mimas merecer para ser aliviadas, han de ser asistidas con los sufragios, satisfacciones y limosnas de los vivos, con las indulgencias y principalmente con el sacrificio de la Misa.

Efectivamente la Comunión de los santos consiste en que los miembros del Cuerpo Místico pueden ayudarse unos a otros, mientras estén en la tierra y después de la muerte. Toda persona en estado de gracia puede orar con provecho por las benditas almas; probablemente es necesario, al menos, hallarse en estado de gracia santificante para ganar las indulgencias por los difuntos.

Para fundamentar bíblicamente cuanto acabamos de manifestar sobre la existencia del purgatorio y el alivio de las almas que en él se encuentran transitoriamente purgando con la eficacia de los sacrificios y oraciones ofrecidas por su salvación por los vivos, basta con la buena interpretación de los versículos 43 a 46 del capítulo 12 de la segundo libro de los Macabeos: "*y habiendo recogido una cosecha que mandó hacer, doce mil dracmas de plata, las envió a Jerusalén, a fin de que se ofreciese un sacrificio por los pecados de estos difuntos, teniendo, como tenía, buenos y religiosos sentimientos acerca de la resurrección, -pues si no esperara que los que habían muerto habían de resucitar,*

habría tenido por cosa superfluo e inútil el rogar por los difuntos-, y porque consideraba que a los que habían muerto después de un vida piadosa, les estaba reservada una grande misericordia. Es, pues, un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos, a fin de que sean libres de sus pecados".

Hay que resaltar que en la Biblia protestante este libro fue eliminado expresamente por Lutero, y fue precisamente quitado porque él sabía que se refería al purgatorio. Pero se olvidó de quitar la referencia al segundo libro de los Macabeos que hace San Pablo en su carta a los Hebreos en el versículo 35 del capítulo 11. *"...y otros fueron torturados, rehusando la liberación para alcanzar una resurrección mejor*". Y es de notar que en el Antiguo Testamento a quienes se aplica este pasaje de San Pablo es a los mártires macabeos, que fueron torturados por conseguir la resurrección (II Macabeos 7:11, 14, 23, 29, 36).

Asimismo las palabras de nuestro Señor Jesucristo, tanto en Mateo 12, 32: "*Y si alguno habla contra el Hijo del Hombre, esto le será perdonado; pero al que hablare contra el Espíritu Santo no será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero*", como en Lucas 12,58-59: "*Cuando vayas con tu adversario al magistrado, procura en el camino arreglarte con él, no sea que te arrastre ante el juez, y el juez te entregue al alguacil y el alguacil te meta en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo*", hace referencia a un castigo temporal que no puede ser el eterno del infierno.

Y claramente se llega a esta conclusión en la carta de san Pablo a los Corintios 3,12y 13: "*Si, empero, sobre este*

fundamento se edifica oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada uno se hará manifiesta porque el día la descubrirá, pues el fuego será revelado; y el fuego pondrá a prueba cual será la obra de cada uno. Si la obra que uno ha sobreedificado subsistiere, recibirá galardón; si la obra de uno fuese consumida, sufrirá daño; el mismo empero se salvara, más como a través del fuego".

De manera que hay un fuego después de la muerte que, diferente al del infierno, es temporal. El alma que por allí pasa se salvará. A ese estado de purgación la Iglesia le llama el "purgatorio.

Aunque no es doctrina definida por la Iglesia, se mantiene como doctrina común que el sufrimiento mayor de las almas del purgatorio consiste en la "pena de ausencia", al estar temporalmente privadas de la visión beatífica. Bien es cierto que tendrán sufrimiento pero no es comparable con las penas del infierno, sobre todo, como hemos dicho, porque es un sufrimiento que aceptan con paciencia y generosamente por amor a Dios y con perfecta sumisión a su voluntad, y porque tienen la total certeza de la salvación, y que permanecerán en el purgatorio hasta que estén limpias de toda culpa y castigo conllevando la fe, la caridad y la esperanza de ver a Dios cara a cara, sabiendo ellas mismas que están en amistad con Dios y confirmadas en la gracia. Inmediatamente terminada esa purificación el alma va al cielo. El purgatorio no continuará después del juicio final.

Lo que si continuará es la vida eterna, que en si no significa solamente una vida que dura siempre, sino también una nueva calidad de la existencia, sumergida plenamente en el amor, que libera del mal y de la muerte y nos pone en

comunión sin fin con Dios y con todos los hermanos y hermanas que participan en el mismo amor.

Las almas que logren esa meta de la existencia humana que es su beatificación viviendo eternamente con Cristo, siendo para siempre semejantes a Dios, porque lo ven "tal cual es".

Esta nueva vida perfecta con la Santísima Trinidad, en comunión de vida y amor con Ella, con la Virgen María, los ángeles y los bienaventurados es lo que llamamos cielo, que es el último fin y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de la bienaventuranza.

El alma en el cielo se perfecciona en santidad y desaparece por completo nuestra antigua naturaleza pecaminosa, y consiguientemente finaliza para siempre nuestra lucha contra el pecado al entrar en nuestra condición glorificada.

Al final de los tiempos, en el reino de los cielos permaneceremos con alma y cuerpo. No sabemos el tiempo establecido por Dios para la resurrección final donde nuestra alma se unirá de nuevo a nuestro cuerpo resucitado. Lo que sí sabemos es que "*somos ciudadanos del cielo, de donde anhelamos recibir al Salvador, el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo miserable para que sea como su cuerpo glorioso*" (Filipenses 3, 20-21) y que en primera de Juan 3,2 promete "*que cuando Cristo venga seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como Él es*".

A partir de estos dos pasajes creemos que nuestros cuerpos glorificados serán como el de Cristo. No seremos deificados, sino que nuestros cuerpos tendrán las mismas

cualidades que el cuerpo resucitado de Jesús. Cuerpo glorificado que pudo pasar a través de las paredes, aparecer repentinamente, y ascender a los cielos. Nuestros cuerpos celestiales serán nuestros cuerpos terrenales glorificados.

En la segunda carta a los Corintios, 5,3, San Pablo nos dice: "*Sabemos que, si esta tienda de nuestra mansión terrestre se desmorona, tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de manos, eterna en los cielos.*" Es decir que las manos de Dios formaran el cuerpo resucitado. Según se nos dice en I Corintios 15, 39 a 43: "*No toda carne es la misma carne, sino que una es de hombres, otra de ganados, otra de volátiles y otra de peces. Hay también cuerpos celestes. Hay también cuerpos celestes y cuerpos terrestres; pero, uno es el esplendor de los celestes y el de los terrestre. Uno es el esplendor del sol, otro el esplendor de la luna, y otro el esplendor de las estrellas; pues en esplendor se diferencia estrella de estrella. Así sucede también en la resurrección de los muertos. Sembrando corruptible, es resucitado incorruptible; sembrado en ignominia, resucita en gloria; sembrado en debilidad, resucita en poder; sembrado cuerpo natural, resucita cuerpo espiritual; pues si hay cuerpo natural, lo hay también espiritual*". Al responder a los que desprecian la resurrección, Pablo les explica que nuestros cuerpos celestiales tendrán diferencias con nuestros cuerpos terrenales. Serán cuerpos encarnados, pero tan distintos de nuestros cuerpos terrenales como lo son nuestros cuerpos de los cuerpos de los animales.

Podemos concluir además que, al igual que una semilla, el cuerpo será sembrado o enterrado y que algún día volverá a la vida. Se entierra en muerte, corrupción, debilidad y deshonor. Al resucitar será cambiado desde todos los puntos

de vista. Resucita imperecedero, glorioso, poderoso y espiritual. Entonces tendremos cuerpos eternos, permanentes y perfeccionados.

Y lo que es más importante, también mantendremos nuestra identidad sin tenernos que enfrentar a la debilidad del pecado, la enfermedad y la vejez.

Sabemos relativamente poco sobre cómo será nuestra estancia eterna el cielo, pero desde la temporalidad de nuestra vida podemos asegurar que habrá un gran futuro por delante para los que están en Cristo. En primer y más grandioso momento después de la muerte física, será el momento cumplido de la esperanza ansiosa de todos los santos en encontrase cara a cara con el Señor al que han servido, y a partir de ahí disfrutaremos de la "koinonia" o comunión eclesial entre los miembros de la Iglesia y Dios, en su presencia durante toda la eternidad.

En segundo lugar, nuestra vida en el cielo implica adoración, tal y como nos describe claramente el Apocalipsis 19, 1-5: "*Después de esto oí en el cielo una gran voz de copiosa multitud, que decía: ¡Aleluya! La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque fieles y justos son sus juicios, pues Él ha juzgado a la gran ramera, que corrompía la tierra, por su prostitución, y ha vengado sobre ella la sangre de sus siervos. Y por segunda vez dijeron a exclamar: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos. Y se postraron los veinticuatro ancianos y los cuatro vivientes y adoraron a Dios sentado en el trono, diciendo: Amén, ¡Aleluya! Y Salió del trono una voz que decía: ¡Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, grandes y pequeño!*"

¿Pueden imaginarse el bullicio de la gran multitud, que será nuestra gran adoración futura en el cielo, cuando reunidos los santos de todos los tiempos cantemos: "Santo, Santo, Santo", en presencia de Dios? Sabemos que supera toda posible imaginación, porque la generosidad de Dios y su poder son infinitos, y no hay palabras con las que podamos describir lo que, sin lugar a dudas, será impresionante y portentoso: Jesús en majestad, Rey de reyes, Salvador, Liberador sentado a la diestra de Dios, no como a través de velos o sombras, sino en Sí mismo. Y los bienaventurados semejantes al Jesús del Tabor. Endiosados, extasiados, contemplaremos y viviremos en el torrente inefable de Amor que es Dios. Escucharemos el diálogo eterno de las tres divinas personas. Asistiremos a la eterna generación del Hijo y a la espiración del Espíritu Santo.

En tercer lugar, está el aspecto del descanso. El descanso celestial aquí no implica una cesación de nuestras actividades, sino la experiencia de llegar a una meta de crucial importancia. San Pablo, al hablar del pueblo de Dios, en la carta a los Hebreos 4, 9 y 10 dice: "*Por tanto, queda todavía un reposo sabático para el pueblo de Dios; porque el que entra en su reposo, descansa él también de sus obras, como Dios de las suyas*". El cielo es la meta final que alcanzamos después de nuestro peregrinaje aquí en la tierra. Descansaremos de nuestros sufrimientos y esfuerzos contra las enfermedades, la carne, el mundo y el diablo.

En cuarto lugar serviremos al Señor, tal y como nos enseña San Lucas en 19, 11-27 en la parábola sobre la mayordomía, en la que los siervos juiciosos que multiplicaron los talentos del maestro recibieron autoridad sobre diez y cinco ciudades. Aparentemente tendremos

autoridad sobre una esfera del reino eterno de Dios. La cantidad que recibamos dependerá de nuestra fidelidad a él en esta tierra.

¡Lo que encontraremos los creyentes después de la muerte es un futuro glorioso imposible de imaginar en todas sus dimensiones! La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo quien asocia a su glorificación celestial a aquellos que han creído en El y que han permanecido fieles a su voluntad. El cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están incorporados a Él perfectamente.

Este misterio de comunión bienaventurada con Dios y con todos los que están en Cristo sobrepasa toda comprensión y toda representación. La Escritura nos habla de ella en imágenes: vida, luz, paz, banquete de bodas, vino del reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso: "*Lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni entro en pensamiento humano, esto tiene Dios preparado para los que le aman"* (I Corintios 2, 9).

Esta última frase: "*tiene Dios preparado para los que le aman*", refleja en sí el plan de Dios, dejando al descubierto su recompensa: Es característico del hombre el hastío, y el aburrimiento ante la rutina, la monotonía o repetición de las mismas cosas. Y es que, como bien creemos, el hombre fue hecho a imagen de Dios. Bien podría Él desafiar a cualquiera a que encontrara dos crepúsculos iguales. No hay panorama en la creación que no cambie de aspecto con la mañana y con la tarde; con la luna o con el sol; con las cuatro estaciones del año. El hombre también cambia con edad como cambia el día según las horas, y cambia los climas, y las flores se renuevan como los frutos. Y como

todas estas cosas de la naturaleza no son sino imágenes de las realidades espirituales, al mismo tiempo que vemos en su variedad un recuerdo de su fugacidad y una advertencia de que nuestro estado no es normal sino transitorio, vemos también en ello una figura y una prenda de que el divino Padre nos da de la infinita variedad y riqueza de que Él mismo se jacta para colmar, sin hastío, nuestro corazón por todas las edades de la eternidad. De la misma manera también su Palabra (que es su mismo Verbo o Sabiduría) colma sin medida el corazón de los que cada día buscan su felicidad.

En la gloria del cielo, los bienaventurados continúan cumpliendo con alegría la voluntad de Dios con relación a los demás hombres y a la creación entera. El cielo es, pues, la cara noble de la moneda en un futuro glorioso imposible de imaginar en toda su dimensión, pero si posible, y así lo creemos, que es la plenitud de intimidad con Dios, en el encuentro con el Padre, que se realiza en Cristo resucitado gracias a la comunión del Espíritu Santo.

La otra cara de la moneda, es la más desgarradora de las realidades para los que obraron mal y mueren en pecado mortal y van al infierno, lugar de eterna desdicha en que se hallan las almas de los réprobos. Es la última consecuencia del pecado mismo, que se vuelve contra quien lo ha cometido. Es la situación en que se sitúa definitivamente quien rechaza la misericordia del Padre incluso en el último instante de su vida. Es, pues, un lugar de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados, ya que morir en pecado mortal sin arrepentirse ni acogerse al amor misericordioso de Dios,

significa permanecer separado del Él para siempre por propia y libre elección.

Dios es Padre infinitamente bueno y misericordioso. Dios es amor y quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen a la conversión. Por ese amor infinito envió a su Hijo, Quien se hizo hombre y murió por nuestra salvación. Pero el hombre, llamado a responderle en la libertad, puede elegir, en el tiempo limitado que tiene en la tierra, rechazar definitivamente su amor y su perdón y seguir obstinadamente viviendo en pecado mortal, renunciando así para siempre a la comunión gozosa con Él. Precisamente esta trágica situación es lo que señala la doctrina católica cuando habla de condenación o infierno. No se trata de un castigo de Dios infligido desde el exterior, sino del desarrollo de premisas ya puestas por el hombre en esta vida.

En el frontispicio de una preciosa Iglesia soriana tiene grabada esta inscripción: "*El que vivir sin Dios quiere, sin Dios vive y sin Dios muere*". Sentencia que refleja fielmente lo que San Pablo nos viene a decir en su Epístola a los Colonenses: "*…lo que uno siembra eso recogerá*". No se puede culpar a Dios del castigo del infierno. Él nos abre las puertas del cielo, pero no nos forzará a entrar.

Si cito todo esto es en referencia a los teologones y cristianos débiles en la fe, quienes abogan que toda religión es igual para salvarse y que al final da lo mismo lo que uno haya hecho, porque Dios en su misericordia a todos salvará. Y esta memez, que no puede ser llamada de otra forma, es totalmente falsa: Dios es Dios en su misericordia y en su justicia. Y la Misericordia siempre la aplica, pero a aquel

que la pide arrepentido. Que Dios se apiade de todos, porque el Infierno efectivamente existe.

Los que niegan el infierno no conocen la Palabra de Dios. Se dejan llevar por un mundo que se burla u opta por ignorar las realidades más importantes. Pero les ocurrirá como a los compatriotas de Noé que se reían mientras el construía el arca para sobrevivir al diluvio. Todos los que se burlan y hacen caso omiso también morirán y no podrán escapar la realidad.

La realidad del infierno suscita su temor, haciendo a muchos cristianos basar en él su atrición para dolerse y detestar el pecado, si bien es verdad que ese dolor y detestación debe basarse en el amor de Dios. Sin embargo, es saludable recordar que existe un castigo. El temor nos ayuda a evitar aquello que nos causa daño. En momentos de ceguera y debilidad, cuando la tempestad de la tentación es recia, pensar en el infierno es saludable y provechoso, sin olvidar que es más saludable y perfecto pensar en el amor de Dios. El cristiano debe reconocer la realidad. El temor es parte de la realidad humana que debemos saber integrar sanamente en nuestra persona. Ignorar una realidad que tememos solo logra postergarla hasta que ésta ya no se pueda esconder y entonces nos invade y domina.

Para describir esta realidad, la Sagrada Escritura utiliza un lenguaje simbólico, que se precisará progresivamente. En el Antiguo Testamento, la condición de los muertos no estaba aun plenamente iluminada por la Revelación, razón por la que no habla con claridad sobre el castigo de los impíos; se habla de que los muertos se reunían en el sheol, una fosa y lugar de tinieblas en el que serán sumergidos en el dolor pereciendo su memoria, dando al fuego y a los

gusanos sus carnes, para que se abrasen y sientan para siempre, en oprobio eterno, que no se puede salir ni dar gloria a Dios.

El Nuevo Testamento proyecta nueva luz sobre la condición de los muertos, recurriendo a imágenes y presentando el infierno como lugar destinado a los obradores de iniquidad como horno ardiente donde "*será el llanto y el rechinar de dientes*" (Mateo 13, 42; cf. 25, 30. 41) o como la gehenna de "*donde del gusano no muere y el fuego que no se apaga*" (Marcos 9, 48), "*fuego eterno*" (Mateo 25, 41), "*fuego inextinguible*" (Mateo 3, 12; Mc. 9, 42), "*horno de fuego*" (Mateo 13,42 y 50), "*suplicio eterno*" (Mateo 25, 46). "*Allí hay tinieblas*" (Mateo 8, 12; 22, 13; 25, 30), "*aullidos y rechinar de dientes*" (Mateo 13, 42 y 50; 24, 51; Lucas 13, 28). Todo ello es expresado, con forma de narración, en la parábola del rico epulón, en la que se precisa que el infierno es el lugar de pena definitiva, sin posibilidad de retorno o de mitigación del dolor.

San Pablo refiriéndose a los que se obstinan en no abrirse al Evangelio, da en II Tesalonicenses 1, 9 el siguiente testimonio: "*Esos serán castigados a eterna ruina, alejados de la faz del Señor y de la gloria de su poder*. También el Apocalipsis representa plásticamente en un "*lago encendido con fuego y azufre*" a los que no se hallan inscritos en el Ebro de la vida, yendo así al encuentro de una "*segunda muerte*" (Apocalipsis 21, 8); "*allí serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos*" (Apocalipsis 20, 10).

Antes de seguir con este tema tan apasionante, permítaseme hacer un inciso para informar de la existencia de una nueva y moderna corriente, tan perniciosa y maligna

como las diversas sectas y los adversarios de la inmortalidad personal, que impugnan la existencia del infierno. Nos referimos a Von Balthasar y Addrienne Von Speyr y otros hombres de iglesia, y me duele tener que llamarlos así, los que amparándose en una nueva teología surgida de la confusión y decadencia de los tiempos frágiles y débiles que hoy nos toca vivir, se afanan en pronosticarnos la salvación total y de todos sin importar cuál sea la religión practicada, poniendo algunos de ellos incluso en duda la existencia de algún alma en el infierno. Todos ellos describen el infierno como el estado del hombre que experimenta una terrible e infinita soledad y falta de felicidad por haberse separado de Dios. Pero ese estado de desolación no substituye al lugar del infierno sino una de las penas que en él se sufren, como veremos más adelante.

No cabe duda de que lo que tratan de confundir al personal. Hoy apenas si se nos predica del infierno, pero en las pocas veces que de él se nos hablan, se insiste en que el infierno es un estado y no un lugar. Reemplazando el lugar determinado de una porción real de espacio a un sentimiento, sin apreciar que el lugar donde uno se encuentra puede ser medido con precisión, en tanto que el sentimiento es solamente cambiante, porque es el resultado de sus propias emociones. Así podemos ver en un mismo hombre en diferentes estados, ya que puede estar soltero, casado o viudo, y sus emociones y sentimientos, en cada estado, son distintas y cambiantes; sin embargo, en el infierno el castigo es el mismo siempre y no cambia ni puede mudar.

Una vez aclarado que el infierno es un lugar de eterna desdicha en el que se hallan las almas de los réprobos,

podemos preguntarnos: ¿Qué significa realmente lugar de castigo perpetuo? La doctrina de la Iglesia siempre ha sido muy clara y precisa al enseñar y afirmar la existencia del infierno y su eternidad, como un lugar a donde descienden inmediatamente las almas de los que mueren con el pecado original (porque no quisieron ni desearon bautizarse) o con pecado personal grave (pecado mortal), para sufrir allí diferentes penas: esto es, la pena principal, llamada de daño o carencia de la visión beatífica de Dios, que es la esencia del castigo del infierno, consistente en la en la separación eterna de Dios, en quien únicamente puede tener el hombre la vida y la felicidad para las que ha sido creado y a las que aspira.

Y la pena de sentido consiste en los tormentos causados externamente por medios sensibles, como el fuego al que son arrojados los castigados los que obraron mal. También se designa al infierno como al lugar donde reinan los alaridos y el crujir de dientes… imagen del dolor y de la desesperación.

Para algunos padres de la Iglesia como Orígenes y San Gregorio Niseno, y algunos teólogos posteriores, interpretaban la expresión "*fuego*" como imagen de los dolores puramente espirituales, sobre todo, del remordimiento de la conciencia, que experimentan los condenados. El Magisterio de la Iglesia no ha condenado esta sentencia, pero la mayor parte de los padres, los escolásticos y casi todos los teólogos posteriores suponen la existencia de un fuego físico o agente de orden material, aunque insisten en que su naturaleza es distinta de la del fuego actual.

Pero lo que sí ha definido el Magisterio de la Iglesia, apoyándose en las muchas citas bíblicas, es que las penas del infierno duran toda la eternidad, tal y como el IV Concilio de Letrán (año 1215), entre otros, declara que "*aquellos réprobos recibirán con el diablo suplicio eterno*".

Y son eternas, según nos explica claramente Santo Tomas, porque la pena del pecado mortal es eterna, ya que por él se peca contra Dios, que es infinito. Y como la pena no puede ser infinita en su intensidad, puesto que la criatura no es capaz de cualidad alguna infinita, se requiere que, por lo menos, sea de duración infinita.

Otra de las cualidades del infierno es la desigualdad de la cuantía de la pena de cada condenado, ya que es diversa según es diverso el grado de la culpa. Y así lo definen los Concilios de Lyon y Florencia al declarar que las almas de los condenados son afligidas con penas desiguales.

Probablemente esto no se refiere únicamente a la diferencia específica entre el castigo del solo pecado original y el castigo por pecados personales, sino que también quiere darnos a entender la diferencia gradual que hay entre los castigos que se dan por los distintos pecados personales.

Efectivamente, Jesús en el evangelio de Mateo 11, 22, amenaza a los habitantes de Corozaín y Betsaida asegurando, que, por su impenitencia, han de tener un castigo mucho más severo que los habitantes de Tiro y Sidón; Y en Lucas 20,47 que los escribas tendrán un juicio más severo. La justicia exige que la magnitud del castigo corresponda a la gravedad de la culpa.

Para mayor abundamiento transcribimos la visión del infierno de Santa Faustina Kowalska, escrita en su diario:

“*Hoy, fui llevada por un ángel a las profundidades del infierno. Es un lugar de gran tortura; ¡qué imponentemente grande y extenso es! Los tipos de torturas que vi: la primera que constituye el infierno es la pérdida de Dios; la segunda es el eterno remordimiento de conciencia; la tercera es que la condición de uno nunca cambiará; la cuarta es el fuego que penetra el alma sin destruirla; es un sufrimiento terrible, ya que es un fuego completamente espiritual, encendido por el enojo de Dios; la quinta tortura es la continua oscuridad y un terrible olor sofocante y, a pesar de la oscuridad, los demonios y las almas de los condenados se ven unos a otros y ven todo el mal, el propio y el del resto; la sexta tortura es la compañía constante de Satanás; la séptima es la horrible desesperación, el odio de Dios, las palabras viles, maldiciones y blasfemias. Éstas son las torturas sufridas por todos los condenados juntos, pero ése no es el extremo de los sufrimientos. Hay torturas especiales destinadas para las almas particulares. Éstos son los tormentos de los sentidos. Cada alma padece sufrimientos terribles e indescriptibles, relacionados con la forma en que ha pecado. Hay cavernas y hoyos de tortura donde una forma de agonía difiere de otra. Yo me habría muerto ante la visión de estas torturas si la omnipotencia de Dios no me hubiera sostenido.*

Debe el pecador saber que será torturado por toda la eternidad, en esos sentidos que suele usar para pecar. Estoy escribiendo esto por orden de Dios, para que ninguna alma pueda encontrar una excusa diciendo que no hay ningún infierno, o que nadie ha estado allí, y que por lo tanto nadie puede decir cómo es. Yo, Sor Faustina, por orden de Dios, he visitado los abismos del infierno para que

pudiera hablar a las almas sobre él y para testificar sobre su existencia. No puedo hablar ahora sobre él; pero he recibido una orden de Dios de dejarlo por escrito. Los demonios estaban llenos de odio hacia mí, pero tuvieron que obedecerme por orden de Dios. Lo que he escrito es una sombra pálida de las cosas que vi. Pero noté una cosa: que la mayoría de las almas que están allí son de aquéllos que descreyeron que hay un infierno. Cuando regresé, apenas podía recuperarme del miedo. ¡Cuán terriblemente sufren las almas allí! Por consiguiente, oro aún más fervorosamente por la conversión de los pecadores. Suplico continuamente por la misericordia de Dios sobre ellos.

Oh mi Jesús, preferiría estar en agonía hasta el fin del mundo, entre los mayores sufrimientos, antes que ofenderte con el menor de los pecados".